



Abordaje

y otros textos jóvenes



XIII CERTAMEN ANDALUZ DE
ESCRITORES NOVELES



JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERIA DE CULTURA

PRIMERA EDICIÓN

EDITA:

JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA

EDICIÓN NO VENAL

© DE LA EDICIÓN:

JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA

© DE LOS TEXTOS: sus autores y autoras

© DEL PRÓLOGO: Roberto Montero Glez

© DE LA ILUSTRACIÓN: Emmanuel Lafont

© DEL DISEÑO Y MAQUETACIÓN: Asociación de Editores de Andalucía

Esta edición recoge los textos premiados en el XIII Certamen Andaluz de Escritores Noveles convocado por el Centro Andaluz de las Letras con la finalidad de promover y difundir la creación literaria entre los jóvenes andaluces.

DEPÓSITO LEGAL: SE – 971 – 2015

IMPRIME: Podiprint

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso por escrito de la entidad editora.

El jurado del Certamen Andaluz de Escritores Noveles emitió su fallo el 16 de diciembre de 2014 bajo la presidencia del escritor Montero Glez, actuando como vocales la escritora Siracusa Bravo y el escritor Juan Manuel Villalba.

El asesoramiento técnico del Centro Andaluz de las Letras estuvo a cargo de Antonio Luis Ginés, Jackeline de Barros, Fernando Jiménez y Sandra Martín.

Agradecimientos a Emmanuel Lafont por la ilustración de cubierta, a la Asociación de Ilustradores Profesionales de Andalucía (AIPA) y a la Asociación de Editores de Andalucía (AEA) por su colaboración.



ÍNDICE

PRÓLOGO. EL RELEVO. <i>Montero Glez</i>	9
CUENTO 10 – 12 AÑOS	
UNA SOMBRA SOBRE EL MISTERIO. <i>María Nazaret Agudo Cordero</i>	12
AQUELLA MANSIÓN. <i>Carla Martínez Hidalgo</i>	19
LA LEYENDA DE DANYA Y ANDY. <i>Noelia Pérez Ramos</i>	24
CUENTO 13 – 15 AÑOS	
EXCUSAS PARA NO HACER LOS DEBERES. <i>Celia Arias Martínez</i>	30
PERDIDA EN EL OLVIDO. <i>María Chacón Ortiz</i>	34
CUENTO 16 – 18 AÑOS	
DÍA TRAS DÍA. <i>Marta Bordons Martínez</i>	40
POESÍA 10 – 12 AÑOS	
CRECIENDO EN EL TIEMPO. <i>Beatriz Segura Pineda</i>	46
LA MÚSICA. <i>Olga Marina Concepción López</i>	48
POESÍA 13 – 15 AÑOS	
BOCANADAS. <i>Violeta Ruiz Azorín</i>	51
POESÍA 16 – 18 AÑOS	
ABORDAJE. <i>Germán Ramírez Lerate</i>	54
RELATO 10 – 20 AÑOS	
EL PALACIO DE LOS OLVIDADOS. <i>Isabel Fernández García</i>	57
LA FAMILIA ES LO MÁS IMPORTANTE. <i>Mariwa Mallenco Anguita</i>	109



PRÓLOGO

El relevo

El deseo de contar historias es común a todos los seres humanos y no hay que olvidar que cuando memoria y deseo se combinan, se origina lo que llamamos Literatura. Todo el mundo tiene una historia que contar, lo que pasa es que hay algunos que se lo toman tan en serio que se convierten en escritores. Este mecanismo natural sucede a edades muy tempranas y está en relación con las primeras edades del hombre, cuando Homero iba por las tabernas de los puertos contando historias de héroes y conflictos, a cambio de unas monedas. Desde la Grecia clásica hasta nuestros días, los hombres han dado cuenta de situaciones comunes. Nostalgias, guerras, vueltas y revueltas, amores y odios, esas cosas que forman parte de todos y que se van transmitiendo de generación en generación, hasta llegar a hoy.

Un ejemplo de lo apuntado es este volumen de escritos que han sido elaborados por jóvenes que apuntan maneras en el arte de contar. La posibilidad del relevo generacional está presente en cada uno de ellos. Así tenemos a un puñado de escritores con nombres y apellidos a los que vamos a presentar en toda su gloria y corta edad. La lista es larga, empezando por María Nazaret Agudo Cordero, ganadora del Primer Premio de cuentos para edades comprendidas entre los 10 y 12 años y que ha presentado un trabajo ▶





lleno de guiños lectores a la literatura popular. Seguimos con Celia Arias Martínez y sus Excusas para no hacer los deberes, que consiguió el Primer Premio de cuentos entre 13 y 15 años; una genialidad que no tuvo discusión entre los miembros del jurado y fue votada por unanimidad como también lo fue Marta Bordons Martínez, Primer Premio de cuentos entre 16 y 18 años, y que nos trae una historia tan cotidiana como triste, capaz de traspasar nuestro corazón hasta la pena infinita.

El relato, ese género fronterizo entre el cuento y la novela, viene presentado por Isabel Fernández García con una historia de libros polvorientos y paisajes decimonónicos que se titula El palacio de los olvidados. Por último está la poesía, género que tiene que ver con la música interna de cada palabra y que adquiere significado preciso en cada uno de los premiados. Germán Martínez Lerate con su poema titulado Abordaje, Violeta Ruiz Azorín con su poema titulado Bocanadas y Beatriz Segura Pineda con su poema Creciendo en el tiempo, son ejemplos de que la creatividad poco o nada tiene que ver con la edad adulta, sino que reside en las primeras edades del hombre, desde que un día apareció Homero en la Antigua Grecia para contarnos que la memoria y el deseo son los materiales con los que se construye la verdadera historia del hombre, es decir, la Literatura.

Ahora, pasen y lean. ■

Montero Glez





C U E N T O
10~12 años



Una sombra sobre el misterio

María Nazaret Agudo Cordero

JAÉN

PRIMER PREMIO. CUENTO 10-12 AÑOS

Al llegar corriendo a la parada de autobús, nos recibió un gran soplo de viento que arrebató el gorro a Dani. Íbamos, como siempre, discutiendo por tonterías. Seguimos con la discusión camino a clase y, cómo no, gané yo. No sé si me deja ganar porque soy una pesada, o porque no sabe qué decir.

Al pasear me di cuenta de que era un bonito y ajetreado día en Sevilla. Eran las siete de la mañana y el cielo parecía estar despertando de un largo y profundo sueño. Todo estaba lleno de ancianas que hacían la compra, hombres con chaqueta y maletín, personas mayores leyendo el periódico en una cafetería, personas tocando instrumentos, coches y más coches... lo normal en Sevilla.

—¿Y qué piensa hacer estas vacaciones, señorita Conan Doyle? — preguntó juguetón Dani.

Aquella pregunta me pilló desprevenida, ya que no tenía idea fija sobre qué hacer en unas vacaciones que se presentaban mortalmente aburridas. Al no responder, Dani me presionó:

—A lo mejor, la señorita Conan Doyle pasa un rato con el señor Holmes, que prácticamente es como su hermano.

Me llamaba “señorita Conan Doyle” por mi gran obsesión por Sir Arthur Conan Doyle, el mejor escritor policiaco del mundo, y su increíble Sherlock Holmes, el personaje de literatura policiaca más memorable de todos los tiempos. Pasaba horas muertas (y vivas) leyendo los libros de Conan Doyle y, cuando no quedaban más, llegaba la desesperación por encontrar algo que satisficiera, tanto o más, mi sed de asesinatos, robos, muertes, lupas, Watsons... No me





malinterpretéis, pero necesitaba algo que me hiciera sentir viva, en tal caso, un poco más que los clientes de Holmes.

–Agatha, ¿sigues ahí? –preguntó él, desconcertado.

Agatha. Un nombre bastante detectivesco, pensé, y sigo pensando. Para mí es un honor llamarme como otra gran escritora de misterio: Agatha Christie. Ojalá Dani se llamara Hércules Poirot, como el gran personaje de Christie, y formáramos un dúo detectivesco genial, pero él no se llama Hércules, ni nosotros somos detectives.

–No sé qué hacer –me decidí a responder–. Leeré misterio, bajaré al kiosco, compraré gominolas, espiaré a los turistas que visitan la Giralda... Lo normal, ya sabes.

–Y ¿por qué no haces algo fuera de lo común? –me sugirió–. Yo me voy a la playa.

–¿Y qué haces allí fuera de lo común? –pregunté yo, dejándome engañar por ese brillo en su mirada.

–¡Me baño! –dijo tan pancho.

–¡Ya entiendo por qué está fuera de lo común! ¡Porque te bañas! –respondí yo con una de mis muchas ocurrencias, y él rio de buena gana.

Hablando de esto y aquello llegamos al instituto y, antes de entrar, miré atrás y pensé en esas calles ahora casi desiertas y en cómo estarían dentro de unos días, cuando las vacaciones de verdad empezaran y todos, o casi todos los sevillanos, se marcharan y todas las demás personas del mundo llegaran.

Vivía en una zona privilegiada: muy cerca de la Giralda. Nuestro bloque era antiguo, de esos en los que hay principal, primero, segundo... Yo vivía en el quinto. La mayoría de los demás apartamentos eran alquilados en vacaciones, excepto los del principal, en el que vivían las ancianas del bloque para no andar tanto. En el bloque de enfrente vivía Dani con sus padres. Yo vivía con mi hermano Jorge y mis padres.

Mis padres son Marga Ramírez y Juan González. Son muy amigables. Hablan con soltura inglés y francés. Empezaron a hablar idiomas hace diecisiete años, cuando se conocieron. Además, como ya he dicho antes, en nuestro bloque se alquilaban pisos, así que seis años antes de que esto sucediera, tres familias, como por arte de magia,





se conocieron: dos extranjeras que alquilaron un piso y una española que se mudaba. Las tres familias se hicieron muy amigas e hicieron un pacto: volver a verse cada dos años.

A mi hermano Jorge no hay palabras para describirlo, aunque voy a intentarlo con mucho ahínco. Era de estatura media, de pelo color castaño y ojos a juego: un chico muy bobalicón, que siempre llevaba deportivas. Su hobby era esconderse en su habitación con las persianas y las luces apagadas a dormir, jugar a videojuegos y comer.

El primer día de vacaciones mi madre se despertó muy agitada. Corría de un lado a otro y farfullaba palabras irrepetibles.

–¡No puede ser! ¡Ya llegan! ¡Ya llegan! –gritaba mientras corría.

Pero ¿quiénes llegaban? En ese momento oí a mi padre tranquilizarla:

–Marga, decían que llegarían sobre las ocho de la noche –dijo con muchos aspavientos, ya que le acababa de despertar.

–Pero ¿quién llegará sobre las ocho? –pregunté yo desorientada.

–¡Callaos todos de una vez! ¡Sobre todo tú! –dijo Jorge refiriéndose a mí y saliendo de su antro de guarrería y felicidad. Y que sepáis que yo no dije una palabra más alta que otra.

–Ya lo sé, pero tengo que prepararlo todo –le espetó mi madre a mi padre, aún nerviosa.

–¿Qué tienes que preparar? –dije yo.

–Yo te ayudaré, cariño –continuó mi padre.

–¿A qué le ayudarás? –pregunté yo casi chillando.

–Gracias, Juan –dijo mi madre.

–Pero ¿qué pasa aquí? –pregunté gritando.

–¿No lo sabías? Los Watson y los Sawyer van a venir. ¿No te acuerdas de Val, Tom y Matheo? –dijo ya relajada.

¿Que si me acordaba? Llevaba dos años intentando olvidarlos. Me acordaba de Val, diminutivo de Valeria. Era una neoyorquina de mi edad, presumida e intratable. Tenía un pelo precioso, cuidado, rubio y casi perfecto. Tom Sawyer era su mellizo. ¿Nunca os habéis leído *Las aventuras de Tom Sawyer*?; pues a sus padres les gustaba tanto esa novela de Mark Twain, que le llamaron como al personaje principal. Al igual que su familia, era rubio y del todo intratable, pero de un modo distinto. La última vez que vino, no paró de hablarme sobre su gran





viaje a Noruega. Cuando empezó a decirme que allí pescó salmones, desconecté. Y, por último, Matheo Watson: un extraño londinense de unos años más que yo, que no cruzó palabra con nadie a excepción de un “simple” cuando le preguntaron sobre la comida. Sus negros ojos sin fondo quedaron pegados a la pared, como esperando a que en esta ocurriera algo mágico. Lo único que me gustó de él fue su apellido: Watson.

—¡Agatha! ¿Ya estás vestida? —me preguntó mi madre desde la otra punta del apartamento.

Sí que estaba vestida. Llevaba unas deportivas viejas, una camiseta roída, unos vaqueros piratas y el pelo recogido en una fea coleta. Aun así respondí que sí. Al verme, mi madre se puso hecha una furia y empezó a buscar un vestido en mi armario. Mientras lo hacía, la observé de reojo. Lucía un bonito vestido rojo, unos tacones de vértigo y un collar de perlas. Rápidamente sacó un vestido de flores y unas manolequinas marinas. Me los puse sin rechistar, ya que su mirada empezaba a dar miedo. Tras eso, me alisó el pelo y terminó de arreglarse. Pronto vi a mi hermano, que salía de su habitación con mala cara. Me miró y yo le miré, y seguimos nuestro camino como si nada. Llevaba una camisa a cuadros y unos pantalones bastante feos. Mi padre lucía parecido.

Pronto llamaron a la puerta y, de repente, una avalancha de besos, abrazos, alguna que otra lágrima y muchos “¡Cuánto tiempo sin verte!” llegaron hasta nosotros. Lentamente vi cómo algo me agarraba y zarandeaba, y que al mismo tiempo una voz chillona gritaba: “¡Agatha, te he echado mucho de menos!”. Se trataba de Val. Cuando por fin me desprendí de ella, otro bulto rubio se me abalanzó gritando lo mismo, pero más fuerte. Era Tom Sawyer. Mientras intentaba buscar un poco de aire, vi cómo un chico moreno y alto para su edad esbozaba una pequeña y maligna sonrisa al verme tan aplastada. Parecía ser Matheo. Cuando por fin la cosa se relajó, nos sentamos en una mesa rectangular que mi padre había colocado en mitad del salón. Hice un esquema mental cuando todos estuvimos sentados.

Enfrente de mí se encontraba Matheo mirando bobamente a la pared, como si esta no tuviera fin. A su lado se encontraba Tom, que seguía hablando de más viajes y moviendo su flequillo de un lado a otro.





Sentado cerca estaba mi hermano Jorge, que estaba tan aburrido que puso en práctica la técnica de Matheo de mirar al infinito. Val estaba a mi lado riendo por las ocurrencias de su hermano, y los padres a lo suyo. Se fue haciendo tarde y mi madre nos indicó que podíamos pasar al salón para poder hablar de nuestras cosas, y con eso se refería a que Tom pudiera hablar de sus cosas sin fastidiar a los adultos.

En el salón, Thomas habló y habló hasta que una voz irreconocible dijo algo:

—¿Os gustan los misterios?

Nos giramos como movidos por un resorte y vimos a Matheo sonreír. No respondimos, pero, aun así, él comenzó su historia:

Una mano se posó sobre el hombro del chico, que se giró inmediatamente y pudo observar un gran brazo terminado en una mano con largos y finos dedos que sostenían un pequeño sobre. El chico lo aceptó y pudo leer el contenido enviado desde Scotland Yard agradeciéndole su ayuda en sus múltiples investigaciones, escrito por la impoluta caligrafía del inspector Lestrade y una bonita tinta azulada dirigido a la Sombra de Holmes. Con esto, el chico, orgulloso de sí mismo, corrió hacia la biblioteca y de camino robó un periódico sin que el tendero se enterase. Ojeó la exclusiva, cosa que él no podía dejar escapar: “OTRO CASO RESUELTO GRACIAS A LA MISTERIOSA SOMBRA DE HOLMES. Su gran intelecto sí que hace sombra a Scotland Yard”, pudo leer. Pronto llegó a su destino, donde la policía le esperaba. Entró en la majestuosa biblioteca de Londres y se dirigió hacia ellos. Cerca pudo observar el cuerpo de una mujer de mediana edad y un libro manchado de sangre entre sus manos. Fue directamente hacia ella, dejando a Lestrade con la palabra en la boca.

—Un disparo atravesó el libro e impactó contra su pecho —dijo agachándose sobre el cuerpo—. Podría haber sobrevivido, pero se desmayó y se golpeó la cabeza.

—¿Está seguro de que no murió solo por el disparo? —preguntó Lestrade.

—Sí. Porque, tras el disparo, se cayó y se golpeó la cabeza con la estantería, tercera balda para ser exactos. Cayó redonda al suelo y, por ese segundo impacto, murió.

—¿Y usted cree que podrá resolver este caso, “Sombra de Holmes”? —preguntó Lestrade riendo.





–Solamente será un juego de niños.

–Su juego de niños empieza cuando le cuento que en esta biblioteca solo había tres personas cuando murió: Jorge Ross, un anciano retirado de la medicina; April Jones, una niña de once años; y David Evans, un antiguo mercenario. Y su jueguecito acaba cuando se entera de que el médico llevaba veneno, la chica una navaja y el mercenario una pistola y...

Antes de que Lestrade terminara la frase, la Sombra se había marchado en busca de Jorge Ross, el primer sospechoso.

–Le prometo que no he matado a nadie. Soy inocente. Lo único que oí fue un golpe seco y un disparo.

–¿Para qué quería el veneno? Porque yo no suelo ir con veneno a la biblioteca.

–No es veneno. Es una medicación que he inventado yo mismo contra mi cáncer de huesos –le mostró mientras señalaba su silla de ruedas.

–¡Claro! Gracias por su tiempo –dijo, y se encaminó a casa de April Jones.

Una escuálida y blanca niña le recibió entre lágrimas con la misma excusa.

–Soy inocente. Solamente buscaba un libro de Julio Verne y, de repente, me veo envuelta en un homicidio –dijo rápida e inseguramente.

–La navaja.

–¿Qué? –preguntó aún más insegura.

–Que ¿qué pasa con la navaja?

–La navaja. De los Scouts –al oír esa palabra, huyó despavorido, ya que le traía malos recuerdos.

Cerca encontró a David Evans, un veinteañero violento.

–¡Todos los policías son unos pesados! ¡Yo no he matado a nadie!

–No te acuso de nada, solamente te pregunto sobre el tema.

–¡Pues ya sabes! –gritó.

–¿Por qué llevabas esa pistola?

–¡Para defenderme!

–¿De quién? –preguntó la Sombra.

–¡De personas que piensan que no debería estar en libertad! –gritó, y la Sombra de Holmes se marchó.

Hizo un esquema mental: Ross y su medicamento, Jones y su navaja de los Scouts y Evans y su pistola. Era Evans a la fuerza, ya que era





el único que llevaba una pistola... Pensó en ello y llegó a Scotland Yard, al despacho de Lestrade, que se encontraba vacío. Entró, y sobre la mesa encontró el libro de la escena del crimen y empezó a ojear lo que quedaba de él. Se trataba de una historia de Sherlock Holmes. Pronto se paró en una hoja y leyó: Muerte a Holmes. IL. Cerca unos pasos se oyeron, y la Sombra saltó por la ventana.

¿Por qué Muerte a Holmes. IL? Se sentía frustrado y dejó el libro cerca de la carta que el Inspector Lestrade le había enviado esa misma mañana: tinta azul, caligrafía perfecta... Igual que con el mensaje, y la misma firma: IL de Inspector Lestrade. Ahora la Sombra sabía quién lo había hecho y por qué.

–Fue Lestrade –dijo aquella mañana, dejando mudo a Scotland Yard–. Tú mataste a esa mujer con tu pistola y echaste la culpa a los demás. Lo descubrí gracias al mensaje que dejaste escrito en el libro que me enviaste. ¿Por qué? Porque te enfureció que en la noticia criticaran a Scotland Yard, y querías venganza. Simple.

–¿Eso es todo el misterio? Tiene hoyos –dijo Val.

–Ese no es el misterio. El misterio es quién era la Sombra de Holmes. Quien lo descubra, que venga mañana a mi apartamento –dijo eso y se marchó, igual que la Sombra.

No es por echarme rosas, pero claro que lo descubrí, y esa misma mañana fui a su casa y le espeté:

–Eres tú.

–Sí... Yo soy yo –dijo, perdido.

–Tú eras la Sombra de Holmes.

–¿Cómo lo has adivinado? –preguntó incrédulo.

–Eres exactamente igual que él. Desapareces como las sombras, te apellidas Watson y tu talón de Aquiles ha sido eso de “simple” – contesté imitándole.

–Chica lista. ¿Me acompañas a la biblioteca?

–¿Me prometes que no va a haber ningún asesinato?

–No te prometo nada.

Gracias a ese “No te prometo nada” nos hicimos compañeros inseparables de aventuras, ya que en la biblioteca pasaron cosas oscuras, más oscuras que la habitación de Jorge. ■





Aquella mansión

Carla Martínez Hidalgo

GRANADA

ACCESIT. CUENTO 10-12 AÑOS

Twedly regresó con la respiración entrecortada, el corazón le palpitaba irregularmente y hablaba tartamudeando, también se le notaba que había envejecido unos cuantos años. Se cree que no consiguió decir todo lo que quería, pues solo nos enteramos de que en su casa pasaba algo terrorífico. Estaba súper asustado, no se conseguía mantener en pie, las piernas le temblaban y hablaba con una voz muy ronca. No se estaba quieto. Pero lo que más llamaba la atención era su mano derecha, aparte de tener el hueso del dedo anular roto y poder moverlo más de lo normal, y tener una pequeña raja en la palma, era una mano normal, pero la movía de una manera muy peculiar, movía la muñeca para todos lados y con los dedos hacía formas muy diferentes unas de otras y algunas muy extrañas. Acababa de salir de aquella mansión.

—Vente al radiador a calentarte, fuera hace un frío que pela.

El colibrí hizo un gesto con la cabeza y me siguió. Juntos nos dormimos apoyados en el radiador.

En mi sueño vi que el abuelo se encontraba mejor y venía a casa a visitarnos, yo le presentaba a mi amigo el colibrí y juntos, los tres jugábamos.

Mi abuelo es un hombre de campo, que vive en un pequeño cortijo en Lanjarón, mi abuelo ha enfermado, mi madre pasa muchos días, hasta semanas, en su casa, con él, cuidándole.

Mi padre se va al trabajo por la mañana, justo después de que yo me haya ido al cole. Él trabaja en unas oficinas. Yo me paso todo el día en el cole y no vuelvo a verlo hasta por la tarde, sobre las cinco, aunque





yo vuelvo del cole a las tres. En ese rato le espero sola, bueno, con el colibrí. Mi padre trabaja hasta en vacaciones.

Mañana es Nochebuena y me he pasado todo el día con mi tía Letty, jugando con muñecas y ahora vuelvo a estar sola.

Me despierto y salgo al jardín a estirarme. El colibrí ya se ha ido y ha salido el sol. Voy a salir a dar una vuelta con mi bici, es blanca, con el manillar negro y un timbre morado. La tengo desde los cuatro años.

Estaba “bicicleteando” por una calle peatonal tan metida en mis cosas que no me di cuenta de que otro niño de mi misma edad venía en sentido contrario. Chocamos, y después de soltarnos unos cuantos tacos, nos hicimos amigos.

Le invité a mi casa, no por nada, sino porque necesitábamos desinfectarnos las heridas que nos habíamos hecho.

En casa había aparecido un baúl muy grande en el pasillo. Cuando entramos, no me di cuenta, me volví para colgar los abrigos, y ya cuando me iba, oí el pluf de cuando un abrigo se cae al suelo. Era el mío, volví la vista y vi el baúl, colgué el abrigo sin dejar de mirarlo y solo aparté la vista cuando subíamos las escaleras a mi habitación, después, ya no le di tanta importancia.

Todos sabían que existía un baúl en el que si entrabas su maldición caería sobre ti, pero nadie tenía claro nada pues ninguno se había atrevido a entrar. Unos decían que dentro del baúl se encontraba el diablo, otros que el baúl era la casa de unos fantasmas y otros, que simplemente había ropas viejas, pero una persona aseguraba, que dentro del baúl se encontraba una mansión encantada. Ese era Twedly, que lo había vivido, aunque, claro, cómo creerle si en el baúl lo máximo que podía haber era una guitarra, si estaba rota. Sin embargo, intrigaba, pues todos habían visto con sus propios ojos que Twedly había ido.

Después de dejarlo descansar varios días, ya mucho más tranquilo (aún tartamudeando y haciendo gestos raros con la mano), lo interrogaron; costó bastante sacarle lo que le sacaron, que no fue mucho. Consiguieron saber que gracias al baúl logró entrar en la mansión, que en ella había un montón de gramófonos, y que allí el tiempo pasaba más lento. Nada de lo que querían saber, sobre si había fantasmas o Dráculas, le sacaron. Twedly cerró el pico y como todos sabían que





era muy testarudo, lo dejaron, a pesar de que a muchos se les encendió la llama de la duda en el corazón.

Papá llamó diciendo que llegaría más tarde de lo normal a casa, sobre las ocho, que tenía reuniones, que no esperara a mamá, porque el abuelo estaba peor y mamá no llegaría hasta la mañana. Lo de que papá y mamá llegasen tarde no me importaba demasiado, pero que el abuelo se hubiese puesto peor me dio una rabia que salí directo a la entrada (con intención de salir a la calle). Cogí mi abrigo y empecé a morderlo, ahí sí me fijé en el baúl, y un cosquilleo me subió por la espalda, una extraña sensación se apoderó de mí, era como de miedo e intriga.

Mi amigo que..., a propósito no le había preguntado su nombre, me siguió, y al verme con la mirada fija en algo, la siguió. Era el baúl. Él se quedó más impresionado que yo.

Nos miramos a los ojos e instintivamente, sin decirnos nada, lo abrimos a la vez y saltamos en él. Estaba vacío, excepto por una pequeña tela roja, de un rojo sangre.

Twedly ya no tartamudeaba, era un señor normal, excepto por lo de la mano, y una nueva manía que había cogido al venir de aquella mansión, siempre que iba a hablar miraba primero al cielo como diciendo, “por Dios, no vaya a acabar mal” y a continuación, empezaba a hablar.

Fuimos teletransportados como por arte de magia, a un gran bosque verde, que por el momento pensábamos que estaba en medio de la nada, pero pronto nos dimos cuenta que tras él se encontraba otro mundo completamente distinto, que comenzaba con una mansión, pero no una mansión cualquiera. Era aquella mansión, la mansión de todos los cuentos de fantasía, la protagonista de todos los mitos y leyendas, el hogar del diablo para unos, la casa del demonio para otros... Esa mansión vieja y en ruinas que se ve siempre en las pelis de terror se encontraba ahora, justo delante de nosotros; un grito ahogado soltó mi amigo, que por cierto ya sabía que se llamaba Mark.





Los dos comenzamos a andar hacia ella, con pasos cortos y temblorosos, pero seguimos para no dar a ver que yo tenía más miedo que él, o él más miedo que yo.

Cuando llegamos a la puerta esta se abrió sola. Hasta ese momento los dos estábamos seguros, pero desde ahí nos entró un aire de arrepentimiento. Los dos hubiéramos preferido que nada hubiese pasado. Ya era tarde para volver atrás.

Un gran salón se hallaba ante nosotros, parecía muy antiguo, pero se conservaba bien. De él salían diferentes habitaciones y una gran escalera de caracol se encontraba en una esquina. En el centro de la estancia, una inmensa mesa circular repleta de gramófonos resaltaba, y salpicaduras de flores le daban el toque final. El salón era bonito.

Nos adelantamos a la siguiente habitación. Una sala repleta de estanterías llenas de libros y pergaminos que ocupaban la biblioteca, y en el centro se encontraba la misma mesa con los gramófonos. Esta vez parecía haber más, eso nos llamó mucho la atención. Nos acercamos a la mesa y en silencio la inspeccionamos. Una capa de un dedo de grueso tenía de polvo. No nos paramos demasiado y continuamos inspeccionando el caserón toda la tarde.

En un abrir y cerrar de ojos había caído la noche, la luna había aparecido en el cielo a pesar de que nadie la había llamado y esta vez, no traía sueño.

A Twedly le investigaron ese movimiento de manos. Él no sabía lo que hacía pero no podía parar. Llegaron a la conclusión de que esos eran los movimientos que utilizaban los mudos para comunicarse, pero no consiguieron descifrarlos.

A la mañana siguiente, nos levantamos temprano, ninguno de los dos habíamos conseguido dormir, pero sí descansar. Estuvimos hablando de lo que hacer ese día y decidimos investigar los gramófonos.

Al final del día esto fue lo que averiguamos: cada gramófono tenía el nombre de alguien, alguien de nuestro mundo. En una habitación ¡encontramos los nuestros!, esta fue nuestra conversación al encontrarla:





Yo grité –¡Ah!

Y Mark contestó –¡Ahhhh!

Yo volví a gritar –¡Ah, son los nuestros!

A lo que Mark respondió –No me grites, ya me he enterado.

Al final decidimos que cambiaríamos el mío para ver qué pasaba, porque si cambiábamos otro no nos enteraríamos del efecto. En la mesa también había uno de un antepasado mío, en el papelito ponía “Twedly”. Estaba rayado, lo limpiamos y los rayajos se esfumaron, a continuación movimos el mío. Justo antes de hacerlo me dije “tierra trágame”. Mark movió el tocadiscos mío hacia atrás. Iba bastante rápido comparado con otros. Había algunos que hasta estaban parados, pero el mío no. Cuando lo movió fui decreciendo, no empequeñeciendo, sino haciéndome más pequeño de edad, pero con el mismo cerebro. Inmediatamente Mark se asustó y lo volvió a poner normal. No había cambiado en nada, por suerte.

Twedly, de repente, paró de hacer movimientos con la mano. Primero se extrañó, pero después lo comprendió todo, y soltó un grito de triunfo; cuando él había ido a aquella mansión, al ver su gramófono, sin querer, lo tiró al suelo y este se rayó, intentó ponerlo como estaba pero al verse reflejado en él, se había dado miedo y había salido huyendo, volviendo a su casa; ahora lo entendía, se lo habían arreglado.

Ya nos dirigíamos a la puerta, cuando lo comprendí todo, los gramófonos eran como tu vida, si se paraban, significaba que te habías muerto, y si se rayaban, que estabas enfermo o tenías algún problema. Aún pensando en el abuelo, cogí de la mano a Mark y entré corriendo a buscarlo. Su gramófono se encontraba en la biblioteca y se estaba parando, rápido como un rayo le di más vueltas para que siguiera más tiempo girando y salimos corriendo de la mansión, nos colocamos en el punto en el que nos encontramos la primera vez en el bosque y volvimos a la casa justo a tiempo, cuando papá le daba vueltas a la llave. Alucinamos, el colibrí se unió a nosotros y papá nos contó que el abuelo había mejorado de milagro, como por arte de magia, nosotros nos miramos y sonreímos. Sí, justo un milagro. ■





La leyenda de Danya y Andy

Noelia Pérez Ramos

MARTOS (Jaén)

ÁCCESIT. CUENTO 10-12 AÑOS

Una fría noche de Halloween un grupo de niños salió por las calles de su pequeño pueblo a pedir caramelos y asustar a los vecinos. Fueron a varias casas y los vecinos fueron muy amables, les dieron caramelos, calabazas de chocolate y algún que otro susto... je, je, je.

Al final de la calle había una casa terrorífica, al que ningún grupo de niños se atrevía a ir, pero Iker, Gema, Marta, Pablo y Juan decidieron acercarse para recoger más caramelos. Llegaron a la casa, estaba rodeada por una valla alta de hiedra y flores. Entraron por el camino de piedra y se quedaron boquiabiertos, ya que había un jardín precioso y en el centro una bonita fuente. Subieron las escaleras agrietadas y se miraron unos a otros. Nadie se atrevía a llamar a la puerta hasta que Pablo, decidido, dio dos golpes ¡Pom, pom!

Todo estaba en silencio, no se escuchaba nada. Volvió a llamar más fuerte ¡POM, POM, POOOMM!

—Vamos, no tenemos toda la noche —dijo Pablo.

—Sí —dicen todos juntos.

Al ver que no abría nadie, todos bajaron las escaleras e iban por el camino de piedra, cuando de repente: ¡¡crjj, crjj, crjj ¡! Miraron hacia atrás y la puerta se abrió a sus espaldas, pero no había nadie.

Asustados, comenzaron a correr fuera de la casa. Iker y Pablo fueron los primeros en salir corriendo. Marta tropezó y algo o alguien la arrastró hacia la casa. La cogieron todos de la mano y no pararon de gritar. Esa fuerza era superior a ellos, así que la arrastró hacia dentro sin que pudieran hacer nada.

Fuera de la casa todos estaban muy asustados, pero no podían dejar a su amiga sola en aquel sitio. Entraron despacio, escuchando cada ruido





y sin saber dónde se estaban metiendo. Abrieron la puerta de entrada. Todo estaba oscuro. Empezaron a llamar a Marta, pero nada se escuchaba. Decidieron no separarse e ir los cuatro juntos por toda la casa. Era muy grande, con grandes habitaciones y altos techos. Siguieron el pasillo hacia la derecha y ahí había una gran cocina y una puerta que daba al jardín. Entonces fueron hacia la izquierda y encontraron un gran salón con grandes ventanales y hermosas lámparas. Por ningún lado había rastro de su amiga.

Iker se dio cuenta de que había muchas fotos de niños y en casi todas salía una niña con una larga melena y collares, y un niño más pequeño rubio y con una pelota. Pero había una muy, muy extraña donde estaban los dos chicos vestidos de negro y tristes, delante de una casa vieja y mal cuidada.

Los chicos decidieron subir a la planta de arriba y vieron que había un gran pasillo con muchas puertas. Empezaron a abrirlas una por una sin parar de gritar el nombre de su amiga, para ver si les contestaba. La mayoría eran habitaciones, también había un cuarto lleno de juguetes, otra habitación con muchas cajas y muebles. Llegaron al final del pasillo y quedaban dos puertas, una frente a la otra. Abrieron una y era la habitación de una niña, Danya. Había una cama en el centro con dintel y un velo alrededor de color blanco. Había muchos collares y un gran balcón que daba al jardín. Seguían llamando a su amiga a cada instante, pero nadie respondía.

Salieron y fueron hacia la otra habitación, abrieron la puerta despacio y encontraron en esta ocasión una habitación de un niño llamado Andy llena de juguetes, balones y un peluche al que le faltaba un ojo. Pablo dijo:

—Por hoy ya hemos tenido bastante, vayámonos que Marta no está.

De repente, un ruido los sobresaltó en el piso de abajo.

—Corred chicos, puede ser Marta.

Gema y Juan empezaron a correr escaleras abajo y detrás Iker y Pablo les seguían pisándoles los talones.

—Marta —grita Gema—, amiga, ¿dónde estás, eres tú?

Entraron a la cocina, a las habitaciones y nada, no encontraron nada. Entonces Pablo los llamó desde el salón:

—Chicos, ¡venid, deprisa!

Estaba en el centro del comedor y en sus pies había una foto boca-abajo. Todos los chicos se pusieron alrededor de la foto. Iker la cogió y





se dieron cuenta de que era aquella foto extraña que habían visto antes en el comedor. De repente, hubo un gran resplandor, ¡PLASCHHHH!, y los chicos aparecieron en un lugar extraño.

Todos se preguntaban qué lugar era aquel y cómo habían llegado allí. Comenzaron a andar por aquellas calles sombrías, llenas de hojas y grandes árboles. Iker dijo:

—¡Mirad, chicos, allí hay un cartel, vamos a verlo!

Cuando llegaron pudieron leer un nombre...

BIENVENIDOS A SUSANMALLVILLE

Unos a otros se miraron y decidieron seguir hacia delante en busca de alguien que les pudiera ayudar a entender qué estaba pasando y qué hacían allí. Siguieron andando y vieron que era un pueblo pequeño con muchas casitas y pequeñas tiendas. Había personas pero todas les miraban y seguían su camino, así una persona tras otra seguía su camino cabizbaja.

—Perdone, señor, ¿nos puede ayudar? —dijo Gema a un señor con el que se cruzaron.

El señor los miró desconfiado y siguió su camino. Así una persona tras otra, pero ellos seguían andando y Pablo dijo:

—Señora, ¿nos puede ayudar?

—Sí, pequeños, decidme ¿qué queréis?

Y al momento Iker gritó:

—¡Chicos, esa es la casa de la foto!

—¿De qué foto? —dijeron todos.

—¡De la casa...! —dijo Iker— Esa foto tan rara que vimos en el suelo.

—¿Ohh, sí, es cierto! —dijeron todos.

La señora se quedó mirando extrañada y les dijo:

—Chicos, ¿cuál era esa pregunta que queríais hacerme?

Pablo adelantó a sus compañeros y le preguntó si en esa casa vivía alguien. La mujer bajó la cara y se le saltaron las lágrimas:

—No, chicos, aquí ya hace años que no vive nadie. La gente murmuraba que esa casa está maldita y a raíz de lo que aquí ocurrió, el pueblo se ha quedado sombrío y triste.

Los chicos se miraron desconcertados e intrigados y le pidieron que les contara lo que había ocurrido años atrás. La señora les dijo que la acompañaran a su casa y allí les contó la terrible historia:





Años atrás, SUSANMALLVILLE era un bonito pueblo, con muchos niños que alegraban sus calles, hasta que un fatídico día unos padres no encontraban a sus hijos Danya y Andy por ningún lado. Buscaron por todos lados, en casa de sus amigos, de sus familiares, de sus vecinos, por todo el pueblo y por los alrededores, pero nadie los había visto en aquella tarde de invierno en que sus padres habían salido unos minutos. Se dice que entraron a la casa con varios vecinos, buscaron por el jardín, por las habitaciones, en el ático y nada. Entonces el padre recordó que meses atrás sus hijos querían bajar al sótano y él no les dejó, ya que había muchos trastos y estaba sucio. Fue al cajón donde guardaba la llave y vio que no estaba. Salió corriendo hacia las escaleras que bajaban al sótano. Llegó y la puerta estaba cerrada pero le dio un empujón y se abrió. Entró llamando a sus hijos:

—Andy, Danya, chicos, salid.

Aquel sótano era bastante grande. Estaba lleno de muebles antiguos y de cajas. Hasta que un vecino vio unas cajas abiertas y llamó a los demás:

—¡Aquí hay algo, venid todos!

Se fueron acercando y vieron que había unas cajas tiradas en el suelo abiertas y había juguetes de niño, una pelota, un peluche que le faltaba un ojo, canicas y cartas escritas por un niño de corta edad.

Se notaba por la letra y las palabras que usaba. Estuvieron leyendo algunas de ellas y se quedaron boquiabiertos. Decía que se encontraba solo, que quería jugar, que buscaba amigos. Lo que los dejó sin aliento fue que encontraron una carta de setenta y cinco años atrás, o sea, que ese niño ya había muerto. Todos se sobresaltaron y se quedaron atónitos mirándose unos a otros.

De repente, alguien gritó:

—¡Oh, no, esto es un horror, no puede ser!

Todos salieron corriendo hacia el lugar de los gritos y encontraron a los dos chicos muertos; alrededor de ellos, juguetes, y en la pared pudieron leer:

“Por fin tengo amigos, ya nunca estaré solo”

Los padres, después de aquella tragedia vendieron la casa, con todos los muebles y todo lo que había dentro. Se marcharon del pueblo, y ya nunca más volvieron. Se dice que el pueblo está maldito por esa tragedia.





Los chicos, cabizbajos, asustados y pensativos le dieron las gracias a aquella mujer y salieron de su casa, camino a la casa de los niños. Al llegar al jardín Iker saltó la valla, Gema y Pablo lo siguieron. Juan se quedó fuera observando los árboles cómo se movían con el viento, la fuente que había junto al estanque. Todo aquello le resultaba familiar. Miró hacia la ventana de la planta superior y le pareció ver unas sombras.

—Chicos, venid rápido, he visto algo allá arriba.

Juan saltó la valla y se unió a sus compañeros. Entraron a la casa por la puerta de atrás. Todo estaba abandonado, los muebles llenos de polvo.

—No deis un paso más —dijo Gema con la cara blanca como la espuma— mirad el suelo.

Los tres chicos se miraron fijamente y bajaron la mirada hacia el suelo.

—No puede ser, es la foto otra vez, es la misma foto de esos dos chicos delante de su casa.

Y de repente, ¡¡PLASH!!! Un resplandor les hizo cerrar los ojos y tirarse al suelo. Al levantarse los chicos se miraron y se dieron cuenta de que estaban en las calles de un pequeño pueblo, VoichMagne, corriendo hacia aquella casa donde su amiga había desaparecido. Entraron y fueron al comedor. No encontraban la foto por ningún lado, no había rastro de su amiga Marta por ningún sitio y Pablo les dijo:

—Chicos, no hemos buscado por toda la casa, no hemos mirado en el sótano. Debemos bajar, ¡vamos, acompañadme!

Salió andando hacia una pequeña puerta que había en el hueco de la escalera. Miró hacia atrás y dijo: Vamos, chicos, ¿a qué esperáis?

Gema, Juan e Iker se miraron y temblorosos siguieron a su amigo. Abrieron la puerta, bajaron las escaleras y Pablo comenzó a gritar:

—Marta, Marta, ¿estás aquí? Marta, ¡¡¡háblanos!!!

De repente, se oyó un pequeño ruido en un rincón de aquel sótano. Todos fueron hacia ese lugar y se llevaron una gran sorpresa.

—Aquí está Marta —gritó Iker—. Marta, vamos, levanta, ven con nosotros.

Marta estaba arrodillada en el rincón, temblando y llorando rodeada de juguetes. Sus amigos le ayudaron a levantarse y juntos los cinco salieron de allí.

Días después, Marta les contó a sus amigos que ella no estuvo sola en aquel sótano, que un niño pequeño jugó con ella.

EL DIRECTOR DIJO: ¡COOOORTEN! ■





C U E N T O
13~15 años



Excusas para no hacer los deberes

Celia Arias Martínez

ÚBEDA (Jaén)

PRIMER PREMIO. CUENTO 13-15 AÑOS

Querido profesor:

Espero que no le parezca demasiado extraño que le escriba una carta para excusarme de hacer los deberes. Como comprenderá después de haberla leído, la historia es demasiado larga y temo que no pudiera escucharla completamente y tomarme por mentiroso:

“Todo empezó el veintisiete de septiembre del mítico año en el que el Atleti hizo el doblete. Tenía yo ocho años y nunca había oído hablar del colegio. Mi vida giraba en torno a los partidos de fútbol de las cinco de la tarde, cuando nuestras madres consideraban oportuno dejarnos salir a molestar a los vecinos. Como iba diciendo, mis padres en un arrebato de culpa, creyendo sin duda que mi educación estaba tomando caminos demasiado vulgares, me apuntaron al colegio, con la esperanza de que aprobase primero y aprendiera a leer y escribir. Allí me presentaron a mis nuevos amigos: un lápiz, una libreta y una goma.

El lápiz, prepotente desde el principio, disfrutaba ensuciando las hojas. No había ser en el mundo que fuese tan quisquilloso al dejarse utilizar: el pulgar y el índice, no apretar demasiado, ¡con la mano derecha, por favor! Estuvo poniendo pegas hasta el final.

A la libreta no se le podía denominar de otra forma que idiota. Se dejaba ensuciar y limpiar por los demás, como si no tuviese conciencia de sí misma. Pasaba los días en blanco, sin ideas, hasta que alguien más poderoso escribía en ella. Y los revolucionarios lo borraban.

Porque, claro está, también existía la goma. Aquel ser diminuto de tres centímetros de ancho que acaparaba con su casi oculta presencia todos los valores de la justicia universal. Su trabajo, distinguir lo que estaba bien de lo que estaba mal. Aquel que no fuese digno de dejar su huella en las inmaculadas hojas del folio en blanco era reducido a cenizas.





Y así, cada palabra mal escrita se llevaba un poquito de sí misma, hasta que moría, fundiéndose con el suelo. Lentamente.

La primera goma que tuve –mi goma– duró el tiempo que los profesores consiguieron hacerme escribir y reescribir cada palabra, hasta que lo hacía correctamente. La veía morir, día tras día y se me partía el corazón cada vez que tenía que utilizarla. Hizo su último trabajo el último viernes antes de las vacaciones de Navidad y tuve que dejarla allí, perdida entre la suciedad del escritorio. Recuerdo que estuve medio mes llorando su pérdida. ¿Qué cosa peor te puede pasar a los ocho años que perder a tu primer amor?

Mi madre, que tardó un tiempo en enterarse del origen de mis males, optó por la solución más obvia: una goma nueva. No fue una resurrección, ni mucho menos, pero sí logró acrecentar en mí una sensación de grandeza. Verdaderamente había otras gomas esperándome ahí fuera. Haciéndome la promesa de no volver a utilizarlas en vano dejé de escribir. Suspéndi ese curso y los que vinieron después. No me importaba. La vida sería de color rosa mientras pudiese seguir estando al lado de mis queridas gomas. El tiempo y los bolis me demostrarían cuánta razón llevaba.

La historia de la séptima goma también explica cómo pudo pasar lo que vino después.

Los historiadores deberían llamarlo el segundo hito en mi vida. La séptima no fue una goma al uso. A diferencia de las demás esta no pasó sin pena ni gloria. Su corta vida (algo menos de dos semanas, el tiempo récord que se necesita para cargarte una de tamaño medio) fue un desafío al código moral de las gomas. Pasó haciendo el mal, sembrando el desasosiego a su alrededor. Su delito fue enamorarse del lápiz. Seguramente en su reino lo llamarían traición y estaría castigado por trabajos forzados, cadena perpetua, pena de muerte... y todas esas cosas que nos prohíben hacer a los humanos. Pero dio la casualidad que la justicia en el reino del escritorio me pertenecía por completo a mí. Los llamé a juicio y les tomé declaración. Decían que su amor era eterno, que huirían a la casa de cualquier campesino y vivirían entre vacas si era necesario. Que nadie podría tocarlos hasta que el tiempo los desintegrara. Según ellos, escaparían de la muerte y de sí mismos gracias a su amor inmortal.

Pensándolo bien, ahora me hubiera gustado poder decir que sí, que en ese momento los creí y les di libertad para hacer lo que quisieran. Lamentablemente, yo seguía siendo un muchacho de ocho años así que





los regalé a mi encantador compañero de mesa que, en un arrebato de amor juvenil, los hizo pedazos y los tiró a la chiquilla de delante. Un romance que acaba con otro. Sin duda una moraleja para ellos.

Temo decir que esta pequeña experiencia me afectó más de lo que me hubiera gustado. De repente la goma ya no encarnaba los ideales que tanto me había esforzado en encontrar. Al igual que las personas, las había trabajadoras, vagas, inteligentes, tontas, justas, inmorales... No eran seres inmutables que siempre actuaban con corrección, sino débiles e influenciables. Estaba sumido en un estado de total desconcierto, así que, cuando en mitad de todo aquel jaleo apareció el boli, mi mundo se cayó en pedazos. El solo imaginar que existía algo tan poderoso que todo lo que escribiese quedase reflejado en el papel para siempre me ponía los pelos de punta. Verdaderamente, pensé, a aquel que mereciese utilizarlo le pertenecería la verdad absoluta. El rey del mundo sería el ser supremo que nunca se equivoca.

Mi maestra parecía ser de la misma opinión, pues cuando vio los primeros trece cuadernillos repletos de tachones de bolígrafo, los prohibió sistemáticamente. El bolígrafo en cuestión pertenecía al adinerado de turno que, haciendo alardes de su fortuna nos dejó probarlo a todos, hasta que se lo gastamos.

El primer boli que realmente fue mío lo obtuve al aprobar primero (¡y decían que el chico era tonto!). Desgraciadamente el gobierno ya había impuesto la ley de la educación obligatoria hasta los dieciséis, y al igual que un ciclista que acaba de empezar a subir un puerto de primera, a mis ojos quedaban ante mí ocho interminables años de sentarme invariablemente en la misma silla en la que parecía que había estado siempre.

Me lo regalaron en una caja negra de terciopelo por mi enésima comunión. No recuerdo quien fue el tío, primo o abuelo que me creyó capaz de soportar tanta presión, pero juro que le he guardado y le guardaré odio absoluto.

Desterré de mi estuche el lápiz con el que llevaba tanto tiempo sin hablarme y le hice un sitio especial a mi nueva adquisición. Los demás instrumentos de escritura se quedaron anticuados y los tiré a la basura. Es increíble como una goma rebelde puede cambiar tanto la vida de un niño pequeño. El boli y yo nos convertimos en mejores amigos. A diferencia de lo que la experiencia me había enseñado, los cursos siguientes se me pasaron volando. Tal vez sea porque los pasé estudiando pero no





tengo muchos recuerdos de aquella época. No tenía miedo a utilizarlo porque era recargable y me creía feliz estando con él.

Lo tuve fácil cuando llegué a cuarto y tuve que decidir qué carrera hacer. Mi sueño era pasar toda la vida con el boli y la mejor opción para cumplirlo era ser escritor. Entrar en la Facultad de Literatura se convirtió en mi obsesión. No hacía otra cosa mañana y tarde que escribir y reescribir los libros de cuarto para que el boli se los aprendiera de memoria. El fracaso era inconcebible.

Llegó el día del examen de admisión (el último, el más importante de todos) y nos llevaron a un gran salón lleno de mesas individuales. Tuvimos que dejar todas las cosas que llevábamos encima (¡hasta los móviles!) y nos condujeron a nuestro sitio correspondiente, que estaba marcado con nuestro nombre y nuestro DNI. Allí me esperaba un bolígrafo azul, pero yo llevaba secretamente el mío, que lo había recargado el día anterior para que no se me quedase sin tinta. Él contenía todas las cosas que había escrito este año: las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, las capitales de todos los países africanos, la Generación del 98, los verbos irregulares ingleses, las razones trigonométricas, las leyes de Newton... Nos lo sabíamos todo.

Pero entonces, cuando nos repartieron el primer examen, sucedió lo inesperado. El boli repleto de tinta que me había acompañado durante ocho años dejó de funcionar. No es que no pudiese apretarlo contra el papel como hacía siempre, es que por mucho que lo apretara no era capaz de soltar ninguna palabra. Probé con las cosas que hacían mis compañeros cuando le pasaba algo parecido: frotarlo contra la suela del zapato, darle golpes contra el papel... pero no sirvieron de nada. El bolígrafo se había secado para siempre”.

Como comprenderá, Don Antonio, me ha sido imposible reponerme de aquel duro golpe. He roto por completo mi amistad con ese sucio bolígrafo y ahora no puedo ir a rogarle al lápiz que me perdona. Estoy en una encrucijada y no saldré de aquí hasta que apruebe cuarto. Ya he perdido todos mis sueños y nada me ilusiona. No pienso volver a escribir, ni a lápiz, ni a boli, ni a ninguna otra cosa que se le parezca. Todos son iguales, algún día me traicionarían. Así que espero que reconsidere lo que dijo el pasado viernes sobre hacer una redacción obligatoria todas las semanas y pueda convencer al equipo educativo de dejarme pasar de curso.

PD: Siento haberme desviado tanto del objetivo principal de la carta pero se la tenía jurada a este odioso bolígrafo azul... ■





Perdida en el olvido

María Chacón Ortiz

JEREZ de la FRONTERA (Cádiz)

ÁCCESIT. CUENTO 13-15 AÑOS

Caminaba sin cesar por un estrecho y largo sendero. Los álamos la rodeaban y sus copas parecían tocar el cielo con sus hojas. Los pájaros cantaban alegres, y el viento envolvía sus melodías suavemente.

Se había perdido. Probablemente debería haber reconocido la zona o no alejarse mucho, pero intentó olvidar su negligencia, suspiró pesarosa y enfiló por el denso bosque.

Cuando decidió salir de su pequeña choza para buscar una medicina, sabía que aquel maravilloso paraje estaba dotado de increíbles plantas y bayas con propiedades curativas.

Maia era la única persona en aquel lugar con conocimientos en el campo de la medicina y la curación, aunque vivía sola en el bosque desde no hacía mucho tiempo, y las aldeas cercanas solían pedirle que preparara remedios y antídotos para enfermedades. Lo cierto es que nunca había visto a ningún aldeano, ya que utilizaban siempre aves rapaces para comunicarse y enviar sus paquetes. La soledad era algo que no le convenía del todo, pero tenía algunos perros guardianes que la acompañaban, así que no se sentía tan sola.

No recordaba mucho, y no sabía exactamente como había llegado a aquella choza abandonada y había retomado su vida como si nunca hubiese habido un pasado que recordar. Pero ahora debía concentrarse en encontrar el remedio.

Todo aquello le había llevado a su situación. Estaba cansada. Su cabeza le obligaba a seguir caminando, pero sus huesos le deprecaban descanso. Entonces, cuando creía que iba a quedarse allí para siempre, vislumbró algo.

Una enorme casa de piedra se alzaba junto a los álamos, en un claro junto al sendero, describiendo siluetas oscuras y deslizantes; podría haber





seguido caminando, pero aquella especie de mansión le atraía como un imán, así que se dirigió hasta unas escaleras de mármol oscuro, y llamó a la vetusta puerta con los nudillos. No podía asegurar que allí viviera alguien, pero el bonito huerto que había junto a la casa delataba que hace poco las plantas habían sido regadas. Se fijó en otras muchas que no conocía, y se sintió tentada de ir a estudiarlas, pero entonces la puerta se abrió y apareció un muchacho alto y de cabello negro.

Su rostro se volvió del color de las nubes, y casi pareció estar viendo a un monstruo. Maia se aclaró la garganta y se preparó para lanzar su emotivo discurso.

—Perdone, pero me he perdido en este bosque tan grande mientras buscaba unas plantas. Estoy muy cansada, le agradecería que me dejase descansar un rato en su casa, si no le es molestia.

El chico seguía bastante atónito e hizo ademán de cerrar la puerta, pero con la misma cara, y la boca entreabierta, la dejó pasar.

—S-siento mis modales... Pase, le serviré algo caliente, ¿tiene frío, no es así? —su rostro parecía totalmente diferente y, sin darse cuenta, ya estaba dentro de la enorme casa.

Se fijó en sus dedos y los vio blancos y débiles. Pero no temblaba. No tenía frío.

El interior era acogedor. Una gran alfombra remarcaba la entrada, y una larga escalera subía al segundo piso. Todo estaba decorado con delicados cuadros y pinturas antiquísimas. El hombre le invitó a entrar al salón, diseñado de la misma forma, aunque en el centro había un enorme sofá de terciopelo granate y una chimenea avivaba la pared de piedra. El espacio en general estaba atestado de objetos coleccionables y decorativos. Se sentó como en una gran jaula que había perdido todo su espacio por cosas inútiles.

De repente, una rapidísima imagen de un jade verdoso destelló en su mente, y al mirar a su derecha, se encontró con uno delante de sus narices, como si lo hubiese creado ella misma. Tenía un extraño esquema de aquella casa en la mente, y casi sabía lo que iba a encontrar antes de verlo.

Lentamente advirtió que había un chocolate caliente sobre la mesilla y el joven le invitaba a degustarlo. Emulaba fácilmente a un camarero de restaurante; río, divertida, al imaginarle de esa forma.

Sin previo aviso, una mujer mayor, de unos cuarenta años, apareció en la estancia como por arte de magia, y al verla, se clavó en el suelo como una estatua, se quedó mirándola durante largos segundos, y Maia sintió que la cabeza le iba a explotar.





Le miró con sus ojos azules, profundos y brillantes, y después de restaurar su conciencia, habló.

—Oh, madre —dijo el chico, y luego la miró como si quisiera decirle algo muy importante—. ¿Qué haces aquí? Deberías seguir descansando.

La mujer hizo caso omiso de su hijo, y se acercó más mientras le escrutaba con asombro.

—James, ¿qué ha...?

Antes de que él pudiera contestar, lo hizo ella.

—Mi nombre es Maia. Estaba realizando un importante estudio medicinal en el bosque y he terminado perdiéndome, por eso esperaba que pudieran ofrecerme un lugar para descansar, y si pudieran ayudarme a llegar hasta mi hogar...

—¿Tu hogar? —miró rápidamente a su hijo, y él parecía incómodo.

—¿Hay algún problema?

—No importa... Puedes quedarte el tiempo que necesites.

Se sentía a gusto con aquellas personas, como si ya las conociera. Realmente les agradecía todo aquello.

—¿Quieres comer algo? —preguntó la mujer.

Maia pensó que hacía ya tiempo que no tenía hambre, ya solo comía por comer. Evocó amargamente aquellos días en los que iba a recoger pomelos, y saboreaba esas deliciosas tartas de delicada y suave miel que se derretían en la boca y te hacían pensar que jamás volverías a comer algo tan dulce.

—Se lo agradezco muchísimo, pero por hoy estoy bien. Además, me gustaría preguntarle sobre unas interesantes plantas que he visto fuera, creo que podrían ayudarme a fabricar la medicina que busco.

—Si así lo deseas, así será.

Durante toda la noche estuvo pensando en la señora Williams. Aquella encantadora y portentosa mujer de relucientes ojos era un tanto extraña. Habían estado haciendo comentarios ociosos, y no había nada interesante de lo que hablar, hasta que ella había comenzado a hablar de su enfermedad como si nada.

La señora Williams llevaba muchísimos años luchando contra una extraña anomalía que no le permitía vivir como a otras personas. Sufría espasmos, no podía mantenerse en pie mucho tiempo, la cabeza le dolía constantemente... Al parecer todo esto había ocurrido por un extraño accidente del que no quiso hablar demasiado, pero al parecer afectó gravemente a la familia y a su esposo, que llevaba años realizando expediciones por el mundo sin volver a casa.





Esto había apenado mucho a la chica, pero la madre de James le había asegurado que siempre había sido así.

No quería quedarse demasiado tiempo en aquella casa, aún recordaba a todos los de la aldea, que en aquel preciso momento estarían sufriendo incesablemente. No quería ni por un segundo que ellos llegaran a pensar que les trataba con saña, porque lo cierto es que les quería mucho a todos... Pero el mal tiempo y las tormentas eléctricas hizo que se quedase varios días allí.

Los Williams la trataban muy bien, pero le daba la impresión de que algo ocurría detrás de aquellas sonrisas forzadas. El tercer día, se levantó por la noche a por un vaso de agua. De la habitación de James salían susurros y murmullos, y casi sin poder evitarlo, se acercó un poco y captó a medias palabras de sufrimiento y desconcierto.

—... No puedo creer que esto esté pasando —decía en ese momento James, que parecía realmente frustrado mientras miraba a su madre con horror—. Es totalmente irracional...

—Encontraré el momento oportuno para hablar con ella; no estoy segura de por qué ha podido suprimir esos recuerdos pero...

Maia no sabía de qué hablaban, y por un momento creyó que era sobre ella, pero descartó la idea cuando comenzaron a charlar de otros familiares que ella desconocía. Algo le decía que los Williams no tenían muchos amigos, y no parecía que alguien intentara fraternizar con ellos, lo cual desconcertaba a la chica. Después de todo, eran bastante agradables.

También había conocido a los gemelos Mike y Anie, hermanos pequeños de James, que como los otros, la habían mirado sin poder creer lo que veían. Éstos no solían estar en casa, y por tanto Maia no les veía nada más que cuando asomaba la cabeza por la ventana y les veía jugar entre las hojas secas del otoño.

Por la mañana, se levantó antes de que las luces del alba tocaran la tierra. Había estado toda la noche pensando y no había dormido nada. Hacía mucho tiempo que no lo hacía. Desayunó rápidamente un trozo de pan con mermelada y algo de leche, pero lo hizo sola, como siempre. La comida ya apenas le sabía a algo, pero debía encontrar en algún lado la fuerza que necesitaba.

Se dirigió al patio, que era donde estaba la señora Williams, esperando atentamente su llegada.

El cielo estaba muy oscuro esa mañana, y los cuervos cantaban sonoramente mientras traían consigo mal agüero.

Aquel pequeño huerto era sin duda hermoso: estaba lleno de plantas extrañas que nunca había visto, y flores de colores suaves y potentes al





mismo tiempo, que contrastaban con el verde del profundo bosque, que parecía aún más siniestro.

—Me parece que estos hierbajos te interesarán mucho —enseñó a Maia un matojo de hierbas secas, y luego lo acercó a su propia nariz, y absorbió el agradable olor que emanaban de ellas, mientras suspiraba con disimulada euforia—. Realmente podrían ayudarte a fortificar las defensas en el cuerpo.

Maia iba tomando apuntes en un cuaderno de campo, y luego cogía una muestra de la planta y la guardaba entre las hojas de éste. Se veía que a la madre de James le entusiasmaban las plantas tanto como a ella.

De repente, una fina llovizna comenzó a caer del cielo, haciéndose cada vez más fuerte. Maia sintió la mano de su acompañante cerrándose sobre su brazo, y se encontró bajo un enorme árbol que les cobijaba de la lluvia. La miró con curiosidad, y fue como si una flecha le atravesara el corazón; aquel árbol era muy conocido para ella. Antes de querer darse cuenta, miraba hacia el suelo. Un montón de hojas se hacinaban justo delante de ella.

El viento soplaba fuertemente y, después de mucho tiempo, creyó haber notado un escalofrío.

—Hace mucho tiempo tuvimos un grave accidente, creo que ya mencioné algo —comenzó la señora Williams súbitamente y sin razón—. El desprendimiento de unas rocas, en la montaña, mientras íbamos de excursión... Uno de nosotros no sobrevivió.

Como por impulso, Maia se encontró apartando con avidez todas las amarillas hojas. Sus colores danzaban ante los ojos de la chica, y casi pareció un minúsculo momento de locura el que se apoderó de ella. Pensó por un momento en su falso convencimiento de haberse perdido de su encantadora choza, cuando lo cierto era que, fuera como fuese, su alma llevaba perdida mucho más tiempo del que imaginaba y, sin darse cuenta, había regresado por mero instinto.

Abajo, en el suelo, se hallaba una lápida de mármol incrustada, con letras de plata, que brillaban con la luz que reflectaban las gotas de lluvia, como lágrimas.

Un solo nombre.

“Maia Williams”.

Una sola frase.

“Los muertos siempre regresan a su hogar”.





C U E N T O
16~18 años



Día tras día

Marta Bordons Martínez

VALENCINA de la CONCEPCIÓN (Sevilla)

PRIMER PREMIO. CUENTO 16-18 AÑOS

Día tras día, el más inmutable silencio. No sabría decir durante cuántas horas mi abuela permanece callada, sentada en su sillón, mirando hacia ningún sitio. No sabría decir en qué piensa exactamente, por qué a veces su rostro palidece o por qué tan de pronto se echa a llorar. Solo soy una niña.

Mi madre la lava cada día. Olor a orina y productos químicos en toda la planta alta. Otra vez ha ensuciado los pañales, no le dio tiempo a llegar al cuarto de baño.

Titubea en las escaleras, pisa los peldaños firmes y se asusta al entender que no ceden. Desayuna mientras descubre cómo la casa despierta: el perro sigue a mi madre esperando que lo paseen, mi hermano aparece con un bostezo en la cara para agarrar su desayuno y volver a su cuarto, yo corro a través de las habitaciones, jugando; mi padre hace mucho que escapó a trabajar. Y luego ella se sienta en el sillón de la salita. Mi madre empuja el pesado armatoste hasta el cuadrado de luz cálida. Sin embargo, en cuanto se va mi abuela se gira ayudándose de los pies para dar la espalda a la ventana y sumirse en las sombras que proyecta el inmenso respaldo. Yo lo observo todo y sigo jugando. Solo soy una niña.

Horas de mutismo. Mi madre le enciende la tele, le pone el volumen casi al máximo (desde el jardín puedo oír los berridos de la máquina). Mi abuela, en cambio, tiene que esforzarse para desentrañarlos. Acaba mareada y vuelve a girar su sillón hacia la pared cubierta de fotos que no alcanza a ver. A la hora exacta, la merienda carente de azúcar, recubierta por pastillas y regada por jarabe reposa en la mesilla junto a su sillón. Ella muerde las galletas que una vez probé y me supieron a tierra, traga las pastillas como caramelos y se bebe el vasito relleno de aquel líquido que parece almíbar. Cada día tuerce la boca al tragárselo.





Tengo curiosidad por probar a qué sabe, pero mi madre siempre guarda el bote en los estantes altos. Me dan miedo las alturas.

Es verano, el sabor dulce del helado se derrite en mis encías y el aburrimiento se palpa en mis bolsillos. Mi madre siempre me dice que no moleste a la abuela, pero hace rato que salió a comprar al pueblo. Mi abuela puede moverse, no os creáis que está siempre sentada. Se ayuda de una especie de carrito al que mamá llama “el coche de la abuela”, que ella arrastra y que le sirve, al parecer, para no perder el precario equilibrio que durante todo el día va almacenando. Sin embargo, no suele levantarse de su sillón: solo cuando necesita ir al baño o cuando mi madre la anima a dar unos pequeños paseos por la casa. Nunca viene conmigo a jugar y, el tiempo que no lo pasa en silencio mirando sin ver, está hibernando en las sombras. No me gusta acercarme cuando está despierta y perdida; sin embargo, hoy lo hago. En la salita se respira un aire diferente al del resto de la casa. Un olor que ya conozco en versiones más tenues, un olor que impregna la ropa y rebosa en los muebles. La abuela ni siquiera me ve entrar, y mucho menos me escucha. Las pilas de su audífono siempre están gastadas; es pensar eso o admitir que es otra cosa la que está mal. Pienso entonces que quizás fue un error entrar, que no podría arrancarle una mirada, y menos una palabra, que me seguiría aburriendo sin remedio y pensando en quién era esa mujer a la que llamaba abuela, y por qué no jugaba conmigo, y por qué siempre estaba tan triste. Estoy a punto de recoger mis propios pasos para volverme cuando gira su rostro hacia mí, y sonrío. Antes de darme cuenta de lo que hago, mis labios ya le devuelven la sonrisa.

Así empezó un verano diferente. Cada día la visito, aunque solo sean unos minutos. Sin importar cuándo aparezca, siempre la encuentro con la mirada extraviada, los ojos velados, los párpados como persianas a mitad de camino. Sin embargo, cuando me siento frente a ella con las piernas cruzadas, en el refrescante suelo, parece que enfoca las pupilas para descubrirme ante ella. Y sonrío. Sus arrugas se estiran, se descubren sus dientes postizos, sus hundidos ojos claros como cristales suaves parecen llenarse de luz y sus mejillas, de color. Sus manos tiemblan, esas manos de largos dedos como alambres, de venas marcadas, nudos, manchas y todas aquellas imperfecciones de la edad que la hacían parecer tan auténtica, tan cercana. Ese despertar, ese retorno desde su mundo lejano...





El primer día ni siquiera hablamos. Nos sonreímos mutuamente, reconciliamos miradas, le enseñé mi muñeca nueva, una de esas estúpidas Monster High a la cual le había cortado el pelo hasta casi dejarla calva. Pareció gustarle, la cogió entre sus manos vacilantes y acarició el plástico y la tela de poca calidad. Su sonrisa se ensanchó. Le traje jazmines frescos del jardín, acerqué mis manos como un cuenco a su rostro y al aspirar su olor sus ojos se llenaron de lágrimas. Me asusté, pero su sonrisa seguía allí, así que pensé que era algo bueno. Ansiosa, me pregunté de qué otra forma podría mostrarle mi pequeño mundo. Sin embargo, cuando volví con uno de mis peluches favoritos, ya se había quedado dormida.

Aquella noche ningún grito confuso ni asustado nos despertó de nuestros sueños. Pasaba a veces, que durmiera del tirón. Sin embargo, me gustó pensar que quizás hubiese sido por mí.

Al día siguiente me preguntó que quién era yo. Le dije mi nombre, mi edad, y le recordé que llevábamos viviendo juntas casi tres años, desde que mamá y papá la trajeron a casa. Me extrañó que no me recordase, pues cuando yo era más pequeña estábamos siempre juntas, pero por otro lado también me hizo gracia. ¡Qué despistada! Después se levantó y me enseñó la salita, empujando su cochecito. La televisión, las fotografías, el reloj de pared... Hablaba muy despacio y a veces pronunciaba palabras que no entendía y me reía, y ella se reía conmigo. Me tuve que ir porque Jaco ladraba, y solo ladra cuando escucha el coche de mamá. Antes de marcharme, me despedí con la mano. Ella me imitó en silencio, su acostumbrado silencio.

El martes me colé en su habitación mientras mamá planchaba. La abuela dormía, pero no pareció molestarse cuando la desperté con una pequeña sacudida. Sus ojos se limitaron a abrirse bruscamente, su boca formó una “O” sorprendida y como desconcertada, pero luego volvió a sonreír. Y, de nuevo, me preguntó que quién era yo. Pensé que era una broma y me reí, pero ella parecía seguir esperando una respuesta. Entonces supuse que sería una especie de juego y me inventé un nuevo nombre. A mi abuela le bastó, incluso me dijo que era un nombre muy bonito. Durante otra media hora estuvimos jugando con mis muñecas. Fue divertido, pero tuvimos que parar porque pronto sería su hora de almorzar. Mientras me iba me pregunté por qué mi madre no querría que estuviera con ella, ¡si lo pasábamos genial juntas! ¿Por qué no





nos dejaba compartir nuestro aburrimiento, arquear nuestros labios, no entendernos entre risas?

A la noche siguiente nos despertamos entre gritos. Primero fueron los de mi abuela. Cada vez eran más frecuentes, y siempre empezaban por la noche. No decía nada, solo gritaba y se debatía. Mi madre encendía todas las luces, se sentaba a su lado, la abanicaba, le mullía la almohada, susurraba y trataba de calmarla sin conseguirlo. Luego mi padre y ella comenzaban a discutir: “No aguanto más, María. No puede ser bueno para los niños. Tenemos que sacarla de aquí. Tenemos que internarla en algún sitio donde puedan ayudarla. No podemos hacer más, cada vez está peor. No podemos vivir así. ¿Es que no lo ves?” Yo no me movía de mi cama: si alguno de mis padres entraba en el cuarto, me hacía la dormida. Mi hermano también callaba, se ponía los auriculares y encendía su nuevo reproductor. Yo a veces cogía un libro, o no cogía nada. Me abrazaba a mis peluches y esperaba el silencio. Al fin y al cabo, el silencio siempre llega.

Ese día, después de otra de aquellas noches, no fui a visitarla. Mi madre la ayudó a sentarse en la salita, como siempre. Le dio el desayuno, habló con ella. Nada de gritos. Y, sin embargo, no me atreví a ir. Me imaginaba entrando en la habitación y recibiendo, en lugar de aquella sonrisa llena de paz, un aterrorizado grito de pánico. No me gustaba el sabor del miedo en sus arrugas. Tampoco quería que volviese a asustarse, aunque no entendía cómo yo, su nieta, podría llegar a darle miedo. “No molestes a tu abuela, está ya muy mayor.” ¿Qué significaba aquello?

Pasó la tarde, larga. De pronto mis juegos parecían muy aburridos. Me paseé por delante de la puerta del cuarto, asomando la cabeza, descubriéndola en su soledad umbría. La noche llegó y rechazó la cena. Tragó sus pastillas a sorbos intermitentes. Mi madre la acostó y cuando después de arrojarme me besó en la cabeza se me antojó triste. Quise retenerla un poco a mi lado, y sin saber por qué no me atreví.

Empezó el colegio y los bolis nuevos y los rotuladores de colores casi hicieron que me olvidara de ella. Deberes, clases de flauta por la tarde y natación; apenas me daba tiempo a acercarme a mirarla. Pero seguía allí, día tras día, en ese silencio que podía masticarse.





Las semanas pasaban y cada vez hacía más frío. Las ventanas se cerraban antes y las nubes del cielo precipitaban en la salita una penumbra solo combatida por la luz artificial y enfermiza de las lámparas. Un día mis padres me contaron que mi tito José había muerto. Estaba muy mayor, dijeron. Pero nadie le dio la noticia a mi abuela, aunque se tratase de su hermano. El invierno llegó y la nieve cubrió la hierba del jardín. A Jaco le encantaba jugar con la nieve; mis padres lo trajeron a casa al mismo tiempo que a la abuela. Mi hermano se resfrió apenas comenzó noviembre y mi madre solo se preocupaba por su fiebre. Mi padre seguía trabajando y yo, balanceándome a la entrada de la habitación. Recordaba a mi abuela tejiendo en invierno, pero ya no tejía. La última vez que lo intentó se hizo un lío con las agujas, se asustó y la lana quedó abandonada hecha un torpe amasijo de colores. Mi madre escondió la cesta y ya no la volvió a usar. También solía leer, hasta que sus ojos empezaron a unir letra con letra y a olvidar el significado de muchas palabras. Su voz rota no le dejaba cantar, y su memoria frágil no le permitía recordar melodías. Cuando yo era más pequeña cantábamos juntas; ahora solo puedo mirarla.

El invierno huyó y mi abuela también. En Navidades mi padre pintó la salita de colores serios y se instaló allí su propio despacho. Durante los últimos meses ella había olvidado cómo comer. Escuché desde mi cuarto cómo, de nuevo, mi padre y mi madre discutían. Fue la mayor discusión de todas las que había escuchado. De pronto, parecía como si a ambos les diese igual si oíamos sus gritos, o no. A la semana siguiente vinieron a recogerla dos hombres fuertes con disfraz de enfermeros. Mi madre me explicó que la abuela iba a mudarse a un hotel lleno de abuelitos, donde la cuidarían y la tratarían como a una reina. No me dejaron despedirme de ella pero, cuando pasó a mi lado ayudada por los enfermeros, me divisó entre la pierna de mi madre y la de mi padre. Y me sonrió, solo a mí, con la misma sonrisa que me dedicó aquel día que entré a conocerla, de nuevo. Y supe que no sabía quién era yo, pero tuve la certeza de que yo sabía quién era ella.

Mientras veía cómo se alejaba en el furgón de la residencia, solo pude pensar en si allí también habría jazmines. ■





P O E S Í A
10~12 años



Creciendo en el tiempo

Beatriz Segura Pineda

MÁLAGA

PRIMER PREMIO. POESÍA 10-12 AÑOS

El día nos sonríe plácido
bajo sus rayos de radiantes testimonios.

Una sonrisa ilumina tu rostro,
una bocanada de inocencia,
un rumor de energías renovadas.

Atrás dejamos la etapa infantil,
miles de recuerdos,
ternura de cándida niñez
bajo luz de mediodía.

Somos esperanza de futuro,
el pasado, para coger impulso.
Estudio y trabajo,
armonía de música relajada.
Presente de ilusiones,
juegos de patio,
luna de enormes sentimientos,
alegría encantada.

Ayer amaneció triste,
hoy salió el sol tímido,
iluminando el espléndido camino.





Atención al desistir,
eso no cabe en la historia,
despertar optimistas cada mañana
crecer aprendiendo.

El calendario avanza,
ya pasó el feliz verano
ese tiempo de descubrimientos,
donde el sol da su toque más sonriente,
bajo juegos acuáticos
en atardeceres de cálidas playas andaluzas.

Luz de dulce futuro,
bajo sombra de sonora armonía
iluminando el universo azul.
Corazón de maduros sentimientos
sobre el destino incierto.
Verdad de luna creciente,
bajo manto de paz y ternura.

El tiempo pasa fulminante,
ya no nos entretienen aquellas cosas
en las que el pasado cobraba protagonismo.
Ahora, madurez y templanza,
el presente de frente.
Un, dos, tres...
miremos al futuro otra vez. ■





La música

Olga Marina Concepción López

ISLA CRISTINA (Huelva)

ACCESIT. POESÍA 10-12 AÑOS

Yo no busco la música
La música se encuentra en mí
En la búsqueda de las claves
La melodía que yo perdí.

La **Mi** requetepuinada
La señora **La** con su carmín
El **Do** no para diciendo:
—¡Yo soy el que manda aquí!

Sol, que es el que alumbra
Al **Re** le gusta leer
Si es el que afirma
Fa canta muy bien

Estas son nuestras amigas
Las notas ellas son
Y si tú las juntas bien
Puedes hacer una canción





Necesitas más cosas:
Corcheas y algo más
Si tienes muchas ganas
Te las puedo presentar

La corchea muy delicada
Pasitos pequeños da
La redonda es muy gordota
De cuatro en cuatro va

Muy lista la negra
Elegió ir de uno en uno
También hay una blanca
Y dos pasos son los suyos

¡Ya os la he presentado!
Hay muchas más en realidad
Pero es demasiado difícil
Ya os aprenderéis más

Y ahora sí que podéis
Cantar ya una canción
Pero si aprendéis mucho
Y prestáis atención. ■



P O E S I A
13~15 años





Bocanadas

Violeta Ruiz Azorín

SERÓN (Almería)

PRIMER PREMIO. POESÍA 13-15 AÑOS

Y respirar.
Que no encuentre el filo entre tus dedos
Y mis cuerdas vocales
Me aferro a los escombros de mis ciudades en ruinas
Cubiertas por el humo enfermizo de tu aliento
Con el que asfixio mis pulmones

Y respirar.
A lo lejos, mar adentro
Donde el ruido del silencio tras los cristales
No puede alcanzarnos
Y espirales de espuma nos nublan la vista
De nubes tintadas de la sangre de una guerra
A la que llaman humanidad.

Reventando escaparates de los bancos
En la calle principal
Agotando combustible para prender la conciencia
Para encontrar la razón
Y arder con ella después.
Aun así, a pesar del fuego te diré
Que te tapes la espalda, mi amor, que hace frío. ▶





- ▶ Respirando en mitad de un invierno
Que hace tiempo dura más de la cuenta

Riegan con lágrimas el cemento
Gaviotas vomitando petróleo
Cultivamos corazones transgénicos en nuestros pechos
Y masticamos papel de periódico.

Dame un poco más de aire,
Necesito un poco más de aire
Para respirar.
Toma aliento y grita
Que nos robaron el placer de contemplar las estrellas.

Y qué le voy a hacer si no puedo evitar
Cada vez que me miras
Que germinen semillas en mis pulmones
Y broten jazmines entre mis vértebras
Raíces buscando tu agua
Si me enseñas que inspirar, espirar, latir
Y amar
Ya es un acto de rebeldía. ■





P O E S Í A
16~18 años



Abordaje

Germán Ramírez Lerate

CÁDIZ

PRIMER PREMIO. POESÍA 16–18 AÑOS

–¡Al cansino abordaje! –grita mi capitán
cansado de su vida y todas sus miserias.
Pábulo de metralla para los enemigos;
la flor de un bello tango: una rosa en los labios,
licuefacción de rosa sobre el danzante muerto.

–¡Hay balas para todos! –grita mientras dispara
mi triste capitán. Serafines de fogueo,
los fuegos de artificio serpentean en los cielos.

–¡A babor, a estribor! –entona el capitán,
contoneando el cuerpo orondo en la cubierta.

El mástil se desploma, el plomo en las cabezas.
Los físicos practican con sierra y torniquete,
como ricos niñitos juegan con sus juguetes.
Recortan y maceran la carne medio muerta,
y el capitán de nuevo: –¡Todos al abordaje!

Los barriles explotan, mar de pólvora y sales;
las astillas se agitan en masas cerebrales.





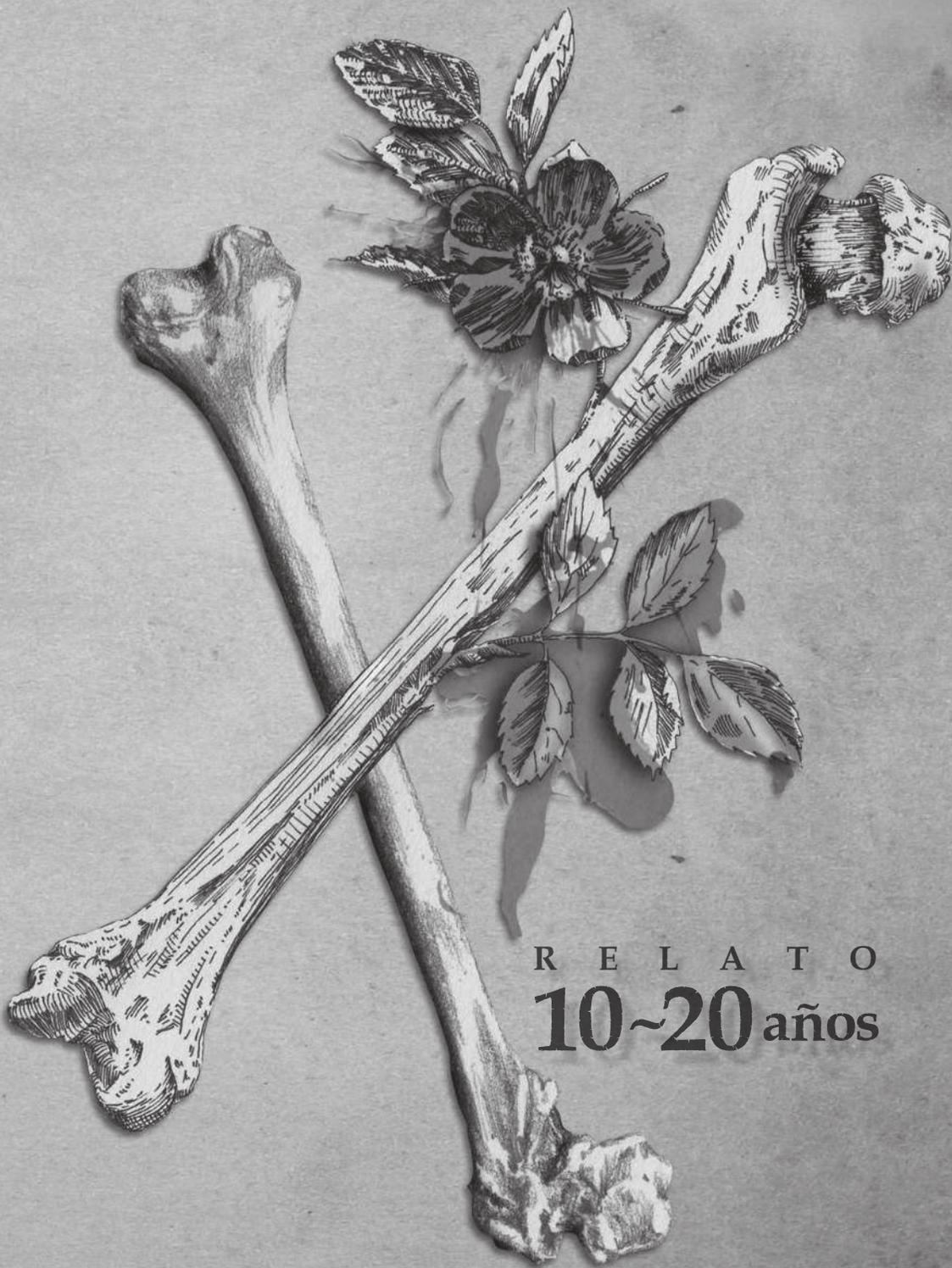
Los ojos en sus cuencas se van desorbitando;
los vientos aquilones traen la nieve seca.
Grita mi capitán: —¡Caterua de escorbuto!

Los piratas se lanzan con sus viejas espadas;
vino desperdiciado beben los tiburones,
huesos de soñadores rumian los tiburones.
Mi capitán exclama: —¡Hombres amedrentados!

Justamente después, una bala le hiende
los dientes habladores, la lengua parlanchina.
La barba se le enreda con traición sobre el cuello.
El rostro acartonado, exvoto a los gusanos.

Ya no se escuchan órdenes: viajamos en silencio.
Los hombres minusválidos se tiran por la borda.
Y el loro rojo y verde de nuestro capitán
grita a los galeotes: —¡A babor, a estribor! ■





R E L A T O
10~20 años



El palacio de los olvidados

Isabel Fernández García

GRANADA

PRIMER PREMIO. RELATO 10-20 AÑOS

I. PERDIDOS

Dado que no sé cómo presentarme, ni cómo empezar esta historia, la mejor manera de contaros quién soy es narrar la verdadera, esa que todos guardamos en nuestra alma, esa que, por mucho que lo intentemos, por muchas fingidas medias sonrisas que esbocen nuestros labios, siempre permanecerá a nuestro lado. He de decir que quizás esto os resulte demasiado fantasioso como para creerlo.

Si sois una de esas personas, os recomiendo que cerréis este libro, y busquéis esa historia que aún os queda por vivir para poder comprenderlo, o a los intrépidos novatos, que os aventuréis a descubrir qué hay más allá de la lógica.

Muchos pensaréis que todo lo que se sale de la lógica es imposible, y lo entiendo, pero pensadlo bien por un momento. ¿Qué es la lógica? La lógica es lo que está dentro de nuestros límites pero ¿cuál es nuestra verdadera lógica, qué hay más allá de esa barrera invisible que la gente de nuestro alrededor ha creado? ¿Cuál es la lógica de nuestra mente?

Si sois lo bastante valientes, o quizás temerarios, os daréis cuenta de que la lógica de nuestra mente es lo más complejo e inverosímil que jamás hayáis visto, y desde luego, en todos los años que llevo en esta cruel y hermosa vida nunca he avistado sus límites.

Aun así, adentrarnos en ella sin llegar a manejarla por completo, puede ser el peor de los destinos, pero eso nadie me lo advirtió cuando llegué a Francia hace años con mis tíos y mi pesado hermano pequeño Ángel.

No, lo único que me dijeron era que mis padres habían muerto en un accidente de carruaje del que mis tíos no tuvieron a bien hablarme, y que ellos se habían convertido pues, en nuestra única familia.





Cuando pudimos asimilar esta situación, me di cuenta de lo mucho que puede cambiar una vida en un instante, con una palabra, con el mero latir de un corazón ajeno, con una gota de sangre que se derrame ante tus ojos. Pero para entonces, Ángel y yo, ya habíamos montado en el fornido y negrozo tren que partía de la que siempre había sido nuestra casa en España.

Recuerdo haber preguntado a la tía Úrsula por qué nos íbamos a su casa, por qué teníamos que mudarnos tan lejos, mientras me llevaba a rastras al viejo tren, al que miles de personas acudían como abejas a la miel.

Ella me había dirigido una mirada llena de firmeza, esa firmeza que la resguardaba de mostrar sus verdaderos sentimientos aunque esta vez parecía tener más grietas que de costumbre, suficientes como para que yo pudiera llegar a ver en ellas un atisbo de tristeza, una tristeza fría, casi como una extraña añoranza.

—Nada, cariño, solo me parece que este lugar os traerá demasiados recuerdos de vuestra madre.

—Pero yo quiero estar aquí... —se quejó de repente Ángel, mientras la tía Úrsula lo ayudaba a entrar en el tren.

Vi como mi tía compartía una mirada de apenada resignación con su marido, mi tío Bruno, que se volvió hacia el niño y le dijo, con mirada urgente.

—Vamos, no os pongáis tristes, debéis confiar en nosotros. Vuestros padres no hubieran querido que siguierais en un sitio como este... —había una nota de desprecio en su voz y al instante Úrsula le lanzó una discreta mirada de alerta, de la que solo ahora me doy cuenta—. Además, el sitio al que vamos os encantará, ya lo veréis.

Ángel tenía siete años, no entendía que no quisieran contarle detalles de la muerte de sus padres, ni el motivo de nuestra marcha, pero yo tenía diecisiete.

—Casi diecisiete. Recuerda que aún te faltan dos meses —me recordaba siempre con voz reprobatoria mi tía Úrsula cuando lo sacaba a relucir. Aquel que solían poner los adultos cuando los niños intentaban hacer creer que ya podían entrar en el “adusto” mundo que los rodeaba. Todos, excepto mis padres. Ellos siempre me sonreían, e incluso cuando era pequeña y no levantaba un palmo del suelo, recuerdo que me decían que dentro de poco tocaría las estrellas. Pero mis tíos no eran así, eran estrictos y refinados, y eso no me agradaba. Quizás por eso, las escasas veces que vinieron a visitarnos, se habían quejado a mi madre de lo sucia y desordenada que estaba la casa, o como había dicho la tía Úrsula “como si una auténtica pocilga se hubiera instalado en vuestra casa”.





En cambio, para mí era lo más hogareño y acogedor del mundo, con su chimenea ardiente al final del salón, con las montañas de viejos libros de geografía de mi padre amontonados en las paredes, los sofás rojos con cojines de graciosas borlas plateadas, y con el viejo telar de mi madre, que antes había sido modista, pero sobre todo por las siempre radiantes sonrisas de mis padres, por el rostro optimista de mi madre, que parecía reflejar la más amplia ternura tras sus perfectos rasgos blancos y su enredado cabello castaño, y los reconfortantes ojos negros de mi padre, siempre animándome tras sus doradas gafas. Pero aquello había acabado, me recordé a mí misma, sentada en el pequeño vagón que nos habían asignado, mientras notaba el balanceo del mundo bajo mis pies. Aquello ya formaba parte de un sueño del que me habían obligado a despertar.

Una brillante lágrima asomó por mis ojos, y mi orgullo se opuso a que mis tíos creyeran que era tan débil como mi hermano, que no estaba preparada para entender los asuntos de los adultos. Aunque quizás fuera así, volví la cabeza hacia la ventana que daba al exterior.

Un paisaje desecho, que se deslizaba como el discurrir de una gota de agua ante mis ojos pareció haber sustituido la tristeza por una mirada de curiosidad y asombro.

Nunca había viajado en tren, era como verme impulsada a la velocidad del viento, como si formara parte de la cálida brisa que tantas veces había disfrutado en el frondoso prado que rodeaba nuestra casa. No, era mucho mejor que eso, porque ahora podía ver los árboles bailar a su paso, retirarse de su camino como si de una reina se tratase, y a la gente de la estación como pequeñas manchas que saludaban, emborronadas por la neblina del tren.

Entonces vi el sol, y las grandes montañas se alzaron imponentes ante mí, como enormes gigantes vestidos de verde y azul. No recordaba haber visto nada tan grandioso e imponente en mi vida. Desde lejos distinguí pequeñas casitas, que parecían casi de porcelana y varias sombras como hormigas deslizándose entre ellas. Inmensos prados, mucho más grandes que los que rodeaban mi ciudad, llenos de pastos en los que descansaban los caballos, y extensiones enteras de cosechas de diversos tipos, que me recordaron a mí de pequeña jugando en ellos como si del más divertido paraíso se tratase, aunque mucho más brillante, como un laberinto interminable.

Mientras veía pasar todas aquellas lejanas vidas tras de mí, envueltas en una nube gris de condensada niebla, la profunda y extraña voz de mi tío me sacó de repente de mi ensimismamiento.





—Veo que tus padres nunca te llevaron a ver estas maravillas —lo miré, recostado en su asiento, con su aspecto corpulento y su cabeza plagada de incipientes canas grises, y un bigote como esos que yo siempre había pensado que podrían cortar la carne.

—No, lo cierto es que siempre hemos vivido en la ciudad, nunca... nunca hemos salido de ella.

—Qué desperdicio de juventud. Podríais estar viendo todas las maravillas del mundo, no deberíais perderos nada de él, antes de que todo esto se convierta en eternas cenizas —dijo de repente el tío Bruno, entre enfadado y eufórico.

—¡Querido! —le reprochó la tía Úrsula, sentada junto a él, con su abrigo de piel blanco que parecía querer remarcar la palidez de su aguileño rostro, con dos ojos color carbón lanzándoles una mirada rapaz y un perfecto recogido de su cabello oscuro, mucho menos reluciente y sedoso que el de mi madre.

Este bajó la cabeza por un momento.

—Perdón, cariño, ya sabes que a veces las emociones pueden con mis palabras —masculló Bruno en voz baja.

—Pues espero que la próxima vez no sea así. ¿No ves que estamos en un sitio público? —le seguía recriminando su esposa, en un tono mucho más bajo mientras echaba una rápida mirada por la pequeña ventanilla de la puerta. Después, como un fortuito rayo, su mirada se clavó en mí, y de repente deseé no haber hablado nunca.

—No debes preocuparte por eso, Aurora, cariño, en el lugar al que vamos, tú y tu hermano disfrutaréis de maravillas mucho mayores que las que veras tras estas ventanas, pero ahora disfrutemos del viaje, que estoy segura de que será largo —dijo mirando al pequeño Ángel, que se había quedado dormido sobre su hombro con una media sonrisa perdida. Como lo estaban ahora nuestros padres, perdidos en aquel eterno y desconocido limbo.

Un creciente murmullo me despertó de mis sueños.

—¡Aurora, despierta, ya hemos llegado! —me balanceó Ángel, con una traviesa e ilusionada sonrisa en su pequeño rostro enmascarado de intenso cabello negro.

Al menos verle sonreír por primera vez desde que habían muerto nuestros padres despertó una pizca de mi aletargado ánimo, mientras me encaminaba a seguirle a él y a mis tíos, cargados de maletas y rostros encapuchados en sus engalanados abrigos.





Tuve la agobiante sensación de que la gente casi nos aplastaba por querer llegar a la salida antes que nosotros, como una carrera a la que nadie había puesto reglas, o en la que el final era el propio inicio. Sin embargo, como un verdadero milagro pisamos tierra ilesos. Y quedó claro desde el primer momento en el que mis ojos se dispusieron, ávidos, a investigar aquel nuevo paraje, que no era en absoluto parecido a mi antiguo hogar.

Lo primero en lo que me fijé fue en los grandes edificios que parecían rodearnos como vallas pintadas de tonos desde el más frío al más cálido, desde el amarillo del sol al gris del acero, cuyos balcones rebosaban flores de los más diversos colores, que desprendían agradables aromas por todas las calles, rodeándonos.

Había ancianos tocando instrumentos como guitarras, gaitas y canturreando sonatas en aquel extraño idioma francés que sonaba como el silbido del viento cuando luchaba con la brisa, y las damas caminando gráciles, ataviadas con lujosos vestidos de los más extraños estilos. Algunas incluso me hicieron pensar en las princesas que describían los cuentos que mi madre me leía de pequeña, muchas acompañadas de apuestos caballeros, sin duda adinerados. Pensé al recordar la vieja bata de trabajo con la que solía regresar mi padre.

Pero allí, aunque existía gente pobre, no parecían vivir como en mi ciudad. Allí la gente se paseaba entre los puestos de frutas, verduras, vestidos de seda y lino, joyas que hicieron relucir mis ojos por un instante con su mero reflejo. Solté una exclamación de asombro. Detrás de los altos edificios, al final de un verde parque de árboles robustos y viejos, se hallaba una gran estructura que crecía hacia el infinito uniéndose entre sí como dos grandes estelas que se juntaran en su camino hacia el cielo. No pude evitar agradecer en silencio que mi hermano se adelantase a la pregunta que yo había estado a punto de formularles.

—¿Qué es eso?

—La Torre Eiffel. Si os portáis bien, algún día subiremos ahí arriba, pero ahora debemos ir a casa —nos urgió tío Bruno.

Me imaginé una pequeña casa similar a la de mis padres, de paredes pintadas de ocre, un gran porche donde refugiarse y habitaciones plagadas de blanco, pero no fue así. Aquel día parecía querer salirse de todos los paradigmas a los que estaba acostumbrada.

Era... era una mansión, o eso le pareció a mi aún boquiabierto yo de entonces, al observar las grandes murallas que rodeaban el jardín y que nos dieron paso a una inmensa casa pintada de un innovador verde oscuro.





Como en un sueño seguí a mis tíos hacia el interior, y la luz de una gran lámpara de araña se derramó sobre mis ojos, como miles de rayos blancos cayendo a mi alrededor. Jamás vi estancias más amplias, ni esas escaleras alfombradas de rojo, interminables. Cada palmo de aquella señorial casa vestida de gala parecía brillar con luz propia, incluso mi habitación era tan amplia que en un primer momento me dio pánico.

Había paredes en un cálido rosa claro, con un armario azulado de grandes puertas y al otro lado de la mullida cama vestida de encaje, dos grandes ventanales de cortinas de seda oscura, que se balanceaban con el viento, en un baile hermoso y peculiar.

—¿Te gusta? —me asombró la voz de la tía Úrsula, con una media sonrisa triunfante en sus labios rojo intenso, que declaraban que ya intuía la respuesta.

—Es... es... deslumbrante —fue lo único que me atreví a decir.

—Me imaginaba que dirías eso —dijo, mientras iba con paso ceremonioso hacia el armario—. Pero a tu padre no le gustaba esto. Decía que era demasiado grande para él. Que le resultaba solitario. Por eso no quisieron traerte aquí, aunque no es así como habríamos querido enseñaros esto, ahora estas paredes serán vuestro pan de cada día —dijo sacando un largo vestido de un rojo denso como la sangre, bordado a la perfección.

Dejé que mis dedos jugaran entre aquella tela tan sedosa como las nubes, incapaz de imaginarme aquello sobre mí.

—Yo... yo no suelo vestir con este tipo de ropa tan... lujosa.

—A partir de ahora, querida niña, nada va a ser como antes —me aseguró, y algo en sus palabras me resultó demasiado enigmático, casi siniestramente orgulloso, pero nunca, ni en el más alocado de los sueños, me hubiera imaginado lo que en realidad insinuaban aquellas misteriosas palabras.

II. EL GUERRERO SILENCIOSO

Recuerdo como si hubiera sido ayer mi primer despertar en aquel lugar tan hermoso y diferente del que siempre había sido, y seguiría siendo, mi hogar. Allí, Ángel y yo compartíamos el ático de la pequeña casa que ambos habíamos decorado con distintos cuadros de esos que tanto le gustaba pintar a mi madre en sus días libres, algunos con paisajes del prado que cercaba la ciudad, otros, de mis padres con algunos de sus amigos, los vecinos de la ciudad, disfrutando de aquellas fiestas que solían celebrar en la plaza en días fechados, como el carnaval, en los que mi madre los pintaba como una especie de diario a lápiz, lleno de extravagantes trajes, gente bailando y un millón de sonrisas. En otros





estaba mi padre, muy joven, sonriendo como solía hacer cuando creía que mi madre no lo miraba.

No hacían falta palabras para describir la vida que había pasado por los ojos de mi madre, desde lo más triste a lo más glorioso, solo colores entrecruzados hasta formar el retrato más perfecto de la vida.

Sin embargo, descubrí que aquella estancia era fría y demasiado grande, que cada sombra me despertaba en la noche, y que incluso el murmullo del viento agitando las sedosas cortinas sobresaltaba mis sueños. Mi padre tenía razón, aquel lugar era demasiado solitario.

De algún modo, con el paso de los días fui acostumbrándome, y mi hermano dejó de llamar a mi puerta para acurrucarse entre las sábanas.

Debíamos despertarnos a las siete de la mañana y en vez de poder ponerme un confortable vestido, tenía que ponerme los asfixiantes vestidos con letales corsés que la tía Úrsula me había regalado.

Mientras que la sirvienta que habían contratado para que hiciera las labores terminaba de exprimirme en aquella máquina de tortura, empecé a pensar en la compasión que ahora sentía por aquellas elegantes mujeres que vi paseando por las calles al llegar allí.

Podía admitir que nunca me había mirado con buenas intenciones en el espejo, y que aquel vestido azul pálido que se desplegaba como las finas y elegantes alas de una mariposa por mi falda realzaba mis facciones jóvenes y pulcras, como debe ser una bella dama. Eso había dicho mi tía Úrsula, pero ver mi cabello color castaño enredado grácil sobre mis hombros o mis ojos oscuros como la noche relampaguear en la superficie del espejo solo me hizo ver a una joven que no era yo. Me hizo ver el reflejo de la perfecta hija que mis tíos hubieran querido que fuera.

Aquella mañana en especial, sentados alrededor de la amplia mesa, mi tío Bruno bajó el periódico que ocultaba su rostro, para asombro de todos, que guardaron un exhaustivo silencio, pues parecía ser costumbre del hombre no salir de sus pensamientos entre aquellas letras impresas.

—Úrsula, querida ¿te he mencionado ya que he invitado a los Rothschild a cenar esta noche? —esta se atragantó con la bebida y tuvo que toser varias veces para recuperar el aliento antes de dirigir una mirada asesina a su marido.

—¡Pero Bruno, como se te ocurre decírmelo a estas alturas!

—Bueno, estabas tan ocupada enseñando a los niños las reglas de la casa... e incluso al servicio, que no quise molestarte, solo será una cena familiar, entre amigos... no pude decirle que no —tía Úrsula suspiró.

—¿Y por qué ha querido tu jefe venir a nuestra casa tan de repente?





Solo hace unos días que llegamos a Francia.

—Cierto, pero ya sabes cómo son los asuntos de negocios, ellos no esperan, y supongo que ahora que me voy a convertir en su mano derecha debe conocerme mucho mejor, incluso a mi familia. Pasos rutinarios, querida, no debes preocuparte.

—¿Le has hablado de tu hermano? ¿De los niños? —había un deje alivo en su voz.

—Oh, tuve que hacerlo querida, los vería de todos modos. Estará encantado de conocerlos, le acompañarán su esposa y su hijo mayor, Edmond James de Rothschild, para presentarnos sus condolencias—algo en el rostro de la tía Úrsula pareció aliviado.

—Niños, os quiero vestidos en cinco minutos, salimos al centro de inmediato.

Hay que comprar ropa elegante para vosotros; una ocasión así no se tiene todos los días —de nuevo, algo en su voz no me gustó en absoluto, pero había muchos otros aspectos de ella que me alteraban; no debía darle importancia... ¿o tal vez sí?

Antes de darme cuenta estábamos montados en unos de los lúgubres carruajes de la mansión, con puertas negro azabache y un extraño símbolo que parecía representar tres caballeros con resplandecientes armaduras, sujetando un escudo y ayudados por dos fieras, blancas y doradas, entrecruzadas por un lazo en el que pude leer: “concordia, integritas, industrias” adornando las esquinas. Algo en aquellas palabras me resultó frío y peligroso, aunque no pudiera entenderlo.

Mientras observaba el paisaje de las acarameladas casas pasar ante mí bañadas de gente, de nuevo aquel símbolo relució en las cortinas color escarlata del carruaje. Lo señalé y miré a tía Úrsula a mi lado.

—¿Qué quiere decir?

—Oh, ese es el símbolo de la familia Rothschild, la que vendrá a cenar esta noche. Poseen unas grandes compañías financieras que están poblando toda Europa. De hecho, gracias a ellos, hemos podido mudarnos aquí, y por ello debemos comportarnos de un modo ejemplar, ¿entendido? —dijo, mirándome a mí y a Angel de reojo, mientras yo veía pasar ante mí el colorido paisaje de París.

Pasamos por miles de tiendas con los mejores vestidos confeccionados en Asia, Rusia, Alemania... auténticas joyas, decía el dependiente ante los brillantes ojos de mi tía, pero yo solamente veía telas de raso formando un bonito vestido. Sin embargo, después de hacerme probar





miles de ellos, tía Úrsula eligió, ignorando mis reproches, un largo vestido de un color púrpura pálido de seda que se arremolinaba a mi paso. Después le tocó el turno a Ángel a quien después de que armara varias pataletas en dos o tres establecimientos, compraron una pequeña corbata a rayas y un traje verde oscuro que parecía agradarle del mismo modo que a mí mi nuevo vestido.

Cuando regresamos aquella tarde a la mansión, el tiempo pareció estallar en mis oídos.

Los criados se pasaron trabajando a las órdenes de Úrsula toda la tarde, mientras tío Bruno se pasaba las horas encerrado en su despacho. Por primera vez casi agradecí que de repente Ángel llamara a la puerta de la sombría habitación en la que tía Úrsula me había hecho permanecer, para no molestar al servicio.

—¡Ángel! ¡Pasa rápido, antes de que los tíos te vean! —le urgí cerrando la puerta.

—No me gusta estar aquí, Aurora —empezó a decir él, sentándose al borde de la cama—. No me gusta esta casa. Quiero volver con mamá y papá... —seguía diciendo, y el asomo de una lágrima apareció en sus ojos, como la misma que ella misma se había esforzado por retener aquel día en el tren.

—No te preocupes, Ángel. Ya verás cómo te acostumbras —le dije a modo de consuelo, sentándome a su lado—. Además, siempre te quejabas de que nuestra casa era muy pequeña para jugar al escondite, pero esta es enorme.

—Pero tía Úrsula no quiere que corramos por los pasillos...

—¿Y qué importa lo que diga la tía Úrsula? —Ángel sonrió.

—¿De verdad?

—Te lo prometo, esta vez podemos intentar escondernos de ella. Y, está tan ocupada con los criados, que nunca nos encontrará —Ángel parecía ilusionado.

—¡Vale! —exclamó—. Empecemos. Te toca a ti encontrarme. Cuenta hasta diez, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —suspiré.

A veces envidiaba a mi hermano, que podía librarse de su tristeza con un simple juego de escondite. Tras contar rápidamente, salí de la estancia, intentando que mis pasos no resonaran en los largos pasillos hasta los sagaces tímpanos de la tía Úrsula. Por suerte, mi hermano no podía haber ido muy lejos; en esa ala solo estaba mi cuarto, el de Ángel, y otras cuantas habitaciones de invitados desocupadas. Llegué hasta la habitación del cuarto de mi hermano, y lentamente abrí la puerta.





—¿Dónde estás?—dije, susurrando, pero la risa de mi hermano no me contestó.

La habitación aún estaba en penumbra y el armario medio abierto. Esto habría hecho que a mi tía le diera un infarto, pensé, y por un momento quise tentar a la suerte y dejarlo así, pero después corrí hacia allí con una leve sospecha que sin embargo se acrecentó al ver un destello salir del armario.

Había leído varias novelas de detectives en mis ratos libres en las que este encontraba por casualidad una puerta secreta en un armario, y daba con la guarida del asesino... pero aquella casa no podía tener nada de eso...

Tras un montón de trajes en miniatura apilados en estricto orden había un pequeño saliente en la madera. Dubitativa, la empujé, y este roce hizo que se abriera con un fantasmagórico crujir de vieja madera. El interior estaba oscuro y desde allí no pude ver nada.

—¿Ángel?—pregunté a la nada preocupada.

Alcé uno de los candelabros que reposaban brillando en la mesilla de noche, y me aventuré hacia allí, mirando a todos lados, alerta.

Fruncí el ceño ante lo que delató la cálida luz de las velas. Aquello parecía otro pasillo, muy parecido al que acababa de abandonar, solo que menos pulcro, sin paredes brillantes, con grabados desgastados en la piedra que parecían proceder de tiempo atrás. Esquivando algunos escombros, desconcertada empecé a caminar, hasta que escuché unos pasos un poco más allá detenerse sin previo aviso. Corrí tras ellos, sin prestar atención ya al entorno que me rodeaba, solo al eco de mi hermano.

De repente, al llegar a una de las puertas entreabiertas, escuché la voz inocente de Ángel riendo al otro lado.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo lo sabes?—silencio—. Claro, pero ahora no estoy solo, estoy jugando al escondite con mi hermana, pero creo que va a tardar en encontrarme—de nuevo, silencio solamente cortado por mi propia y entrecortada respiración aguantando al otro lado de la puerta—. Oh, sí, son unos pesados, además me han comprado un traje que no me gusta y me van a obligar a cenar con unos desconocidos. A mí me divierte más sentarme a leer cuentos, pero a tía Úrsula no le gusta, dice que no es de buena educación, que un chico de buena familia no puede comportarse así, pero mamá y papá no decían eso... Sí, sí que los echo de menos... ¿tú sabes dónde han ido?—la madera crujió sin previo aviso bajo mis pies al perder el equilibrio, apoyada contra la vieja pared de la puerta, que cedió bajo mi peso. Por fortuna conseguí retenerme antes de caer estrellada al suelo. Me encontré en una habitación llena de muebles





cubiertos de oscuridad y polvo, en la que la única luz parecía provenir del candelabro que aún sujetaba entre mis manos.

–¡Aurora! –sonrió Ángel al verme– Pensaba que no me encontrarías.

–¿Qué es este sitio, Ángel? –pregunté mirándolo con desconfianza.

–Lo encontré el otro día, cuando me aburrí de leer los cuentos, encerrado en mi cuarto. Es divertido, ¿verdad? ¿Crees que tía Úrsula sabrá que estamos aquí?

–No... no, Ángel, no creo que ellos tengan la menor idea de la existencia de esto... este...

–¡Escondite! –exclamó Ángel.

–Sí, claro. ¿Con quién hablabas? –le pregunté sin dejar de inspeccionar el lugar con la mirada.

–Con mi amigo.

–¿Tu amigo? –fruncí el ceño.

–Sí, es mayor que yo, pero dice que también le gustan las historias de los cuentos. Quizá algún día le preste algunos... debe de estar muy solo aquí dentro, por eso desde hace unos días, cuando los tíos no me ven, vengo a hacerle compañía.

–Pero, Ángel... eso es imposible. Esta ala de la casa debe estar deshabitada desde hace... demasiado tiempo. Aquí no puede vivir nadie, ya nos habríamos dado cuenta.

–No, de él no –replicó Ángel, cruzando con determinación sus pequeños brazos–. Él es muy silencioso, porque los guerreros tienen que ser silenciosos para no despertar a las bestias en sus misiones. Es que hay que explicártelo todo –suspiró.

–¿Un guerrero, dices? Ángel, no creo que un... “guerrero”, se escondiera en este lugar.

–¡Sí, lo que pasa es que le has asustado! –exclamó él, y renació en mí el miedo a que de algún modo nuestras voces llegaran al oído de tía Úrsula.

–Está bien, te creo... pero ahora será mejor que volvamos, antes de que tía Úrsula se dé cuenta de que no estamos. Recuerda que tenemos que asistir a esa cena –pero Ángel se quedó mirando el lugar de forma algo desconsolada–. Vamos, ¿no querrás que los tíos descubran a tu amigo, verdad?

–Es cierto, ¡tenemos que irnos de aquí antes de que nos encuentren! –pero se volvió un momento hacia la sala antes de seguirme, y murmuró a la nada– ¡Hasta otra, amigo guerrero! –y recuerdo pensar que jamás vi mente tan fantástica como la de mi intrépido hermano, aunque, antes de lo que hubiera querido, me daría cuenta, de que quizás la mía la sobrepasaría con creces.





III. POR EL HONOR DE LOS CABALLEROS

Como si todos los relojes del mundo se hubieran puesto en mi contra, la histórica voz de tía Úrsula nos llegó desde el piso de abajo, exigiéndonos que nos preparáramos de inmediato para la gran ocasión.

Sería un milagro si acabábamos con vida aquella noche, pensé mientras dejaba que una de las criadas me vistiera con aquel vestido tan elegante e incómodo que me había comprado mi tía aquella mañana.

Pero, “así es como deben vivir las personas de nuestro cargo” había dicho tío Bruno, y pobre el que se hubiera atrevido a contradecirlo. Cuando al fin la criada terminó de peinarme el brillante cabello castaño en extraños rizos que caían en torrente por mis hombros, me sentí extrañamente mayor al contemplarme en el espejo. Pero un dolor tan grande como el que mi hermano y yo habíamos sufrido era sin duda suficiente para sobrepasar cualquier tramo de tiempo, me dije, y por un momento mi propio y angustioso miedo me embargó por completo.

Siempre me había jactado de decir que ya casi era una completa adulta, pero ahora que de verdad me sentía como tal, no estaba tan segura de haber formulado el deseo adecuado. “A partir de ahora, las cosas no volverán a ser como antes”, recordé las palabras de la tía Úrsula al llegar allí. ¿Se referiría también a ella, acaso?

El timbre de la puerta se propagó como el silbido de una serpiente por toda la inmensa casa, como una sentencia de muerte. Sin embargo, mientras esta iba a intentar atrapar a mi hermano para que no se escabullera de aquel encuentro, me entretuve un momento en la esquina, justo lo suficiente para escuchar la voz de tío Bruno proveniente de la puerta de entrada.

—... por supuesto, señor Rothschild, es una joven encantadora, seguro que se llevarán muy bien.

—Estoy seguro de ello —le respondió una voz suave y peligrosa—. No me gustaría tener que cerrar el negocio con su familia. En su mano está de qué lado estar —sentí que el corazón se me detenía un instante, helado ante aquellas enigmáticas palabras. Si de algo estaba segura, era de que yo era la causa de ellas. Pero... ¿por qué?

Sin embargo, antes de poder enterarme de esto, la tía Úrsula apareció detrás de mí con un largo vestido de satén rojo y con mi pobre hermano Ángel embutido en aquel traje verde oscuro. Me hizo un gesto para que la siguiera.

—¡Señor Rothschild, qué alegría tenerle aquí por fin! —le saludó.





Ante ellos había un hombre alto y de aspecto imponente, de cabello gris oscuro como las cenizas de un viejo fuego, pero cuyos ojos aún llameaban de una forma letal y astuta. A su lado había una mujer algo más baja que él, de rasgos pálidos y cabello rubio como el sol.

—Señora Rothschild, está usted preciosa —la saludó Bruno, besándola cortésmente en la mano.

—Como ya les dijimos, un desafortunado accidente ha ocurrido en nuestra familia. Mi hermano y su esposa fallecieron en un... lamentable accidente, y nos hemos visto en el deber de hacernos cargo de sus dos hijos. Les presento a Ángel y la señorita Aurora —los aludidos saludamos amablemente con la cabeza.

—Oh, unos niños encantadores. Y una dama de lo más hermosa, como su madre, según me han dicho —dijo la señora Rothschild, mirándome con ojos entrecerrados.

De repente capté con el rabillo del ojo una sombra moviéndose tras los señores.

—Y este es nuestro hijo Edmond. Confío en que puedan hacer una buena amistad —dijo el hombre, apartándose para dejar a Edmond a la vista.

Era un joven más o menos de mi edad, de rasgos algo menos áridos e imponentes que los de su padre, y un cabello muy oscuro que hacía que sus ojos, de un azul claro, relucieran como dos grandes estrellas. Él me sonrió desde el otro extremo de la estancia, mientras los adultos, tras saludarlo, eran guiados al comedor.

Por alguna extraña razón, había algo en aquel joven que no me gustaba, y cuál fue mi suerte cuando tía Ursula me obligó a sentarme a su lado. Mientras los adultos seguían sus conversaciones y las doncellas empezaban a servir los platos, una susurrante voz dijo a mi lado.

—Siento lo de sus padres. Debió de haber sido terrible para usted —yo miré a Edmond fijamente.

—Sí, lo fue —dije sin más.

—Mi padre me ha dicho que es la primera vez que sale de su ciudad.

Me imagino que al menos le dio una oportunidad para conocer el mundo.

Yo no soporto quedarme en un mismo sitio mucho tiempo —intenté controlar el asesino ardor de mis ojos al volverme de nuevo hacia el atrevido joven.

—Creo que preferiría haber pasado el resto de mi vida en aquella ciudad junto a ellos que perderlos para estar aquí con unos desconocidos, señorito Edmond —este pareció sorprendido.





–No pretendía molestarla...

–Entonces le recomiendo que me deje disfrutar de esta velada en silencio –le hice callar, apartando la mirada.

–...sí, mi marido está comenzando a construir ferrocarriles e incluso minas por toda Francia. Estoy segura de que dentro de poco tiempo nuestro país será toda una potencia industrial –decía la señora Rothschild, sonriendo a su marido de forma algo orgullosa.

–Sin duda está haciendo usted ilustres cambios en la sociedad, señor Rothschild –le halagó tío Bruno.

–Oh, gracias Bruno, pero uno solo hace lo que tiene el poder de hacer por el bien de todos los ciudadanos.

–Me han dicho que sus otros dos hijos ya están empezando a continuar con la tradición bancaria de la familia.

–Sí, para mí es todo un honor saber que cuando yo no esté nuestro negocio no caerá en picado. Uno de ellos ya está trabajando en nuestra nueva empresa. De Rothschild Freres, y el otro incluso está prometido para casarse dentro de poco.

–Maravilloso –sonrió tía Úrsula–. Nosotros pretendemos hacer lo mismo con nuestra pequeña Aurora; ya se sabe lo importante que es no perder los linajes de la familia –tuve que hacer un esfuerzo para no atragantarme delante de todos.

–Bueno, quién sabe, quizás nuestro Edmond pueda ser de su agrado –sonrió Rothschild.

Mientras, yo sentía que el rostro me ardía por momentos, mi mente empezó a unir cabos inmediatamente.

–¿Te encuentras bien, querida? –me sacó de mi ensimismamiento la pérfida voz de tía Úrsula.

–Sí... claro. ¿Me disculpan un momento? –dije abandonando la estancia.

Mientras recorría los pasillos de una forma casi histérica mis ojos se posaron en la ventana que reflejaba el cansado paisaje de París al anochecer.

Sería tan fácil... tan sumamente rápido... antes de poder percatarme de mis propios pensamientos, una voz familiar me sobresaltó a mis espaldas.

–¡Señorita Aurora! –“maldita sea” pensé al ver aparecer a Edmond tras de mí, pero en vez de eso dije, desviando la mirada.

–¿Me está siguiendo, señor Edmond?

–Solo quería asegurarme de que estaba bien.

–Sí, lo estoy. Estoy tan bien como cualquiera que acabe de enterarse de que su libertad no es tan suya como pensaba –él frunció el ceño, mientras yo hacía amago de seguir mi camino sin rumbo.





Edmond me agarró con delicadeza del brazo, para que me volviera de nuevo hacia él.

—Señorita Aurora, creo que esto es un error. Solo quería conocerla con la intención de ser amigos, nada más. Disculpe si mi padre le ha dado a entender otra cosa. No era mi intención ofenderla —sus palabras parecían sinceras y amables.

—No pasa nada, señorito Edmond... supongo que yo tampoco me he comportado muy bien con usted. Pero no estoy acostumbrada a estar con gente como ustedes —dije, deseando no haber sido indiscreta.

Por suerte, este sonrió como si estuviera acostumbrado a oír eso.

—No hace falta que se disculpe. La verdad es que tampoco yo estoy acostumbrado a estar con gente como usted.

Una de las doncellas corría de manera exultante hacia nosotros, aunque se detuvo al percatarse de nuestra presencia.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Señorita Aurora... es su hermano. Se ha vuelto a escapar. Creo que lo vi meterse en su habitación pero, no me lo explico... allí no hay nadie —recordé de improviso la puerta secreta del armario que me había enseñado Ángel aquella tarde, sonreí e hice un gesto quitándole importancia.

—No te preocupes, vuelve a tu puesto, yo iré a buscarlo —tras una leve vacilación, la criada asintió y se alejó lentamente de allí.

—La acompaño —se ofreció de repente Edmond.

—No, de verdad, no hace falta, capturar a mi hermano no es un trabajo fácil... —repliqué.

—Insisto —no pude hacer más que dejar que me acompañara.

Dudé cuando llegamos al cuarto de mi hermano. ¿Era seguro mostrarle aquel escondite al señorito Rothschild? Bueno, al fin y al cabo él ni siquiera vivía allí, no creía que fuera a traerle muchos problemas. Empujé la puerta del fondo del armario.

—¡Sorprendente! Un ala completamente desocupada. Y debe de ser muy antigua —comentaba, mientras me seguía a través de los destartados pasillos de piedra y canto.

—A mí me parece escalofriante —susurré.

Él rio a mi lado.

—Sí, es bastante tétrico, pero no me refiero a eso. Lo sorprendente es que hace pocos años mi padre compró este edificio y no tenía ni idea de la existencia de este sitio. Y fíjese en los grabados... parecen de un antiguo lenguaje... quizás egipcio... —dijo, cada vez más interesado, mientras los inspeccionaba.





En la estancia, de nuevo no había nadie, solo viejos muebles resguardados por grandes lonas blancas.

—¿Ángel? —le llamé una y otra vez sin obtener respuesta— ¿Ángel, estas ahí?

¡Vamos, este no es un buen momento para juegos!

—¡Aguarda! —me hizo callar de repente Edmond, despegando la vista de las paredes— se oye una música... un violín... —yo fruncí el ceño, pero de repente lo oí.

Una suave melodía entonada sobre suaves cuerdas navegaba hacia nosotros, triste y hermosa, de una manera tal que por un momento viejas imágenes de mis padres pasaron por mi mente, pero logré recomponerme pronto.

—Es imposible... —murmuré, pero el joven y curioso Rothschild ya seguía el rastro de las notas.

Parecía que había otra puerta flanqueada de telarañas al fondo de aquella estancia.

—Quizás no deberíamos... —empecé yo, pero Edmond ya la había abierto, y entró sin ningún temor.

Esta sala parecía más pequeña, con unos grandes ventanales que daban a algún sitio que no pude reconocer desde aquella distancia. De espaldas a nosotros, con la mirada fija en el paisaje y un violín, apoyado en el hombro, del que aquella extraña melodía seguía manando, había alguien que parecía una niña, de no más edad que Ángel, con un raído vestido blanco y el cabello rubio desgreñado y sucio cayéndole sobre los hombros.

—¿Per... perdona? ¿Quién eres? —se atrevió a murmurar Edmond.

Pero la niña no se inmutó, ajena a nuestra presencia, y siguió tocando el instrumento con suma precisión en silencio.

—Edmond, a lo mejor no es buena idea acercarse...

—¿Puedes oírme...? ¿Necesitas ayuda? —prosiguió él, y entonces su mano se posó vacilante en su hombro, y la música se interrumpió fríamente, con un agudo grito escalofriante, mucho más de lo que me había podido parecer aquel lugar. La niña se apartó del joven bruscamente y sin previo aviso capté el fugaz reflejo de una sombra saliendo tras ella, que empujó con fuerza a Edmond, que fue impulsado hacia atrás, a punto de chocar con la pared si yo no lo hubiera sujetado.

—¡Edmond!, ¿estás bien? —pregunté, nerviosa.





Él, aunque llevándose una dolorida mano al estómago donde le habían empujado, asintió con una mirada de agradecimiento.

Miré de nuevo hacia donde antes había aparecido la sombra, pero no había ni rastro de ella.

Solamente a unos metros de nosotros, acurrucada en una esquina de la estancia, vi el cadavérico rostro de la niña cuya canción nos había atraído hacia allí.

Si la tez de la señora Rothschild me había parecido pálida, la de aquella pobre niña se parecía a la nieve más densa y mortal que había visto nunca.

Grandes ojeras de un rojo sangre se le dibujaron alrededor de sus tristes ojos de un verde casi sin luz, y por las mangas de su vestido pude ver lo que parecían restos de agua y algas empapadas contra su piel. Aun con el violín fuertemente apretado contra su pecho, temblaba, mirándonos a ambos con ojos desorbitados.

Por un momento, me sentí como si nosotros fuéramos los monstruos, los intrusos, y ella la atemorizada víctima. Pero eso fue antes de que el grito de aguda sorpresa de Edmond me hiciera apartar la vista de la niña.

De nuevo aquella sombra había surgido de la nada, y lo acorralaba contra la pared, con una mano estrangulándolo contra ella. El joven se debatía impotente mientras su rostro iba cambiando de color lentamente.

Casi sin pensarlo, corrí hacia él. Puede que aquel joven me hubiera molestado antes, pero tampoco era cuestión de que lo matasen por mi culpa.

Corrí hacia su agresor con un coraje que no creí tener y agarré uno de los apagados y sucios candelabros del suelo. Le golpeé como nunca me hubiera creído capaz de hacerlo. Para mi asombro este no soltó ninguna muestra de dolor, solo se estremeció y se mostró desconcertado por el ataque.

Soltó al jadeante Edmond y se volvió hacia mí, que aún agarraba el candelabro entre las manos. Esperé encontrar un rostro similar al de la niña, con ojos huecos de horror e ira, pero no fue así. Era mucho más terrorífico pero a la vez... hermoso.

Se trataba de un joven no mucho mayor que yo, de rasgos angulosos y piel mucho más clara que la de la violinista, como la nieve con la que a mí y a mi hermano nos encantaba jugar en los inviernos, que contrastaba con un cabello rubio casi igual de pálido.

No, si no hubiera sido por aquel matiz de su aspecto, o por sus ojos de un ámbar cristalino, como los de un gato, o por sus extrañas ropas, de un gris acero y de aspecto flexible pero resistente, podría haber pasado ante mis ojos como un apuesto joven normal y corriente.





“Como un antiguo guerrero”, pensé con asombro al recordar las palabras de Ángel.

Por un momento, el joven me miró anonadado y no pude evitar preguntarme si yo le resultaba tan extraña como él a mí.

—Aurora... —le oí murmurar, con una voz suave como si surgiera de las más bellas y desconocidas entrañas del universo.

Antes de que yo pudiera preguntarle cómo había adivinado mi nombre, unos pasos familiares me hicieron volverme hacia la puerta. La pequeña y grácil sombra de mi hermano surgió de la penumbra, sonriente y lleno de polvo y escombros.

—¡Aurora! ¿Qué haces aquí? ¿Te ha enviado tía Úrsula?

—No, he venido por mi cuenta. Pero tú no debiste escaparte así.

—Tú lo hiciste.

Yo desvié la mirada un segundo.

—Pero no para irme a jugar con... con otra gente, ¿me entiendes?

—¡Ellos no son otra gente! ¡Ellos son mis amigos! —de repente él pareció captar al dolorido Edmond tras de mí, que contemplaba la escena sin atreverse ya a emitir un mero sonido.

—¡Y además le has traído a él! —dijo, señalándole— ¡Lo sabía, sabía que eras como ellos! ¡Los adultos no sabéis guardar secretos, siempre lo estropeáis todo! —me espetó, y corrió a sentarse malhumorado junto a la niña, que no pareció asustarse de la presencia de Ángel, aunque tampoco le respondió cuando este le susurró algo al oído.

—Ángel, por favor, perdóname, pero tenemos que volver ahí dentro...

—Ángel —intervino de repente la atrayente voz del guerrero—, tu hermana tiene razón. Tienes que volver con ellos, ya sabes que los buenos héroes jamás dejan atrás los modales... incluso con las viejas arpías como tu tía.

Nosotros te esperaremos aquí, ya lo sabes —Ángel le miró dubitativo.

—¿Me lo prometes? —el guerrero sonrió, una sonrisa fría y deslumbrante a la vez, como la media luna que en ocasiones alumbraba los cielos.

—Te lo prometo por el honor de los caballeros —finalmente, el chico asintió y tras despedirse de la retraída niña con una mirada salió de allí sin esperarme, aunque aún parecía enfadado.

—Eh... gracias —le dije yo.

Sus audaces ojos se volvieron hacia mí con un único destello.

—Solo hago lo que debo hacer, no tiene nada que ver contigo —por un momento, un silencio incómodo se creó en la estancia.

El joven seguía mirándome de forma algo desconfiada, como un gato acorralado, y Edmond tenía miedo a que en cualquier momento volviera a abalanzarse sobre él como un tigre hambriento.





—Le aconsejaría a tu intrépido amigo que escogiera bien las armas antes de lanzarse a la guerra, porque la próxima vez puede que el enemigo sea menos compasivo —y cuando Edmond, ya casi en la salida, fue a volverse hacia él, no había ni rastro del misterioso guerrero, ni de la triste violinista que había animado al propio silencio que, sin previo aviso, volvió a adueñarse de sus corazones.

IV. SOLEDAD

Cuando abandonamos el extraño escondite de la habitación de Ángel, la familia de Edmond parecía ya a punto de irse. Me sorprendí al darme cuenta de que no había sido tan malo el tiempo que había pasado con el joven.

Mientras los tíos se despedían de los Rothschild, Edmond se volvió hacia mí con el rostro aún algo pálido y una mirada cómplice en sus intensos ojos azules.

—Bueno... quería darte las gracias por salvarme de ese... esa... cosa. Quizás pueda volver otro día.

—¿Tú y tu familia vais a volver? Creo que sería bastante para que a mi tía le diera un infarto —volví mi mirada al joven pensando que estaría horrorizado ante tal comentario, pero este parecía intentar fingir sin éxito una divertida media sonrisa.

—Sí, creo que mi padre suele causar ese efecto en la gente. Podremos seguir investigando lo que hay en esa ala de la mansión, si usted quiere, señorita Aurora —al ver su reacción allí, había pensado que lo último que querría sería volver por miedo a que el guerrero le asesinara, pero al parecer aquel joven no se frustraba tan fácilmente, eso me gustaba.

—Está bien. Pero no puedes dejar que mis tíos te vean. Y espero que tengas algún plan para que no nos mate; esta vez no pienso rescatarte —la sonrisa de él se hizo más amplia...

—No lo dudes —y después de aquella enigmática despedida, salió tras sus padres como si nunca nada extraño hubiera pasado ante sus ojos.

El día siguiente pasó con rapidez, y recuerdo pasar la noche en vela pensando en aquellos ojos ambarinos tan refulgentes, en aquel extraño joven que por alguna razón parecía haberse quedado estancado en tiempos pasados, y la tétrica y nostálgica música de la niña violinista.

Estaba recordando todo aquello, y casi había olvidado que me hallaba sentada en el comedor, con tía Ursula tejiendo de una manera casi automática junto al fuego con sus ojos de serpiente clavados en la que parecía ser su próxima presa: yo.





—¿Aurora? ¿Te ocurre algo?

—Oh, no... en absoluto —la mirada de mi tía exigía otra respuesta—. Es solo que... estaba pensando en la familia Rothschild, es tan... extraña.

—No confundas los términos, querida. La extrañeza en ocasiones es solo un hábito de la incomprensión.

Si supieras todo lo que esa familia guarda tras su “extrañeza” como tú lo llamas, no hablarías así, ni te habrías levantado en mitad de la cena —se encaró ella, pero esta vez me tocaba el turno a mí.

—No lo hubiera hecho si tú y tío Bruno no hubierais hablado de vuestros planes de mi futuro con esa gente.

—¿¡Qué estás insinuando, niña insensata?! ¡Tu tío y yo solo hacemos lo que creemos mejor para ti, y deberías agradecerémoslo!

—Sí, claro, os agradezco con creces que al parecer planeáis casarme con una persona que apenas conozco, porque pensarais que era lo mejor.

—¡Es lo mejor, lo que pasa es que los Rothschild son demasiado educados para hacérselo ver a su hijo! ¡Mírate, por Dios Aurora, ya eres toda una mujer y tu única familia somos nosotros! ¿Qué pasará cuando no estemos, que pasará con Ángel, con tu vida? ¡Morirías de hambre! ¡Está claro que has heredado tu rebeldía de tus padres, de eso no hay duda, que calvario nos ha caído contigo! —me levanté rabiosa y dirigí una mirada asesina a la arrogante tía Úrsula.

—¡Esta es mi vida, y tú y Bruno jamás seréis mis padres! ¿¡Me oyes?! —salí de allí, internándome en los largos pasillos hasta que llegué a mi habitación.

De repente oí un ruido extraño. Al principio pensé que provenía de la puerta, pero no, era la ventana la que crujía bajo el chisporroteo de varias piedras que caían como pesada gotas de lluvia sobre ella.

Con una vaga sospecha, la abrí, y vi el rostro de Edmond, tan sereno como siempre, mirándome desde el jardín.

—Te dije que vendría —me dijo, y no sé cómo ni cuándo consiguió trepar por uno de los altos árboles.

—¿Te ocurre algo?

—No... ya sabes, peleas de familia.

—Bueno, quizás esto te alegre el ánimo —y dejó caer sobre la cama un polvoriento y gran libro encuadernado en cuero azul oscuro entretejido de telarañas.

—¿Qué es esto?

—Esto, querida Aurora, es nada más y nada menos que el Tratado de Antiguas Leyes de los Guerreros —me quedé esperando una risa ingenua.





—¿Y de dónde lo has sacado, del baúl de los recuerdos?

—No, no de algo tan anticuado. De algo mucho más útil que se llama “escondite bajo la cama”. Mi padre guarda allí miles de cosas viejas que encuentra en sus propiedades y las vende. Estoy seguro de que esto debió pertenecer a nuestro guerrero —dijo entusiasmado mientras comenzaba a pasar las amarillentas páginas llenas de garabatos a tinta.

—Habla de los rituales de honor, cortejos, lemas de los guerreros, los pactos de sangre... —de repente sus largas y elegantes manos se detuvieron victoriosas en una de ellas, que mostraba a un guerrero poniéndose frente a un compañero que parecía herido en una truculenta batalla— ¡La educación de la filantropía! —lo miré sin comprender—. No puedo creer que no lo sepas.

La filantropía es la equivalencia al amor al ser humano, así lo llamaban los guerreros griegos, que lo adoptaron como una especie de ideal educativo cuyo objetivo era la excelencia incluso si había que dar la vida por ello.

Aquí dice que el término fue creado por Flavio Claudio Juliano, emperador del Imperio Romano, en el año 361 —leyó—. Así que supongo que hubo varias disputas para demostrar cuál de los dos imperios, griego o romano, era superior en esto.

—¿Me estás hablando de... caridad? —pregunté yo.

Él puso los ojos en blanco.

—Un ingenuo error demasiado común —suspiró Edmond—. La diferencia entre la filantropía y la caridad es que en ocasiones la caridad alivia los problemas sociales mientras que la filantropía intenta resolver esos problemas definitivamente. O como suele decirse, “la diferencia entre dar un pez a un hombre hambriento y enseñarle a pescar por sí mismo”.

—¿Quién lo dijo?

—Yo —respondió Edmond, mientras volvía la vista al libro—. Parece que los griegos lo asociaban a la libertad —objetó mientras salía de la estancia, y yo corría tras él.

—No pensaba que a ti te interesaran tanto estas cosas... —le dije tras unos instantes— Tu familia no parece el tipo de gente que lleva la filantropía por delante.

—Pero yo no soy como ellos —exclamó.

Por fin llegamos al cuarto de Ángel y Edmond y yo le aseguramos que ambos solo queríamos ser amigos del guerrero; así no se sentiría tan solo. En pocos instantes, Ángel nos llevó hacia el ala desierta, que ya estaba empezando a resultarme familiar. Antes de entrar en la habitación donde





el día anterior nos habíamos encontrado a la niña violinista, Ángel nos hizo un gesto y muy decidido entró en la estancia.

Ninguno pudo oír nada proveniente del otro lado de la puerta, pero de algún modo Ángel pareció haber hecho un trato con el guerrero para que no degollara a Edmond nada más verlo. Ya había visto al guerrero antes, pero a partir de entonces empezaría a comprender que verle jamás dejaría de sorprenderme. Nos esperaba rígido y alerta con la misma ropa gris de aspecto sólido y el rostro de nieve enmarcado por finos rayos de sol. Sus ojos de gato se posaron en Edmond con una especie de rechazo a primera vista, y su expresión pareció volverse de piedra, después se posó en mí. Yo podía notarlo incluso sin estar mirándolo, podía notar cómo sus incandescentes ojos me estudiaban como quien mira un curioso cuadro, casi como una extraña y desconcertante caricia sobre mi piel. Pero entonces el caballero volvió la mirada bruscamente.

—Su hermano me ha dicho que tenían algo que decirme. No sé si se han dado cuenta, pero mi paciencia con humanos está empezando a agotarse —Edmond pareció a punto de contestar, pero yo me adelante; estaba claro que nada de lo que dijera el joven parecía capaz de suavizar las ideas del guerrero.

—Queríamos pedirte perdón por nuestra intrusión de anoche y... quizás saber quién eres.

El guerrero rio de forma sarcástica, y sonó como miles de cristales rompiéndose en un hermoso y frío baile, y dijo:

—“Solo quiero saber quién eres, solo quiero saber por qué vistes como un guerrero, solo quiero saber por qué no puedes salir de mi casa... solo he venido a decirte que he invocado a Satán para que te eche de aquí”.

Sí, la gente solía decirme este tipo de cosas —me explicó el guerrero—. Creo que lo mejor para todos sería que os olvidárais de este asunto, como veis, ninguna persona me ha tratado con amabilidad, y no creo que vosotros seáis una excepción. Olvidaos de que estamos aquí. ¿Tanto os cuesta a los humanos de ahora ayudar al prójimo?

—¿También conocido como filantropía, verdad? —dijo Edmond— Un arte que los griegos adoptaron como un ideal de excelencia. ¿Tiene eso algo que ver con tu presencia aquí? —por un momento sus ojos ambarinos se quedaron mirando a Edmond con una descarga letal y aburrida, antes de volverse hacia mí.

—Yo le recordaría a tu amigo que si no deja de hacerse el sabio con mi propia vida creo que nuestro trato podría quebrarse.

—Pero... —empezó Edmond, mas el guerrero, ya de espaldas a nosotros,





no parecía estar oyéndole, y Ángel se había ido con aquella extraña niña que hoy había dejado reposar su violín.

—Quizás sea mejor que me esperes fuera —le susurré.

—¿Qué? —replicó él.

—Hazme caso.

Me acerqué vacilante al extraño personaje y murmuré, mirando el atardecer plasmado en los cristales —¿Cómo supiste mi nombre? —en vez de replicar, el caballero respondió con una extraña voz soñadora.

—Te pareces a alguien. Alguien a quien antaño, yo quise más que a mi propia vida. Pero no eres ella... —había un deje de frustración en su voz que a una parte de mí le dolió captar.

—Bueno, quizás no lo sea, pero entiendo lo que es estar sola. Mis padres han muerto, y estoy obligada a estar con unas personas que ni siquiera me aprecian. He perdido todo lo que tenía, y no sé lo que será de mi vida.

Te puedo asegurar que contarle lo que te pasa a la persona más insignificante del mundo no podrá dañarte.

—Tú no eres insignificante. Ninguna vida lo es, ni siquiera la más pequeña, la que no podemos captar con los ojos. Ni siquiera la muerte nos hace insignificantes. Pero sí la soledad más pura.

—Ningún humano estaría de acuerdo. La muerte es la nada, al menos la soledad te mantiene con vida —repliqué.

—No sabes de lo que hablas, y en cierto modo te envidio. Puede que tus padres hayan muerto y ya no puedan estar a tu lado, pero tú y tu hermano los recordaréis siempre, para vosotros seguirán eternamente vivos. Imagínate qué es morir y que nadie te haga permanecer vivo en su interior. Es lo más duro y doloroso que puedes imaginarte.

—Eso no es posible, nadie puede morir de soledad por muy dura que sea... —dije.

—Sí que se puede. La niña que visteis ayer es otra de las muchas pruebas de ello. Se llama Sara, y antes vivía con una familia que la quería, que cada día trabajaba para traer el pan a la mesa... pero ella era feliz. Pasaba horas enteras con su madre, aprendiendo a tocar aquel extraño instrumento que en sus tiempos jóvenes ella había llevado siempre consigo. Pero un día llegaron los soldados de la guerra a su casa. Su hermano mayor la encerró en uno de los armarios y le hizo jurar que no se moviera. Oyó los disparos, sabía que estaban ahí, escuchó los gritos de su madre, y de sus dos hermanos, pudo ver los rapaces ojos de los soldados por la rendija de la puerta y el destello de la sangre. Después, silencio. Se había





quedado sola. No se atrevió a mirar los cuerpos de su familia, no podía. Corrió a las desiertas calles. Corrió sin saber adónde iba, solo queriendo escapar del recuerdo de aquellos atroces hombres, de los gritos de su madre... de no haber hecho nada para evitarlo. Y sin darse cuenta llegó al río. Ella procede de Londres, y entonces el Támesis era una catarata de lágrimas aun mayor que la de ahora. Y caminó, caminó con la vista fija en las estrellas, porque su propia alma le dolía en el pecho. Porque ya no era nada. A la mañana siguiente, encontraron su cadáver ahogado en lo más profundo del río, sin ninguna prueba que demostrase que la habían forzado a hacerlo, con un roído violín aún entre sus manos... —entonces recordé los restos de agua y algas que había visto en su vestido— La muerte no se la llevó, Aurora. Nadie la mató, fue su propia alma quien no aguantó más sin poder encontrar los estímulos que necesitaba para agarrarse a la vida. Un mero ápice de amor por frío que fuera, que la hiciera resistir. En medio de la oscuridad en la que nos adentramos, al principio nos sentimos como perdidos en el cosmos, esperando ver alguna estrella brillando a nuestro paso. Es entonces cuando encontramos esto. Este refugio para almas perdidas, sin rumbo —yo intenté hacerme una idea de aquellas trágicas y tétricas palabras, y luego pregunté con un hilo de voz...

—Entonces... ¿qué sois? —una amarga sonrisa cubrió el bello rostro del guerrero.

—Almas olvidadas, desconectadas de la parte humana que se alimentaba de relaciones humanas, existiendo solamente porque sí, con el mero recuerdo de nuestro solitario pasado como único latir de nuestros corazones.

Eso es lo que somos —en otras circunstancias no le habría creído, pero había demasiado sentimiento en sus palabras para no hacerlo.

—Gracias —conseguí murmurar—, por contarme todo esto. No debe de haber sido fácil, así que prometo no molestaros más.

—Alastair. Creo recordar que ese es mi nombre —me dijo, y yo pensé que era del todo el nombre de un guerrero frío, hermoso y de alguna manera triste a la vez, con una tristeza en los ojos, que aún no había podido comprender.

Justo cuando ya hacía amago de regresar aún aturdida junto a Edmond, la susurrante voz del guerrero volvió a sobresaltarme a mis espaldas.

—Imagino que debe de ser horrible pensar que no eres libre. Pensar sin motivo que no eres nada. Nadie debería pensar eso nunca. Y mucho menos tú, brillante Aurora —dijo, y con el corazón latiendo de forma





extraña me volví hacia el único que había sabido lo que me ocurría sin ni siquiera tener que preguntarlo, el mismo que había leído mi nombre con solo mirarme.

Como ya supuse, él no estaba allí aunque, por primera vez, sentí que algo había cambiado. Que quizás ahora sí era bienvenida en aquel paraje de almas perdidas.

V. EL MAYOR DE LOS ADVERSARIOS

Cuando le relaté a Edmond la historia que el caballero Alastair me había contado sobre la violinista, creí ver en este un reflejo de la tez de nieve del muchacho, pero pronto su intrépida curiosidad se interpuso a este pensamiento como una llama ardiente.

–Claro, eso podría tener sentido... –masculó el joven.

–¿Qué podría tener sentido? –le dije, mirándole sorprendida.

–Vamos, tú misma has dicho que le creías.

–Y le creo, pero ahora que me paro a pensarlo, me doy cuenta de la evidencia de que las almas son subjetivas, Edmond. No tienen vida ni pueden... morir. Es técnicamente imposible.

–También es “técnicamente imposible” que un ala de tu casa esté deshabitada desde hace tanto tiempo y que en ella vivan unas personas que se creen muertos y de los que jamás se ha tenido pruebas. Pero, y en eso tendrás que estar de acuerdo conmigo, ahí están; aún tengo una cicatriz en mi cuello que lo demuestra –sonrió.

–De acuerdo, ¿qué sugieres?

–Antes, en la época de los griegos y romanos, se creía en la existencia del alma como algo mucho más vital que el propio aliento. Creían que el alma contenía el verdadero espíritu del cuerpo encerrado dentro, como una especie de cofre que no debía ser abierto. De hecho, en las batallas, cuando un enemigo quería herir en lo más profundo a su adversario, hundía la espada certeramente en su corazón, atravesándolo de parte a parte. Esta era la manera de que su alma quedara maldita, según decían, y condenada a vagar para siempre por el mundo. Condenados. Aquel era el castigo más cruel, o el más valeroso –me explicaba el joven mientras intentábamos que nuestros pasos no hicieran eco.

–Pero la niña violinista no es de aquella época –repliqué.

–¿Y si la familia de nuestro misterioso guerrero no iba tan desencaminada en su teoría? –yo tuve que estar de acuerdo en mi interior en que no se me ocurrían más objeciones, excepto quizás que aquello seguía entrando en mi paradigma de locura, quizás de una bella fantasía.





Pero, y eso estaba claro, la fantasía era lo más parecido al paraíso que podríamos encontrar los humanos en la realidad, así que, ¿qué había de malo, dada mi situación, en seguir esa fantasía y no ahogarme en los gritos de la indeseable y quisquillosa tía Úrsula? Esta vez, no formulé ninguna réplica. Mas, justo cuando me encaminaba a responder a mi joven acompañante, una voz aguda y letal recorrió el pasillo veloz hacia mí. Empujé con urgencia al desprevenido Edmond hacia una de las grandes esquinas que crecían como robles en los pasillos, ocultas tras una capa de densa penumbra, quizás lo suficiente para escapar de la rapaz mirada de mi tía. Escuché sus pasos siempre ordenados y con clase, viniendo hacia nosotros seguidos de la inconfundible voz de tío Bruno, que parecía algo preocupado.

—Pero, querida, ¿estás segura de que podremos llevarlo a cabo? Ya sabes que Rothschild la necesita cuanto antes. Si no se la entregamos por medio de ese joven, seremos su próxima presa... y adiós a todo lo acordado.

—¡Bruno, sabes de sobra que hago todo lo que puedo, pero parece negarse en redondo a casarse con su hijo! —le decía esta.

—Es la hija de mi hermano, y de esa sucia alimaña, ya deberías haberlo pensado antes de dejarle entrever nuestros planes.

—¡Oh, al menos hago algo más que pasarme los días encerrado en el maldito despacho! ¡Si no hubiera sido por mí, tú no hubieras tenido coraje para deshacerte de ellos! ¡Solo por mí estamos ahora ante Rothschild, espero que no se te olvide! —le replicaba horrorizada. Sentí temblar mi corazón por un instante, entre escalofríos de horror y repulsión.

Todo empezaba a darme vueltas, y me agarré con fuerza a Edmond, a quien mantenía apresado contra la tortuosa esquina. Este se sobresaltó en un primer momento, tenso contra mí, que con tantas impresiones, no me percaté de lo que acababa de hacer hasta que ya era demasiado tarde.

Cuando volví a alzar la mirada hacia Edmond, vi brillar sus ojos azules entre la penumbra, cortando mi respiración en un instante, y aún hoy me cuesta determinar si fue de temor por lo que iba a ocurrir, o por algo muy distinto, pero el caso es que aun cuando esa idea pasó por mi mente, mi cuerpo no se movió, estaba demasiado cansada para desasirme de Edmond, para volver a salir al mundo real, para volver a respirar de nuevo aquel aire infestado de engaños y mentiras.

Y antes de darme cuenta, sus labios ya estaban contra los míos, de una manera dulce y a la vez vacilante, como si también él estuviera en medio de un discordante sueño que no sabía si seguir o dejar atrás...





Con todo, algo vibró en mi interior, algo nuevo, algo que jamás pensé descubrir en un momento así, que me embargó sin poder evitarlo.

Era como una adicción, la adicción más profunda, pensé, mientras dejaba que los besos de Edmond se hicieran más intensos. Una adicción que sería capaz de llevarte hasta la locura, y nublar los sentidos...

Aun así, era Edmond, el hijo de los Rothschild, era el plan de mis tíos... y aquella era justo la acción que ellos deseaban.

Justo cuando el joven empezaba a acercarme delicadamente hacia él, yo me separé, despertando por fin de aquel enigmático sueño eterno. Los ojos de Edmond parecían contrariados y heridos al mismo tiempo, una triste combinación...

—Lo... lo siento Edmond, yo... no puedo... no puedo sentir esto. Perdóname—susurré con voz quebrada antes de desaparecer por el pasillo, corriendo a la vez que notaba las lágrimas surcar mis mejillas como ardientes gotas de sangre. No me daba cuenta de adónde iba, solo deseaba separarme del joven, como si así pudiera borrar lo sucedido.

Llegué al cuarto de Ángel, y por primera vez encontré el escondite perfecto para mí con solo alzar la vista. Allí estaba, antes escondido por escombros, tenebrosidad y penumbra, ahora el mejor de los milagros para resguardar mis sollozos y el silencio que necesitaba. Me acurrugué en uno de los pasillos, ocultando mi bañado rostro entre las manos, notando el cabello caer sobre mí como única muestra de que aún podía sentir algo más allá de mi propio dolor.

Nunca pude saber cuánto tiempo pasó espíandome desde las sombras, cuando una voz, una voz como el susurro del viento, perturbó mis penas.

—Es un acto muy cruel destrozar un rostro como el tuyo con el dolor de las lágrimas. Para mí haber causado ese efecto en alguien como tú sería lo más horrible que podría haber cometido—alcé la cabeza y vi los cálidos y misteriosos ojos del guerrero iluminando la oscuridad, con su pálida tez y su cabello rubio contra el gris de su traje de guerra—. La pregunta es, si me permite formularla, ¿quién ha sido tan osado para hacerlo?

—La realidad—respondí de una manera asfixiante.

El guerrero Alastair sonrió.

—Oh, sabía adversaria la realidad. Dura como el acero y sublime como el más puro de los corazones—dijo—. ¿Hemos sido nosotros la causa de ello?

—No... tú no tienes la culpa de nada, solo yo. Yo soy la que me he fallado a mí misma. La que no he podido darme cuenta de lo que tenía





delante –Alastair me miró de una forma extraña con sus grandes ojos de gato, como si yo fuera un libro abierto y mis pensamientos formaran dulces poemas que no le costara descifrar.

–Es humano sufrir las mentiras, pero también lo es desear el engaño –profetizaba–. Incontables veces yo me sentí humillado por mis propios hermanos, cuando me dejaron abandonado y me utilizaron como cebo para sus adversarios, subestimándome, pero después aprendí a hacerles frente, aunque sabía que así solo me convertiría en lo que ellos habían previsto... no podía evitar que una parte de mí deseara entregarse a ello, entregarme a eso para lo que al fin y al cabo había sido creado. Porque si haces la mentira tuya, ya no será tal ¿no crees? –dijo el guerrero.

–El problema es que yo no puedo hacerlo –repliqué.

–Es ese joven, ¿verdad?, el que cree saber más que su propia sombra y poder mover montañas que ni siquiera ha visto.

–Edmond –le corregí.

–Desde que lo vi reconocé en sus ojos el mismo brillo que en los de mis adversarios romanos –me explicó–. En especial a uno que acabó con lo que yo más amaba –sus ojos ambarinos se quedaron clavados en la semipenumbra–. Llevábamos luchando años, ambos lo hacíamos en nuestros respectivos ejércitos, ambos queríamos demostrar que éramos los mejores de nuestro reino, ambos eliminamos mil bestias y lideramos más de cien batallas. Ninguna de aquellas batallas podría compararse con lo que sucedió una noche, aquella para la que llevábamos tanto tiempo preparándonos. Yo había estado visitando a escondidas de mis enemigos a una joven dama que habían tenido apresada. Era tan hermosa, pero a la vez, con una aterradora tristeza en sus ojos. Con el tiempo me contó que mi enemigo y sus guerreros habían matado a toda su familia... Aurora, se llamaba. Gran coincidencia, ¿no crees? –sonrió, de forma algo amarga–. Fue la única vez que sentí algo así, pero... me enamoré de ella, esa fue mi gran perdición. Amar algo que no podía ser amado. Una noche me negué a irme antes para que mi enemigo y sus secuaces no me descubrieran. Estaba dispuesto a hacerles frente, pero al vernos así, mi enemigo soltó una gran carcajada de desprecio, mientras yo le echaba en cara todo lo que le había hecho a aquella inocente joven. “No sabes nada, ¿cierto? La condenada no te lo ha contado. Ella ya no es nada. Es un alma impura, que tiene más de lo que merece aquí y que jamás podrá escapar, por mucho que me tortures. No puedes restaurar un alma”.

Yo lo entendí a medias, pensé que intentaba engañarme, pero al ver la mirada de sumo dolor de la dama me di cuenta de que era cierto.





“Solamente te ha traído aquí como una presa, engatusado con sus engaños para poder liberarse. Qué iluso eres. Ella es una alma perdida, y trata de hacerse con la tuya para poder ser al fin libre”. Yo no quería creerlo.

Mi corazón seguía latiendo al verla, pero su rostro era una neutral máscara de hielo. Aun así, yo seguía viendo a la pobre joven acorrallada que me había pedido ayuda, que me había pedido ser un oyente de sus penas. Ya me habían engañado muchas veces, así que me negué a aceptar que mi enemigo tuviera razón. Y me abalance sobre él. Luché, luché como si de una guerra contra mi propio orgullo se tratase, hasta verlo todo perdido excepto sus ojos, sus ojos tan bellos y luminosos como los tuyos... y me abandoné a mí mismo. Me abandoné a ella, a mi propia necesidad de sentir que de algún modo no había perdido. E incluso mientras sentía el dolor agudo y gélido de la afilada hoja de mi enemigo atravesar mi corazón aún seguía con la mirada fija en ella. Parecía sorprendida, agradecida y horrorizada a la vez, como si en aquel momento se odiara por haber sido el núcleo de todo aquello mientras que su piel blanca iba adquiriendo color lentamente y sus ojos formaban en los míos dos inmensas aureolas, tan brillantes como ella misma. Aquel es mi último recuerdo en vida. Después... después solo recuerdo la nada.

Tu amigo al principio me pareció un vivo retrato de él, pero ahora no lo creo. He podido ver cómo te mira. No creo que desee hacerte daño, Aurora, y eso es quizás lo que más respeto en él —me quedé mirándolo sin saber qué decir, sin saber qué aportar a una historia que había logrado hacer que por un momento nuestros pensamientos conectaran como si los dos estuviéramos rememorando aquellos tiempos con cada lujo de amargo detalle— ya ves que todos hemos tenido que luchar con la realidad, e incluso con nosotros mismos. Porque ese es nuestro verdadero enemigo Aurora, nosotros mismos, por ello, solo tú puedes combatirlo.

Sonreí, como ya había olvidado hacer, entonces vi que su pálida mano estaba a unos pocos centímetros de la mía. Lentamente la acerqué a la suya. Él no se movió, con algo parecido a aquella valentía que parecía lucir en su rostro, pero lo único que hallé fue la nada, la misma nada fría y rencorosa que habitaba toda aquella parte de la casa. Y ante mi horrorizada mirada, mi mano traspasó la suya, y un electrizante estremecimiento me recorrió sin previo aviso, mientras la retiraba con una resignación más intensa de lo que hubiera pensado en un primer momento... de no poder tocar aquella vida que parecía fluir acorde a la mía, como si no existiera... como si siguiera sola.





—Tú aún te enfrentas a un enemigo, Aurora, la soledad en tu propio interior... eso es una condena de la que jamás podrás separarte.

Así que, hazme un favor, lucha por todo lo que creas correcto, no te dejes humillar ante nadie, pero sobre todo y bajo ningún concepto, por muy superior que te parezca, te dejes escapar a ti misma, porque entonces, nada ni nadie podrá salvarte —me susurró con una contagiosa firmeza en sus palabras y desapareció de allí con el rastro de sus palabras dejando una gran estela a su paso que nunca fui capaz de olvidar.

VI. LA CURA

Lo primero de lo que fui consciente tras dejar la extraña guarida de las almas fue de que Alastair tenía razón, debía hacer lo posible por enterarme de qué tramaban mis tíos y no dejar bajo ningún concepto que esto arruinase mi vida.

Lo segundo, y quizás más obvio, que Edmond se había ido. Me produjo más dolor del que había imaginado por mucho que respetara su decisión de alejarse de mí, después del rechazo con el que yo le había tratado escapando corriendo de su lado. Me sentí inesperadamente mal por haber actuado así. Al fin y al cabo él me había ayudado, y olvidando que era el hijo de los Rothschild, no parecía estar confabulado en absoluto en aquel asunto del casamiento, si lo estaba, ¿para qué necesitaba ayudarme en tales asuntos? Y con el remordimiento en mi cabeza día y noche pasaron los días, los más largos y tortuosos que había pasado desde que conocí a Edmond y a aquel guerrero de ojos cálidos.

Por mucho que Ángel me insistiera, había decidido no volver a ir al ala desierta de la mansión.

Un día, aun sin noticias de Edmond, mientras desayunábamos el tío Bruno dijo algo que atrajo mi atención.

—... los Rothschild están prosperando a gran escala en su gran franquicia aquí en Francia, y el señor James Rothschild ha pensado en invitarnos a todos a su casa para celebrarlo. Dicen que tiene unas vistas magníficas; está justo al lado de la Torre Eiffel, ¿te lo imaginas?

—Y debo suponer también querido que de nuevo olvidaste mencionarlo con un período razonable de antelación —por un momento el rostro de su marido palideció.

—Pues qué le vamos a hacer, lo primero es lo primero, Aurora —dijo volviéndose hacia mí—, ve preparándote. Ángel; haz el favor de comportarte esta vez, quizás algo mejor que tu hermana —y tras decir esto, salió de allí con un media sonrisa en sus labios.





—¿Por qué tenemos que ir? Ellos ya nos conocen, nosotros no tenemos nada que ver en sus asuntos de negocios, podríais ir tú y tía Úrsula...

—Ni hablar, una familia debe permanecer unida en todo, Aurora, pensé que mi hermano os había inculcado eso.

—Y lo hizo. Sí, pero no recuerdo veros allí, familia, casi nunca desde que nací— el ofuscado y enrojecido tío Bruno parecía un volcán a punto de entrar en erupción interrumpido por una de las doncellas que vino a avisarle de que tenía un telegrama urgente.

No debería haberlo hecho... pensé, pero ya había osado arriesgarme antes así que ¿qué más daba otra vez por mi propia seguridad? Esperé encerrada en mi cuarto hasta que la voz de mi tía resonó desde la sala de abajo llamando a su marido para que le ayudara a escoger el vestido, y los refunfuños habituales de él argumentando que no entendía nada sobre el tema. Aquella era mi oportunidad. Salí corriendo hasta el despacho de tío Bruno, y tras vacilar un instante entré.

Era una sala con un amargo olor a tabaco, una robusta mesa llena de libros y papeles desperdigados por todos lados y flanqueada por grandes estanterías polvorientas. Al fondo, las últimas llamas de la chimenea se condensaban lentamente, como el fulgor de la vela de una vida apagándose, con el inesperado recuerdo de las almas en mi mente, corrí a abrir los cajones del escritorio. Viejos papeles, contratos... y la fría madera del suelo.

Suspiré sin dejar de mirar la puerta de reajo, con mis sentidos preparados para captar de nuevo los potentes pasos de mi tío de vuelta hacia su morada, cuando mi mano se hundió en lo que me había parecido el final del cajón dejando ver lo que parecía un pequeño compartimento secreto. Aun con el corazón latiendo a mil por hora, encontré varios papeles con letras impresas. Todas parecían del mismo remitente.

*“Necesito hablarte de algo urgentemente.
Acude a mi casa con tu esposa.
J.M. de Rothschild”*

*“Tu hermano y su esposa se han enterado de mi nueva adquisición, ten cuidado.
Mantenlos vigilados.
Haz lo posible por encontrar la cura.
J.M. de Rothschild”*

*“Faltan dos horas para que comiencen su partida.
Recuerda el trato y no me falles; si lo haces, no habrá trato.*





*Y encárgate de que los niños no vayan con ellos.
J.M. de Rothschild”*

*“Acoge a los niños en mi casa de Francia.
Acudiré a visitaros pronto; guardad las apariencias, y no
dejes que encuentren las almas.
Creo que la chica podría sernos útil.
J.M. de Rothschild”*

*“Os aguardo en mi casa a las ocho.
Ya he averiguado dónde está la cura... asegúrate de traerla
contigo, mi fiel Bruno.
J.M. de Rothschild”*

Aquella parecía la última, las demás estaban fechadas antes de la muerte de mis padres, demasiado estropeadas, como si alguien las hubiera estrangulado con furia.

Sin embargo, todo aquello refutaba de forma siniestra y misteriosa lo que habíamos creído oír aquel día a mis tíos. Yo era el núcleo de una gran tela de araña construida con mentiras y sangre, por un motivo que aún desconocía. Pero no, me prometí temblando mientras abandonaba el despacho, aquella ignorancia iba a ser eliminada esa misma noche.

Ya había viajado en el carruaje con el imponente y orgulloso escudo de los Rothschild, aunque entonces aún desconocía el asunto que se enredaba, amenazando con ahogarme en cualquier momento, y esta vez el viaje se me hizo más corto, más tenso, mucho más gélido.

Mi hermano seguía siendo arrastrado por tía Úrsula a regañadientes y tío Bruno, vestido de etiqueta, me escudriñaba de reojo mientras el cochero nos abría por fin las puertas y salíamos a la no tan deseada libertad en aquel momento. Si la mansión en la que me había alojado al llegar allí me había parecido inmensa, ver la residencia Rothschild me dejó sin habla. Sus grandes estructuras de piedra rodeaban unos jardines diseñados a la perfección, incluso un pequeño lago bañado con la luz de la luna rodeaba uno de sus parajes. Sus altos balcones lucían similares estandartes que el carruaje pero mucho más voluminosos, como piedras de un fuego regio y refulgente. Sí, sin duda, pensé mientras traspasábamos la gran verja de entrecruzado hierro, los Rothschild eran una familia muy adinerada.

Pero seguía sin ver cómo podían estar relacionados mis padres con todo aquello.





El rostro adusto, maduro y arrogante de Rothschild nos abrió la puerta.

—Señor Rothschild —le saludó tío Bruno—, estamos encantados con su invitación —este sonrió sin más, una sonrisa fría como el hielo.

—Gracias Bruno, sin duda pocas veces habrá podido soñar gente de vuestro rango pisar sitios como este. La cena nos espera, he invitado a unos cuantos socios más de mi club de finanzas; así podrás presentarte tú mismo —le dijo. La tía Úrsula sonrió impaciente.

—Qué elegante cena, es un placer señor, no nos la perderíamos por nada del mundo —le decía tía Úrsula. Yo empezaba a sentir su mirada ruda como el hierro clavada en mí mientras nos abría paso.

Sin duda, más que una cena cordial, aquello era toda una fiesta. En el gran salón de los Rothschild, bañada con la luz de los soles más cálidos, la gente vestía con elegantes trajes. Sus joyas relucían en el aire e iban de aquí para allá entre risas sin aliento, alrededor de una mesa llena de manjares alumbrados por el tenue refulgir de las velas, con una copa en la mano que parecían haber llenado más de una vez en el transcurso de la noche.

Mis tíos se perdieron entre risas hipócritas, con Ángel bien apretado contra ellos. Compadeciéndome de él por dentro busqué a Edmond con la mirada. No tardé mucho en encontrarlo; sus ojos azules y su cabello negro como el carbón resaltaban entre la multitud.

—¡Edmond! —le grité, pero este se había refugiado entre la gente.

Mientras lo seguía, abriéndome paso entre aquella marea humana, me dio tiempo a verle desaparecer por uno de los lúgubres pasillos. Corrí tras él.

—¡Edmond! ¡Edmond, aguarda! —le dije, ya jadeando cuando conseguí llegar junto a él— ¿Por qué huyes de mí?

—No huyo de ti; huyo de mi padre. Quiero enseñarte algo y sabía que me seguirías. Quizás no te hayas dado cuenta de que hay tácticas más sigilosas para llevar a cabo tus planes, no hace falta que grites mi nombre a los cuatro vientos —había un deje frío en su voz que me hizo llevar una mano a su hombro, pero él se apartó, y se detuvo de improviso ante una brillante puerta. Nos hallamos en lo que me pareció un estudio.

Un estudio más grande que el pequeño despacho de tío Bruno. Era como si me estuviera adentrando en las enormes y grotescas fauces de un lobo.

Pero confiaba en Edmond. A pesar de todo, él era el único a quien tenía.





Empezó a rebuscar entre unos papeles de forma casi desesperada y de repente encontró una carta. Una carta con una letra familiar garabateada de forma urgente. La letra de mi madre.

—La encontré entre los viejos archivos de mi padre, parece guardarla con recelo. No te negaré que la he leído, y creo que te interesa su contenido —yo me quedé mirándolo con ojos entrecerrados.

—Edmond... ¿por qué haces esto? ¿Por qué sigues ayudándome después de todo? —él sonrió por primera vez desde que nos habíamos encontrado, eso me alegró...

—Porque no me parece justo todo lo que te está pasando, Aurora.

Y ya te dije que amar al prójimo siempre sería lo que me diferenciara de mi padre, a quien, si tengo que ser honesto, es difícil encontrar un motivo para amar —tras esbozar una media sonrisa fijé la vista en las añoradas letras de mi madre, al parecer, hacia mi padre.

“Querido Juan:

Después de tanto sufrimiento, creo haber dado con el momento único en el ciclo del mundo en el que seré libre. Pero ese momento, queramos o no, cesará pronto.

Cuando las auroras boreales solo vistas por nosotros, es decir, las almas, desaparezcan, volveremos a ser los que somos.

Sin embargo, podemos aprovechar tal momento para centrar en mí su poder de libertad, será cuando al fin podremos abandonar momentáneamente nuestra prisión y poder relacionarnos con el mundo humano.

Si lo hiciéramos no habría nada ya que nos separara. Mas, esto no es tarea fácil, querido, así que tendremos que ser cautos.

Una de las criadas, una de las más ancianas se ha compadecido de mí. Le agradeceré lo que va a hacer durante toda mi vida. Y es que si en ese preciso instante ante el poder de las auroras se produce la muerte de otro ser humano, estarán demasiado ocupadas en nosotras, las almas, para que yo pueda alimentarme de la vida que escapa de sus manos.

Porque, como ya bien sabes, sin ese alimento será imposible mi regreso.

Siempre se ha creído que al estar ligados a un lugar como este nadie nos encontraría y que en ese caso no tendríamos poder para terminar con él, pero es buena señal que sea capaz de escribirte estas líneas; el poder de las auroras se acerca.

Te esperaré en los balcones dentro de dos horas.

No faltes.

Siempre tuya, Teresa”.





–Esta carta... no está escrita cuando yo existía... sino mucho antes.

–Exacto... –me respondió Edmond.

–Pero... pero no es posible, Edmond, esto quiere decir que... que ella no era humana si no... un alma –mi voz se quebró al decirlo.

–Sí, y al parecer tu padre fue el único por el que creyó que merecía la pena volver a la vida... y aguantar el remordimiento.

Ella fue la única desde esa noche que pudo aprovecharse de esto, porque fue entonces cuando tapiaron esa ala de la casa. Pasaría mucho antes de que alguien los descubriera, y mucho más para que estos pudieran recordar lo que pasó, y tener fuerzas para llevarlo a cabo.

Porque para hacer algo así, se necesita un estímulo mucho más fuerte, algo que rompa los límites que técnicamente desconecta los sentimientos, como en el caso de tus padres.

He estado mirando en los archivos de mi padre antes y he averiguado que tapiaron ese lugar poco después de que tu padre y tu madre desaparecieran de allí juntos, justo en el momento en el que mi padre compró el recinto –yo no podía creerlo.

Mis propios padres me habían engañado, y aunque hubiera sido para bien era una mentira... De repente recordé los telegramas de mi tío Bruno.

Recordé como les ordenaban que se deshicieran de ellos... mis tíos los habían matado... los habían matado porque ellos habían conseguido liberarse del influjo... y había algo más, algo más que aún se me escapaba... ¿por qué yo era tan importante en todo aquello?

–Porque el poder extra que consumió tu madre te fue transferido a ti –me explicó Edmond, como si sus pensamientos fueran la raíz de los míos.

–La cura... –murmuré en voz alta sin darme cuenta– pero esto no tiene sentido... ¿para qué iba a querer tu padre...?

–No lo sé, tengo que seguir buscando, pero lo que sí tengo claro es que si tenían tantas ganas de casarte conmigo es porque así te tendrán en su poder bajo su propio techo. Así que, te aconsejo que tengas cuidado con lo que le dices a tus tíos por el momento, si les causas demasiados problemas, o se dan cuenta de que tú o Ángel sabéis algo... no quiero imaginar hasta dónde podrían llegar. Mientras, yo seguiré intentando investigar en secreto –me dijo, guardando la carta, la carta que de forma tan insólita había caído en manos de su padre–. Ahora será mejor que sigamos guardando las formas.





Incluso –me miró algo indeciso–, quizás deberíamos fingir que su plan respecto a nosotros no va tan mal –repuso de inmediato, desviando la mirada. Yo le sonreí entrelazando mi mano con la suya antes de que pudiera apartarse.

–No me merezco un ángel de la guarda como tú, Edmond –él inclinó la cabeza, intentando ocultar el rubor de su rostro.

–Bueno –me dijo–, ten en cuenta que los ángeles son, de alguna forma, muertos vivientes –y su sonrisa me iluminó.

VII. EL ALMA MÁS REFULGENTE

Me parecía estar navegando por una galaxia muy lejana, distinta a en la que había creído vivir todo aquel tiempo.

Sin embargo, por más que intentaba que cada mañana al despertar las cosas hubieran sido diferentes, que nada de aquello hubiera sido otra cosa que un mal sueño, por desgracia, pocos sueños son en realidad lo que parecen.

Después de que Edmond me enseñara la carta de mi madre aquel día, habían pasado semanas. De vez en cuando Edmond venía a visitarme. Pero nadie nos había dicho que fuera cosa fácil. Quizás Ángel era allí el que mejor se sentía.

Había empezado a acostumbrarse a las leyes de tía Úrsula , y las abundantes tardes que pasaba con sus nuevos y misteriosos amigos también le ayudaban mucho.

Un día cuando Ángel nos volvió a insistir para que fuéramos con él, Edmond y yo estuvimos de acuerdo en que quizás supieran algo de mi madre, dado que la vida de las almas, si es que se le podía llamar así, era eterna.

Mientras cruzábamos tras Ángel los mohosos pasillos, Edmond me preguntó.

–Ni siquiera sé por qué vengo yo, a mí no me hará caso. Nunca lo hace.

¿Por qué será eso, acaso repudia a las mentes brillantes? –él sonrió, divertido.

–En realidad, creo recordar que me mencionó que te parecías mucho a uno de sus ancestrales enemigos romanos, que le tendió una emboscada por la que ahora está aquí atrapado –recordarlo hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo–. Y que por eso estaba en su naturaleza no poder fiarse de ti.





–¿Cómo? –me miró él sorprendido– ¿Un antepasado de un... de un guerrero romano? –yo me encogí de hombros ante su pregunta.

–En cualquier caso, ten cuidado con lo que haces –le dije un momento antes de que entráramos en la sala en la que aquel día se hallaba la fantasmal niña tocando el violín de una manera algo más animada de lo normal.

–Hoy pareces contenta, Sara –le dijo.

–Lo estoy –respondió ella con una voz angelical– ¡Porque hoy es el día de la liberación! ¡Y quiero aprovecharlo visitando toda Francia! –rio de forma algo ingenua, aquella niña eterna.

–Espera... ¿has dicho liberación? –dijo Edmond.

–Sí. Mañana por la noche será el único momento en el que podamos escapar de aquí, cuando las auroras nos bañen con su luz celestial... y quizás entonces pueda ir a ver cómo están mis padres. La última vez no pude despedirme de ellos.

–¿Qué haces aquí? –era Alastair.

–Ha venido conmigo, Alastair. Sabes que no es como tu enemigo, solo intenta ayudarme. Como tú, ¿no es verdad?

–Hemos venido para saber si sabías algo de su madre. Encontré una carta en manos de mi padre. Era de ella... Decía que era un alma, narraba lo que hizo el día de la liberación para escapar con el padre de Aurora. Y creemos que por eso él mandó a sus tíos a que los eliminasen.

–Sé quien es tu padre, Edmond James de Rothschild, sé de lo que es capaz.

–Sí, Teresa se llamaba.

–¿Sabías que mi madre era como tú? ¿Y por qué no me lo dijiste?

–Porque pensé que si aún no lo sabías era porque no estabas preparada.

–Como... como era –dije.

–Era el alma más brillante y esplendida que he conocido. Me dijo que cuando conociera el dolor que nosotros habíamos sufrido, podría considerar que, aunque solo fuera un instante de su vida, había existido.

Tu madre era feliz en su extraña y gloriosa imitación a la ignorancia, y a veces incluso lograba contagiármela. Hasta que apareció él.

Por entonces los dueños residían en la casa también. Nosotros en las salas que ocupaba el servicio de los altos señores, y que... bueno, ellos nunca hacían preguntas si veían algo extraño. Su trabajo era acatar órdenes, servir y vivir en silencio.

Pero el hijo del dueño apareció un día por aquí, corriendo por las cocinas, y llegó a los pasillos de las habitaciones que al permanecer más





tiempo inhóspitas eran nuestro lugar de recreo habitual. Y allí encontró a Teresa.

En ocasiones los espiaba sin querer, debo confesarlo, porque tenía curiosidad por saber por qué ambos desaparecían y se encontraban en aquellas salas, a escondidas del mundo, mirándose, hablando, aunque no pudieran tocarse.

Pero entonces el hermano de tu padre, tu tío, los descubrió...

Ella no tuvo tiempo de esconderse. Él no tuvo tiempo de replicar.

Es un hombre muy audaz, captó lo que sucedía; había estado espiándolos desde hacía tiempo. No volvieron a verse, y el rostro de Teresa cada día era más gris, como una rosa se marchita en invierno había ido perdiendo su fulgor, aquel fulgor que un día yo creí eterno.

“Ahora, Alastair, ahora es cuando por fin he vivido”, recuerdo que me dijo un día, con las inmensas manchas grises de sus ojos clavándose en mí.

Había conocido la alegría, el dolor, e incluso la pérdida.

Y aun así parecía que solo acababa de nacer, pues cuando un día se percató del poder de las auroras, toda la esperanza volvió a su rostro.

Una de las criadas, la más anciana y que había terminado por hacer de intérprete entre ambos jóvenes estaba muy enferma, así que se ofreció a morir por ellos, a morir por un amor, a no haber vivido en vano. Debía suceder la noche de las auroras...

Y en efecto, aquella noche, cuando las auroras me dejaron libre, seguí a tu tío a través de la noche. Parecía nervioso; es fácil captar el palpito del miedo en las almas jóvenes. Llegué tras él hasta una gran mansión.

La mansión de los Rothschild, por entonces menos adinerados que ahora.

El joven llamó a su puerta y tras ella pareció él.

“¿Tienes la carta?”, le oí preguntarle.

Tu tío se la dio con manos temblorosas, y aún recuerdo la sonrisa de Rothschild, como un felino que por fin ve gemir a la presa entre sus manos.

“Ahora, dejemos que esos pobre inocentes cumplan su sueño, y con él nosotros cumpliremos el nuestro, porque estoy seguro de que ninguno de ellos sabrá nunca lo que acaban de proporcionarme.

Dentro de poco, querido Bruno, seremos nosotros quien nos apoderemos de la eterna felicidad que ellos creen poseer. Aunque en realidad solo nos la estén guardando a nosotros”. Le pagó una abundante suma de dinero y se despidieron con sigilo.





Después, tu tío volvió a casa, triunfante y neutral, todo en uno.

Por entonces no supe relacionarlo con nada pero al oír vuestra teoría de los hechos estoy seguro de que Rothschild ya sabía que el poder descargado en tu madre sería transferido a sus hijos, y que una vez esto fuera así, lo mejor sería eliminarlos.

Tus ambiciosos tíos siempre estuvieron involucrados en esto—terminó Alastair, dejándome por un instante sin palabras.

—Entonces... ¿que pueden querer hacer conmigo? —me atreví a preguntar.

Alastair se acercó a mi, sus profundos ojos por un momento reflejados en los míos.

—Todo —me respondió él, y aquella indeterminada respuesta fue la que más podía haber temido en toda mi vida.

VIII. UN CORAZÓN VIVO, UN CORAZÓN HERIDO

Vivía en medio del fuego, en una continua trampa que amenazaba sin cesar con destruirme en un instante, en el que una mera muestra que delatase mi nula ignorancia podría ser mi perdición de por vida.

¡Y tío Bruno, que había sido capaz de vender a su propio hermano por dinero! En todos los aspectos nos sorprende la vida, en los más bellos y en los más dolorosos. Al menos mis tíos no daban ninguna muestra de haber adivinado algo de nuestros planes, ni de las verdaderas intenciones de Edmond de Rothschild cada tarde cuando venía a visitarme.

Pero aquella, me recordé a mí misma, era la noche de las auroras.

Era el único día en el que las almas se podían permitir una sonrisa, aunque solo fuera una engañosa prolongación de su condena. Solo en ese momento podían tener un leve contacto con la realidad.

Ahora me sentía verdaderamente perdida, como si estuviera dentro de una bomba que pudiera estallar en cualquier momento. Estaba terminando el ocaso cuando aquel día Edmond y yo nos hallamos en la sala que parecía pertenecer a las almas. Pocas eran tan confiadas como Sara y Alastair.

El caballero de antaño había conseguido tolerar la presencia de Edmond, aunque en ocasiones un destello de furia repentina nublaba sus ojos contra el chico, como un fiero felino.

Pero aquel día, en el que en escasas horas sería la noche de las almas, no sabían lo que podía suceder.

—Mi padre ha estado fuera casi todo el día antes de que viniera aquí —nos informaba Edmond, apoyado contra la pared en la que un día estuvo a punto de ser ahogado—. Creo que está planeando algo para esta noche.





—¿Cómo? ¿Qué es lo que puede pretender exactamente? —pregunté.

—Quiere tenernos en sus manos. Hacer que no tengas otra opción que entregarte a él. Pero no lo entiendo. Hacerlo justo en el día de las auroras es... es peligroso. Tu poder podría cobrar forma, y entonces... entonces un mortal no podría salir muy bien parado —dijo de repente Alastair, sin apartar la vista de Sara, que tocaba su instrumento con una satisfactoria sonrisa en su rostro, mientras Ángel la observaba fascinado y atento—. De cualquier manera, si eso es posible, no puedo dejar que ninguna de las almas salga fuera esta noche. Desde que tu hermano encontró la puerta creímos tener una salida para este momento... pero si lo hacemos, haremos justo lo que él quiere. Este lugar nos mantiene seguros. A nosotros pero no a vosotros.

Por un momento, el silencio se apoderó de nosotros, asfixiante, con palabras imposibles de descifrar en su interior que golpeaban contra nosotros una y otra vez, incesantes—. En cualquier caso es mejor que esté allí vigilando como pueda lo que hace —y tras despedirse de mí, Edmond salió de allí, dirigiendo una última y enigmática mirada a Alastair.

—Alastair... quería agradecerte que trataras tan bien a mi hermano desde que encontró este lugar.

—Ella lo habría hecho. Tu madre. No pude salvarla cuando los mataron... pero al menos he podido devolverle el favor que me hizo al demostrarme que aunque estés aquí, de algún modo no todo está perdido. Aún puedes soñar... y, en ocasiones, tus sueños se hacen realidad —dijo, mirándome de esa manera que hacía que por un momento dejara de sentir el corazón latir contra mi pecho.

Después sus misteriosos ojos se volvieron hacia la ventana.

—Creo que va a comenzar la fiesta —bromeó el guerrero, y ante mi atónita mirada me tendió la mano— ¿No querrás perderte algo así, verdad? —yo dudé, pero fue en vano.

Con lentitud, acerqué mi mano a la suya, atravesándola, pero esta vez hubo una chispa, algo electrizante que recorrió mi cuerpo, y me hizo soltar una exclamación ahogada. Cuando me atreví a abrir los ojos, noté que una extraña brisa nocturna jugaba con mi pelo, y que el gris y hostil rostro del “hogar” de Alastair ya no aparecía ante mis ojos, en vez de eso vi el extenuante y bello paisaje de París abriéndose a mis pies.

Estábamos tan altos que casi pude ver el destello de la torre Eiffel más allá en el horizonte, imponente como un gran soldado de hierro. Nos hallábamos en la azotea del enigmático palacio.





Con una mezcla de horror y asombro, comprendí que nuestros pies pisaban justo el borde de la muralla, a un paso del abismo, y a unos pocos metros de las estrellas. Grité.

—Tranquila—susurró una voz dulce en mi oído, y aunque no podía tocarle, sentí como si pudiera sostenerme, con solo desearlo—. No vas a caer. Yo estoy contigo —me susurró— y... ¿por qué se supone que estamos aquí?

Porque es hora de que veas el motivo de tu nombre, Aurora —murmuró, y como si hubieran oído sus palabras, una docena de destellos ondulantes, jugando con la oscuridad, explotó en el cielo ante mis asombrados ojos. Parecían grandes estelas verdes, bailando entre sí en dulces ondulaciones junto a las estrellas más brillantes. Era lo más espectacular y hermoso que jamás hubiera visto.

—¿Por qué puedo verlas?—pregunté.

—Porque de alguna manera, tú eres una parte de ellas —me respondió Alastair con una extraña radiación verde en su cuerpo.

De repente, él estaba allí, vivo, cercano, corpóreo... su mano se entrelazó con la mía, un contacto frío como el hielo, pero a la vez cálido como sol. Sentí que Alastair alzaba con una delicadeza casi extrema mi rostro hacia él. No veía las auroras, ni sus deslumbrantes luces, ya no sentía miedo por la trepidante altura a la que nos encontrábamos... ya no podía sentir nada más que los eléctricos ojos de Alastair, mirándome...

—Se te acelera el pulso —murmuró Alastair.

—Debiste hacerle esto a todas las jóvenes que te encontraste en tu vida —dije, intentando disimular la entrecortada respiración que procesaba.

—Solo hay una que me ha importado, solo una que ha despertado de nuevo esta extraña sensación en mí después de creer que todo sentimiento había acabado, tú, el único motivo por el que me atormento desde que te vi.

Solo tú, mi brillante Aurora... —Alastair se inclinó hacia mí, fue como si el más misterioso y gélido de los copos de nieve se posara en mis labios, como si discurriera lentamente por ellos, tan electrizante que me hubiera resultado difícil sostenerme en medio de aquella especie de fiebre incontrolada si Alastair no me sostuviera entre sus brazos.

Sentí sus manos hundirse en mi pelo, maravillarse ante su tacto sedoso, rocé mis propios labios contra los suyos, hacia aquella asfixiante sensación que se apoderaba de ambos como una maravillosa enfermedad incurable. Ninguno de los dos era capaz de dejar de besar al otro, ninguno de los dos se atrevía a abrir los ojos...





Entonces, de repente, el eco de unos pasos nos forzó a separarnos. Mareada ante aquel nuevo sentimiento, contemplé el rostro ensombrecido de Edmond con ojos muy abiertos.

Me separé de Alastair y corrí tras él, entendiendo de repente algo que debería haber comprendido mucho antes.

Conseguí detener a Edmond en la escalera que bajaba desde la gran torre, con los ojos medio tapados tras la sombra de su rebelde cabello negro como la noche.

—¡Edmond! ¡Edmond, por favor, puedo explicarlo!

—¡No hay nada que explicar, Aurora! —exclamó él— Está claro que a mí pudiste dejarme de lado cuando te besé, a mí que estoy ayudándote con riesgo de perder mi vida por ello, pero no a ese... ese maldito guerrero.

¡Ni siquiera es humano, Aurora! ¿Es que no lo ves?

—¡Eso no es cierto, Alastair también nos está ayudando como puede!

¡Él me ama! —dije furiosa.

—¡No, Aurora, él no te ama como yo a ti! ¡Soy yo el que estoy sacrificándolo todo por esta endiablada historia de las almas, por salvarte a ti, Aurora, no él!

—Pero eso no importa, ¿verdad? Solo importa que yo soy un Rothschild, un humano, no como él. Ni como tú, tampoco eres humana, Aurora, solamente he venido a decirte que mi padre está aquí, y que tus tíos han pillado a Ángel escondiéndose en el ala desierta —exclamó él, furioso.

Observé alejarse aquel corazón que había herido de por vida y que ya jamás podría intentar devolver a la vida.

Jamás.

IX. EL MORTAL QUE SONRIÓ A LA MUERTE

Era una incertidumbre asfixiante la que recuerdo sentir mientras me dirigía hacia el estruendo que provenía del hogar de las almas. Alastair había corrido a poner a salvo a sus almas y a mi hermano, cuyos gritos de pánico retumbaban en mis oídos como alarmas que no conseguía distinguir entre la penumbra. No sabía nada de Edmond, y la fascinante paz que había sentido junto al misterioso guerrero había llegado a su fin.

Por las ventanas de los pasillos, mientras corría hacia allí pese a las advertencias de Alastair, distinguí el rastro de las auroras, que había adquirido una tonalidad rojiza, mientras un extraño halo las surcaba como la pólvora.





No tardé mucho en darme cuenta de la causa de aquel fenómeno. Toda el ala desierta estaba en llamas. Pero... ¿por qué? ¿Por qué querría Rothschild destruir aquel lugar... Si destruía aquel lugar, a las almas no les quedaría nada más que el vacío más intenso.

Sin aquel lugar, Alastair estaría fuera de mi alcance. Y de algún modo aquel pensamiento hizo que corriera aún más tras los ardientes escombros, con las rasgadas faldas de mi vestido amenazando con formar parte de aquel fuego abrasador.

Antes de poder llegar al refugio de Alastair, me paré en seco, porque una risa aguda, maligna y endiabladamente familiar se hundió en mis oídos como una envenenada daga. La tía Úrsula me miraba con ojos relampagueantes bajo la luz del fuego, mientras a su lado, un triunfante tío Bruno mantenía a Ángel agarrado contra sí. Este, con lágrimas en los ojos, se debatía sin éxito, mirándome en un silencioso auxilio.

—¡¡Suéltale!! —le grité, pero de repente el destello de una daga que mi tío mantenía junto al cuello de mi hermano me detuvo.

—¡Quieta ahí niña estúpida! No queríamos tener que derramar más sangre de la debida sobre este sitio —sonrió Úrsula, pérfida.

—¡Sois unos asesinos! ¡Matasteis a vuestra propia familia solo por el poder que ese hombre pudiera daros! ¡Sois repugnantes, y me avergüenzo de que un ápice de vuestra sangre pueda correr por mis venas!

—¿Aún no lo has entendido, niña insolente?

Eres hija de una bestia inmundada, de una persona que ni siquiera se mereció el reconocimiento de los de su especie, que terminó sola, y que incluso así desafió a sus leyes. Eres hija de una deshonra por todas partes, Aurora.

Si no estás muerta es justo porque necesitamos esa pequeña gota abismal del poder que posees. Después habrás vuelto a honrar el nombre de tu familia.

Nosotros solo intentamos ayudaros —intentaba convencerme, mas yo conocía demasiado bien aquellos ojos de bruja como para dejarme engañar por ellos.

—¿Ayudar al prójimo por medio del dolor no es algo inmoral?

—El dolor es noble. La felicidad es una causa perdida —replicó Úrsula.

—¿¡Qué queréis de mí?! —ella sonrió.

—Solo que nos muestres tu alma, querida, que le des rienda suelta y te despojes de todo lo malo que tu madre te inculcó —dijo esta, mientras Bruno iba acercando cada vez más la daga a mi pálido hermano.

—¡Esta bien! Lo haré.





—Síguenos —me ordenó ella.

Empuje a tía Úrsula por detrás, y aproveché el desconcierto de Bruno para arrebatarme a Ángel de los brazos. Casi ni fui consciente de que le gritaba a mi hermano que se fuera de allí, y tras una leve duda, me obedeció, salió de allí antes de que unas fuertes manos me agarraran, y el destello de una daga nublara mis ojos.

—¡Detente! —le detuvo una voz fría y cortante a sus espaldas.

Tío Bruno bajó la daga y miró con cierto asombro y respeto a Rothschild, tan alto e imponente como siempre.

—Vosotros ya habéis hecho bastante, y se os dará vuestra recompensa muy pronto. Ahora id a vigilar el terreno de esas insistentes almas.

Yo me encargaré de la chica —y sin replicar un instante, ambos desaparecieron tras las altas cortinas de fuego.

Sentí un terror inmenso en mí cuando me quedé a solas con la figura de aquel hombre impertérrito que parecía de piedra ante mí, y casi preferí que la daga de mi tío se hubiera clavado en mi pecho.

—La pequeña joven Aurora —murmuró, mientras yo retrocedía lentamente—. Eres astuta, como tu madre, eso hay que reconocerlo. Edmond me lo dijo nada más conocerte. Debí verlo en tus ojos. Pero no, era demasiada coincidencia, ¿verdad? Y también lo era que aceptaras su presencia tan de repente. ¿Qué habría, pues, tras todo aquello? Nada más y nada menos que nuestro mayor orgullo, que nuestra mayor condena. El conocimiento. Pero yo había pensado que seríais más inteligentes para no mezclaros con esa gente inmunda, si es que se las puede llamar así. Me di cuenta de que el amor había cegado a mi hijo, pero y a ti, ¿qué te había cegado a ti?

A tu madre la cegó el amor, a mi hijo, un sentimiento no correspondido, y a ti... a ti, me temo, que la misma perdición. Un alma, ¿cierto? No podía ser más que eso. Lo supe, querida Aurora. Supe que mi hijo robaba de mis archivos, supe que en realidad fingíais vuestra relación, pero aun así... quería ver hasta donde podías llegar ¿No sabías acaso desde el primer momento en el que mi hijo te ayudó en tu extraña investigación que había algo más tras aquella mutua amistad? ¿No dejaste que te demostrara sus sentimientos una vez? ¿Y aun así, no terminaste partiéndole el corazón por alguien que ni siquiera podía ser tuyo? —fue como si aquel hombre me conociera más que yo a mí misma, conociera aquella parte oscura en la que no me había adentrado, y sin previo aviso me hizo sentir ruin, mientras el asombro nublaba mi rostro.





—¿Ves cómo quizás la opción que te propongo no sea tan mala?

Todos cometemos errores, pero tú puedes deshacerte de ellos —me tendió una mano con un anillo dorado, con el mismo escudo refulgente del carruaje que una vez me trasportó hasta las calles de Francia.

Era cierto, había roto dos corazones, y aún quería seguir luchando por la vida. Quizás estuviera mejor así... quizás aquel fuera mi mejor destino...

Mi mano había empezado a elevarse lentamente hacia Rothschild cuando algo le golpeó fuertemente desde atrás.

Me sentí como si despertara de un fuerte hipnotismo cuando vi dos llamaradas refulgentes de truenos azules como un mar tormentoso mirar a su padre con una ira profunda. Edmond.

Sujetaba una espada, que obviamente no sabía utilizar tan bien como Alastair, pero había algo en la posición de sus hombros, una determinación letal que hizo que una leve esperanza creciera en mi interior.

—Hola, hijo. ¿Has venido a rescatar a la traviesa dama en apuros...?, pero... ¿no era ese el papel de su amado guerrero? —lo saludó Rothschild, y esto pareció ser suficiente para el joven, que con un grito de ira se abalanzó sobre su padre. Contra su enemigo eterno.

Aunque no había una verdadera destreza en los movimientos del joven, su furia hacía que cada uno de ellos fuera tan oprimiente que se veía claro que había estudiado muy bien aquel polvoriento libro de guerreros.

Sin embargo, su padre los esquivaba todos, sin ningún arma, a una velocidad tal que debieron de suponerle muchos años de entrenamiento. Sonreía, divertido ante la ingenuidad de Edmond mientras veía aumentar la furia de este a cada paso.

Pero entonces, justo cuando Edmond bajaba la espada hacia su corazón y su padre se doblaba por la mitad, la hoja cambió de dirección para clavarse justo en el costado de su padre, atravesándolo de parte a parte.

Sangre pérfida y espesa manó de él mientras miraba a su hijo con ojos desorbitados e incrédulos.

—Ahora, padre, es hora de que usted pague por lo que ha hecho. Que tenga dulces sueños —siseó Edmond a su padre, antes de que este, con un escalofrío de terror, como si viera las profundidades del infierno abrirse ante él, cerrara los ojos al fin.





Por un momento, me quedé observando cómo el reflejo de una de las viejas ilustraciones de ese libro del guerrero, valeroso, derrotaba por fin a su enemigo. Luego, nuestras miradas volvieron a encontrarse. Y había algo entraño en los suyos, una exclamación ahogada que no comprendí...

Hasta que me di la vuelta y observé los ojos despiadados de la tía Úrsula, que roja de ira ante la muerte de su señor se lanzó contra mí con su puntiaguda daga en la mano. Yo grité, pero ya era tarde. Nuevamente tarde...

Cerré los ojos... Esperé mi momento... Me pregunté qué me esperaba más allá... Me pregunté si vería a mis padres... Me pregunté si ya estaría muerta...

Y entonces, desconcertada y aterrada a la vez, abrí los ojos.

Jamás, jamás en toda mi vida pude olvidar aquel momento, ni a aquel ensangrentado Edmond que yacía a mis pies, con el rostro mortalmente pálido, mirándome con sus últimas fuerzas... su último hálito de vida, dedicado a mí.

—¡¡Edmond, no!! Grité, dejándome caer junto a él, sin poder creerlo.

—Es inútil, Aurora... Aurora, déjalo...

—¡No, no dejaré que mueras, Edmond! Yo soy la que tenía que ser sacrificada en todo esto, no tú...! —le gritaba histérica mientras notaba su pulso, ya una breve vibración bajo mis manos.

Y de repente mis ojos se detuvieron en los suyos, unos mares mansos que caminaban hacia mí, tan bellos como el primer día, pero mucho más distantes, como el destello de la luna en el mar, hermoso pero tan lejano...

—Te...tenías razón, Aurora. Mentía —dijo él de repente, con voz quebrada que resonaba en mis oídos—. No te ayudaba solo por divertirme, por mera curiosidad o por el dolor que me causase tu pérdida. Lo hice porque... porque he vivido en un mundo que creí siempre lúgubre... creí que nada nuevo sucedería ante mí para cambiar mi destino... y entonces, entonces apareciste tú, Aurora, como una estrella en medio de una noche rapaz. Tú —esbozó una débil sonrisa, una sonrisa capaz de partir un alma. Jamás vi algo tan bello en el mundo—. Gracias a ti, Aurora... mi vida no ha sido tan insensible como yo pensaba... tú me has ayudado a ver qué había más allá de ella... Te amo, Aurora, y lo haré siempre, en esta vida y en todas las que pueda encontrarme, por mucho que una parte de ti no pueda corresponderme —sentí que una lágrima descendía por mi rostro, mientras sentía ganas de abrazarme a él y decirle que aquello no era cierto...— Y... ahora que sé lo que es el amor... sé que no es culpa tuya





quién hayas decidido alojar en tu corazón, ve tras él, mi querida Aurora... corre tras las llamas... –sus palabras fueron haciendo salir mis lágrimas, con un dolor tan intenso en mi corazón que ya no fui consciente de la tensión del aire que nos rodeaba, de nada, excepto del pálido rostro de Edmond bajo mis brazos. Aquel era el primer mortal que sonreía ante la muerte, como me había sonreído tantas veces aquel joven de mirada risueña y valentía inquebrantable.

Aquel que siempre sería mi amor perdido, mi gran amigo, mi esperanza... mi fiel y eterno Edmond.

X. EL MEJOR DE LOS REGALOS

Se había ido. No podía creer que aquello estuviera sucediendo...

–¡Niñato insolente! –me sobresaltó, como un lejano eco la voz de tía Úrsula, que miraba diabólica el cuerpo de Edmond, que aún rodeaba con los brazos– ¡Atreverse a rebelarse contra su padre, contra quien se lo dio todo! pero... creo que al menos esta muerte te ha servido de merecido –rió ella, y su mirada de absoluto desprecio, no solo contra mí sino también contra Edmond, me rebeló algo mucho antes de lo debido–. Era tan predecible tu amigo en su obstinado amor roto... el pobre indeseable ni siquiera pudo darse cuenta de a quién iba dirigido mi ataque –y con una risa maligna y la daga bañada con la sangre de Edmond aún entre las manos corrió entre las llamas.

No lo pensé. No dudé. Recogí la espada de Edmond del suelo y fui tras ella, tras el eco de su divertidas carcajadas frías y rapaces como el cantar del infierno, lo que recuerdo con toda claridad era la necesidad tan desmesurada que tenía de liberar toda mi ira, todas las lágrimas que aún no había podido derramar contra aquella arpía con traje humano.

De repente me paré en seco frente a la sala en la que un día, Edmond y yo, encontramos el rastro de unas dulces notas perdidas, y al otro lado del fuego tío Bruno los miraba a todos con una sonrisa tan ancha como la de un lobo fiero viendo enloquecer a su presa.

Pero mi atención no estaba en él ni en su esposa sino en un alma conocida, una por la que únicamente me seguía pareciendo necesaria la mera acción de respirar, una con traje de plata y ojos capaces de resaltar entre las densas tinieblas que nublaban mi mente, una capaz de hacer que en medio del horror mi corazón vibrase por algo muy distinto... Alastair.





Casi no me había dado cuenta de que corría hacia él, que estaba intentando mantener a las dislocadas almas fuera del contacto del fuego; aquello debía debilitarlas.

Pero al igual que el de ella, su rostro ya se había alzado al percatarse de su presencia. Él parecía más sólido que las demás almas, pensé, pero pronto terminaría como ellas...

–¡Aurora! ¿Qué haces aquí? ¡Es peligroso, Rothschild está aquí y...!

–Rothschild está muerto –dije–. Es largo de contar pero... pero... Edmond... él lo ha matado. Y después... mi tía.... –al notar mi voz quebrarse levemente, el pobre Alastair pareció contener el impulso de alargar los brazos hacia mí en un consolador abrazo. Pero aquello no era posible. No lo era.

–Lo siento. La pérdida es dura, aunque estés hablando con una de ellas –me dijo. Parecía el líder de una tropa enloquecida. Un auténtico guerrero en su última batalla.

–Al menos él ha sido capaz de hacer honor a lo que sentía, a no tener miedo... pero yo aún no he podido afrontarlo, Alastair. Y por mi culpa él... todos vosotros...

–Nosotros no importamos –la voz del joven era fría–. Somos meros retazos de aire que se debieron disolver hace mucho tiempo, recuerdos que nadie quiere ver. No somos nada, y aun así, aunque nuestra humanidad ya quedó perdida, seguimos conservando su extraño instinto de supervivencia.

–Creo que vosotros lo llamáis ironía –incluso entonces, Alastair sonreía, sonreía de una forma amarga y hermosa, como ya siempre haría–. Pero tú si tienes vida, Aurora. ¡Sal de aquí, corre junto a tu hermano y confía en que nosotros acabemos esto! Vete de aquí y no vuelvas.

–¡No! –me rebelé– ¡No pienso hacerlo! Tú mismo lo has dicho Alastair, yo soy vida. Eso es lo que necesitáis vosotros, lo que consiguió mi madre. Yo soy la cura –le dije, y por un momento una curiosa duda brilló en sus ojos.

–Pero... las llamas ya han consumido la mitad del ala, hay más de doscientas almas consumidas, necesitarías dar demasiado poder...

–Edmond dio su vida por algo que creía perdido –le dije–. Esto empezó conmigo, y conmigo debe acabar. Y ni tú ni nadie va a impedírmelo, Alastair.





Y corrí hacia el centro de la sala, mientras Alastair me gritaba réplicas, una y otra vez, frustrado por no poder tocarme y sacarme de allí. Ya no le oía. De repente, las palabras de mi cruel tía fueron por primera vez de gran ayuda, alegrándome del daño que pudieran causarle: “Muéstranos tu alma... dale rienda suelta, despójate de todo lo malo...”

Y yo me concentré, cerrando los ojos. Busqué, busqué entre las capas de mi dolor, entre las puertas de mis penas y mis antiguas alegrías, busqué tras el latir de mi corazón... y lo encontré. Era diminuto, tanto que hubiera sido menos que el destello de cualquier estrella. Una pequeña llama sin nombre, una pequeña liberación que reflejaba mi rostro.

Recordé a mi madre, que tanto había luchado para conseguir su objetivo.

Y dejé que mis propios sentimientos, los más dolorosos y los más alegres, los más desconcertantes y los más oscuros me invadieran, de una manera tan asfixiante, que me hizo ahogar un exhausto grito. Abrí los ojos. Alastair, las almas, e incluso mis tíos, que hasta entonces se habían mantenido lejos, se habían acercado al lado opuesto del límite del fuego para mirarme con ojos desorbitados.

–Aurora... brillas... –susurró Alastair, mirándome con ojos muy abiertos.

Y comprendí que esta vez no lo decía en sentido figurado...

Mis ojos eran dos llamas verdes, donde antes solo hubo ceniza, y todo mi cuerpo irradiaba electricidad, la electricidad de un alma mayor que la de ningún otro –¡Formad el círculo! –gritó Alastair a sus almas– ¡Corred, antes de que el fuego se propague! –mis tíos parecían mirar su propio escudo de fuego con rabia.

Notando pequeños calambres de furia en mi cuerpo, observé los rostros de las almas, sucias y blanquecinas, y de la pequeña Sara, con el violín en la mano. Se cogieron de las manos, y fue como si pudiera sentir toda su fuerza sobre mí, llamándome, hambrientas... –¡No tenemos mucho tiempo! –gritó Alastair, el único que se había mantenido a mi lado– Confío en ti, brillante Aurora –me dijo él.

Apreté los ojos, y encontré la llave de aquel poder, fluido por el de las auroras. Y lo dejé salir, libre, como un torrente de caluroso y gratificante fuego, pequeños pedazos de mí, desprendiéndose de mi





cuerpo invadían el lugar. Era como si cada aliento de aire se condensara a mi alrededor, uniéndose a aquella luz cegadora, como si el dolor se transmitiera con ella...

En medio de todo aquello, encontré algo que fallaba. Aun con la luz saliendo de mí, abrí los ojos. Las almas que me rodeaban estaban cada vez menos pálidas, cada vez más sólidas, excepto Alastair.

Alastair, la verdadera causa de todo mi esfuerzo, seguía ante mí, cada vez más pálido, cada vez más traslúcido, tanto que mi luz se quebró un breve instante.

—¡Alastair! —le llamé, mientras que su piel se volvía de aire.

Él sonreía, triste pero maravillado. No recuerdo haber visto jamás aquella extraña combinación en la sonrisa de otra persona.

—Mi brillante Aurora, qué orgullosa estaría tu madre. Su esfuerzo ahora reposa en tí. Eres más de lo que nos merecemos —su voz llegaba hasta mí como un eco extraño.

—Alastair... ¿qué estás haciendo? ¿Por qué no te alimentas de esto?

—Porque ese ya no es mi destino, Aurora. Tú, con tu luz eterna, me has dado otro, muy lejos del camino de los olvidados. Me has dado aquel del que nunca debí desviarme.

—No Alastair... no puedes hacerme esto... —grité, con lágrimas en los ojos—. Si tú te vas... si lo haces será como si esto no hubiera servido de nada... no si tú no estás conmigo.

—Aurora... —susurró como si repetir mi nombre le proporcionara una extraña fuerza— Tú has sido capaz de darme todo lo contrario. Gracias a ti ya no tengo que permanecer aquí. Tú me has enseñado qué es el verdadero dolor, tú me has enseñado qué es el verdadero amor, ese para el que no hay explicación. Tú me has dado la oportunidad de ser un alma libre, fuera de los límites enjaulados de este mundo...

—Pero si tú te vas... ya ni siquiera podré verte, las lágrimas cruzaban mi rostro... Alastair se acercó a mí.

—No llores, brillante Aurora, ninguna estrella debe estar triste. No me merezco tus lágrimas —nuestras miradas se cruzaron tan cerca y tan distantes que era casi doloroso—. Esto no es el final, Aurora... esto solo es un paso.





Tu vida es algo vano comparado con el tiempo infinito que podremos pasar juntos, y entonces tendrás muchas cosas que enseñarme de esta extraña experiencia que es la existencia. Has sido capaz de avivar un alma muerta, Aurora, sabía que entonces se cerrarían las puertas.

Retuve las lágrimas, y miré fijamente a mis ojos reflejados en los suyos.

—Te lo prometo, Alastair. Te prometo que no habrá un solo día de mi vida que no te recuerde, y que disfrutaré de ella como si estuvieras conmigo —alargué la mano hacia la suya, el destello de ambas uniéndose en una lejanía inalcanzable...—. Porque tú me has enseñado que aunque todo parezca perdido... a veces surge una estrella —él sonrió.

Había tantas cosas que hubiera querido decirle... tantas formas distintas de despedirme de mi eterno guerrero que ya nunca sería olvidado...

Pero todo lo que ambos pudimos decirnos quedó en la última mirada de sus ojos, mientras empezaban a clarear en el aire, como dos luceros perdidos en la noche... y aquel misterioso guerrero perdido se desvaneció, aquel caballero de valentía impoluta y mirada electrificante que ya sería eternamente recordado.

EPÍLOGO

SOLO EL PRINCIPIO

El sol se derramaba sobre las casas de Francia, como un gran manto dorado, tiñendo de un extraño destello nuestros ojos. Miro a mi alrededor y la gente sonrío. Ama Lucha se afana en lo que siempre hizo, sigue la rutina de su vida, la gente...vive.

Quizás hay cosas que son más poderosas que nuestro propio entendimiento, así que ya hace mucho que me negué a intentar buscar una respuesta.

Me lo imagino observando junto a mí aquel cuadro de felicidad que siempre deseo ver.

—¡Aurora! —me llamó de repente la voz de Ángel.

Me sentí débil, como una estatua de hierro oxidada con el paso del tiempo, cuando fui a sentarme a su lado.





–¿Por qué no vienes conmigo alguna vez allí? Sara ha cambiado, aunque siga siendo una niña para siempre, fue su elección. Eligió permanecer en el que siempre fue su hogar.

–Sabes que no puedo volver allí.

–Estaba pensando en los tíos –dijo él de repente–. ¿Qué crees que les pasó?

¿Siguen escondidos en algún lugar remoto?

–Ángel, si nuestros tíos siguen siendo quienes eran, juraría que jamás obtendremos respuesta a eso.

–Por cierto, Edmond me ha dicho que su campaña a favor de los derechos humanos no le está resultando nada mal en Alemania –Edmond había sido el elegido por Alastair para cederle la vida que le hubiera correspondido a él. Edmond de nuevo había sido una de mis causas para seguir adelante. Alastair le había cedido la vida que yo le proporcioné con la cura.

Al final, cuando la noche me cubrió por fin con sus fríos vientos y sus bellos resplandores de cuento, me encaminé sin darme cuenta frente a aquel lugar perdido, que siempre sería el escenario de mis recuerdos.

Me quedé mirando, recordando al guerrero silencioso.

Me asusté... algo extraño sucedía.

–¿Dónde estás? –dije.

–A tu lado.

–He estado esperando este momento toda mi vida, no me importa que se haya terminado.

–No, mi brillante Aurora. Esto solo es el principio.

NOTA SOBRE EL LIBRO

La familia Rothschild existió realmente en Francia en el siglo XIX. El padre, James Mayer de Rothschild, como se refleja en el libro, jugó un papel fundamental en la construcción de ferrocarriles y minas, y también estableció la importante compañía De Rothschild Freres en París. Tuvo tres hijos, entre ellos Edmond James de Rothschild, que estuvo muy involucrado en la filantropía y en las artes de su época. ■





La familia es lo más importante

Marisa Mallenco Anguita

CÓRDOBA

ÁCCESIT. RELATO 10-20 AÑOS

PRÓLOGO

Las calles estaban desiertas, excepto por una mujer rubia que corría con la respiración entrecortada en mitad de la noche, con el rostro sonrojado.

El eco de sus pasos resonaba en sus oídos como si fueran disparos. Notaba cómo el sudor se perdía entre sus destantaladas ropas. Entonces tropezó y se cayó al suelo. La acera estaba resbaladiza por la lluvia de horas antes y vio sus ojos azules reflejando pavor en las turbias aguas estancadas. Se levantó dejando caer unas lágrimas y siguió sin mirar atrás. Dejando solo paredes húmedas y frías como el aire que le azotaba en la cara al correr.

La chica se adentró en una avenida iluminada tenuemente por farolas medio fundidas. Parecía una escena de terror de las películas que a los jóvenes tanto les gustan, aunque para ella era un juego del destino cruel y despiadado. Observó cómo varias personas se acercaban unas a otras y se apresuraban en regresar a casa, temerosos de los peligros que se ocultaban en la oscuridad.

Las siluetas la atormentaban de tal modo que saltaba incluso al ver su propia sombra. Intentó no dejarse dominar por el pánico que sentía porque estaba haciendo que le hormigueasen los dedos y se le revolviere el estómago.

Llegó a las puertas de un orfanato. Los goznes de la cancela chirriaron rompiendo la tranquilidad. La joven antes de entrar miró a ambos lados para asegurarse de que no la seguían. Las grietas del camino de piedra le impedían avanzar más rápido, puesto que no quería correr el riesgo de torcerse un tobillo. Subió los escalones que la separaban del portón y pulsó el llamador que tenía forma de lobo. Nadie respondió, las luces del interior siguieron apagadas como si allí no viviese nadie.





Desesperada rodeó el edificio y golpeó repetidamente con fuerza la puerta trasera. Después de unos minutos en los que los golpes no cesaron, abrieron la puerta derramando la luz al exterior dejándola ciega unos instantes.

—¿Quién llama a estas horas? —dijo enfadada una mujer mayor que tenía el pelo blanco recogido en un moño alto y que vestía únicamente un camisón rosa.

—Soy Blanca, necesito hablar con la hermana María —respondió apresuradamente—. No tengo mucho tiempo.

—No sé quién es usted, pero la hermana María no se encuentra ahora mismo. Salió de madrugada a hacer unos recados y no la esperamos hasta dentro de dos días —informó la anciana clavando su mirada penetrante por encima de sus gafas—. Así que puede contarme a mí lo que desea y yo se lo comunicaré cuando llegue.

—No hace falta, le dejaré una nota —contestó Blanca— ¿Puede prestarme lápiz y papel?

—Claro, adelante, pase —dijo la anciana malhumorada—, pero dese prisa que tengo que levantarme temprano y me gustaría descansar aunque sea unas horas.

En unos minutos Blanca escribió la carta y se la entregó a la vieja.

—Es muy importante que se la entregue nada más llegar —aclaró Blanca mientras abría la puerta— y muchas gracias por recibirme.

La puerta se cerró dejando a la anciana, ahora curiosa por esa extraña visita a altas horas de la noche, con la carta en la mano e inmediatamente comenzó a abrirla.

La muchacha cruzó la calle notando que la seguían. En un giro se adentró en un callejón oscuro. Había una escalera de incendios justo al lado de unos grandes contenedores verdes y un gato que la miraba con los ojos ambarinos brillando, astuto, y que parecía estar burlándose de su inteligencia. Al final de la estrecha calle distinguió una verja, era un callejón sin salida. Se tapó la boca ahogando un grito de terror mientras sentía que se le iban helando las venas y cayó raspándose las rodillas contra el cemento. No sintió el dolor por la adrenalina que aún estaba presente en su cuerpo.

—Van a matarme —pensó.

La luna iluminaba el cielo sin estrellas, lo que le permitió observar cómo un hombre se acercaba despacio quedando su rostro oculto entre las sombras.





- Horas antes en la otra parte de la ciudad -

Un anciano yacía moribundo en una cama con su cara cenicienta alumbrada bajo los candiles de unas velas para no dañarle la vista ya maltrecha. Su rostro demacrado y enfermizo tenía un tinte amarillento como los pergaminos viejos que se usaban hace siglos. Las cuencas de los ojos estaban hundidas, resaltando los huesos de sus pómulos, dándole el aspecto tétrico de una calavera.

Un joven alto y recio con el pelo negro posó sus cálidos ojos en el anciano. No le quedaba mucho tiempo de vida. Podía decirlo por los rastros de pelos canosos y grasientos que se le pegaban a la frente o por las gotas de sudor que perlaban su débil cuerpo debido a la fiebre. Los murmullos de detrás de la puerta rompían el sonido del crepitar del fuego de la chimenea.

—¿Por qué pasa esto?... —decía una voz ronca.

—Deberíamos de hacer... —decía una segunda voz, temblorosa, que parecía de mujer.

—Ni lo penséis, tienen que dar la orden si no podríamos meternos en problemas —cortó una tercera persona de forma tajante.

Las palabras inconexas hacían aún más denso el ambiente dentro de la habitación, que se encontraba en silencio. Las marcas de hematomas eran visibles entre las ropas del anciano que apenas levantaba el pecho lo suficiente para respirar y emitía unos pequeños jadeos como si se estuviera ahogando con su propia sangre.

El joven tensó la mandíbula y mantuvo a raya el ardor de sus ojos, tragando saliva para mantener la compostura. Entonces unos débiles golpes se escucharon y el hombre giró la cabeza hacia la puerta que comenzó a abrirse lentamente.

Una mujer vestida de sirvienta, con un delantal blanco, pasó al interior y cambió el paño que el viejo tenía en la frente haciendo que unas gotas de agua mojaran la almohada. Se marchó realizando una reverencia al joven, que solo inclinó un poco la cabeza reacio.

De repente los ojos del anciano brillaron con inteligencia, dejando de estar borrosos, y se alejaron por unos instantes de la demencia.

—Matadla —dijo el viejo para después comenzar a toser compulsivamente. El joven se acercó a su lecho y le sujetó con ternura la espalda. Paró de toser y por la comisura de sus labios resechos descendió un hilo de sangre mientras el hombre ya solo sujetaba un cadáver cálido que pronto estaría frío.

DIECISÉIS AÑOS MÁS TARDE

El despertador comenzó a sonar con el sonido molesto de una pelota al rebotar contra el suelo. Una muchacha empezó a dar vueltas en





la cama enredándose aún más entre las sábanas. A través de la puerta llegaron amortiguadas las palabras: vamos levántate o llegarás tarde a clase. La chica refunfuñó algo que sonaba a cinco minutos. De repente, la puerta se abrió y una mujer morena gritó: ¡FUEGO!

La joven se levantó de un salto como movida por un resorte. Tenía los ojos azules abiertos con horror y la boca entreabierta. Entonces la morena comenzó a reírse.

—No ha tenido gracia, mamá —dijo la chica de ojos azules, malhumorada, que tenía las mejillas teñidas de rojo.

—Pero cariño, si no hacía eso nunca te ibas a levantar —respondió la madre—. Así aprenderás para la próxima.

—No me lo puedo creer —murmuró la muchacha.

—Vamos, Ana, no atosigues a la niña —dijo un hombre alto y desgarbado con una sonrisa en la cara—. Por cierto, Vanessa, te ha llamado Carlos. Estará abajo para recogerte en unos —miró al reloj y luego guiñó el ojo a su hija— cinco minutos.

—¿Qué?, ¿por qué no lo has dicho antes? —preguntó Vanessa alterada—, que tengo que vestirme.

En cuanto sus padres salieron de la habitación comenzó a vestirse, se colocó unos vaqueros azules que tenía en la silla y una blusa verde. Fue corriendo al cuarto de baño y se miró al espejo. Tenía el pelo rubio desordenado y las puntas abiertas, tendría que ir pronto a cortárselo. Se maquilló y pintó las uñas en un tiempo record. Bajó a desayunar y Carlos ya estaba esperándola sentado en la encimera.

—Por fin baja la princesa —gritó en alto—. Su banquete le espera y más adelante su carruaje —sentenció burlesco haciendo una reverencia.

—Cállate idiota —dijo Vanessa mientras cogía unas tortitas—. Tú tardas más que yo y además acabo de levantarme.

—Qué poco me quieres Nessa —dijo pretendiendo estar dolido—. Tú sabes que tardo más para poder estar así de impresionante cuando conozca al hombre de mi vida —aclaró señalándose.

Él tenía el pelo moreno desaliñado que le llegaba hasta los ojos, que eran de un color verde intenso. No era muy musculoso pero sí estaba bastante definido gracias a las clases de judo. Aún conservaba el bronceado de haberse pasado el verano en la playa. Pero para Vanessa era como un hermano, se conocían desde preescolar y habían sido los mejores amigos desde entonces.

—*Tigue sotando* —dijo Vanesa con la boca llena de comida.

—Siempre te pasa igual —resopló Carlos moviendo la cabeza— si alguno de los chicos que se te declaran te vieran con este aspecto...





–No lo harán –respondió resuelta levantándose a dejar los platos–. Solo tú conoces a la verdadera Vanessa. Siéntete afortunado, Charlie –terminó la frase guiñándole un ojo.

Carlos solo volvió los ojos y dejó pasar el tema.

–Mamá, Papá, nos vamos –gritó Vanessa–, que os vaya bien en el trabajo.

Sus padres aparecieron en la entrada.

–Gracias, cariño –respondió su padre dándole un beso en la frente.

–Que tengas un buen día –declaró su madre abrazándola.

Los dos le dieron dos besos a Carlos y ellos se fueron andando al instituto que no estaba muy lejos. Solo a unas manzanas de distancia de la casa de Vanessa.

Mientras andaban comentaban la película que vieron el fin de semana pasado. Estando en la playa con sus amigos hicieron una apuesta: si Carlos hablaba con un muchacho que estaba jugando a las palas y le invitaba a salir, Vanessa tendría que ir con él a ver una película de miedo de esas que tanto odiaba, pero si ella ganaba él tendría que ver una de acción.

Carlos estaba nervioso así que cuando se acercaba no prestó atención a un cubo que un niño había dejado en la arena y tropezó cayendo directamente a los brazos del chico. Hablaron unos instantes en los que el chico parecía animado, gesticulando de forma exagerada, y después regresó.

Carlos dijo que tenía la cita y cuando le preguntaron cómo la consiguió no pudieron dejar de reírse de él. Al parecer al muchacho le había hecho gracia que Carlos fuera tan torpe como en los cómics que leía de superhéroes, así que le invitó a una convención de manga para que fueran disfrazados de Batman y Robin. Como imaginaban Carlos sería Robin. Aunque esto hizo que Vanessa tuviera que ver *Rec* y no pudiera pegar ojo en toda la noche.

Los dos amigos en ese momento entraron al instituto y se detuvieron en sus casilleros para recoger los libros. En ello estaban cuando dos muchachas se acercaron.

–Vanessa, Carlos, ¿habéis visto al nuevo? –preguntó exaltada la chica bajita rebotando sobre sus pies.

–Tranquilízate Sonia, a ver si va a pasar y nos va a oír –dijo la segunda chica que era lo opuesto a la anterior. Ella tenía el pelo rojo y pecas en la cara además de que le sacaba varias cabezas de altura.

–Déjala que se emocione, Vero –regañó Carlos–, para una cosa interesante que pasa en el instituto.





–Tampoco es para tanto, chicos –dijo Vanessa–, que solo es un chico nuevo.

Las dos se miraron con una sonrisa maliciosa.

–No dirías eso si lo hubieras visto –sentenció Sonia–. Ya nos dirás en la comida si opinas lo mismo –y arrastró a Vero hasta su clase.

Vero y Sonia estaban comenzando el bachillerato de letras mientras que Vanesa y Carlos estaban acabando el de ciencias. Hace dos años fue el último curso que compartieron clase. Por una parte a Vanessa le entristecía pero por otra se alegraba. Ella quería mucho a sus amigas y se lo pasaban muy bien todos juntos. En más de una ocasión les habían llamado la atención por hablar en medio de una explicación, aunque aún no sabe cómo lo sabían si estaban susurrando y a veces ni ella misma se enteraba de lo que le decían estando tan cerca.

Pero se alegraba porque necesitaba momentos a solas con Carlos, ya que con él podía ser más libre. No tendría que fingir tanto interés en algunos temas o retenerse a la hora de responder en clase.

Vanessa a pesar de estar entre las más populares junto a sus amigas, no era tonta. Ella podía sacar buenas notas casi sin proponérselo. Había estado actuando como se esperaba de ella, sacando notas bajas, pero ya estaba harta y este año iba a cambiar.

Vanessa había tenido más de una discusión con Carlos sobre el tema y al final le iba a hacer caso, este curso sería ella misma aunque sin la parte de hablar con la boca llena.

Perdida en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que habían llegado a clase hasta que Carlos le dio un codazo señalando dos mesas que había juntas en mitad de la clase. Justo cuando se sentó se volvió para hablar con Carlos, Vanessa se dio cuenta de que el chico nuevo había tomado su lugar.

Él era alto, le sacaba a Vanessa varios centímetros. Tenía el pelo rubio ceniza un poco más claro que el de Vanessa y los ojos marrones. Se notaba que hacía deporte porque tenía definidos los músculos al igual que Carlos. Su rostro era muy apuesto.

–Perdona pero iba a sentarme con Carlos –dijo Vanessa señalando a su amigo que estaba al lado de él parado sin saber que hacer– ¿Te importaría cambiarte?

–Aquí no está escrito su nombre –dijo el muchacho mirándola con una sonrisa socarrona– y no quiero cambiarme, a tu amigo no le importará sentarse por un rato en otra mesa así podríamos conocernos ya que soy nuevo y aún no he hecho amigos.





–Si le importa, mejor voy con él a buscarnos un sitio –replicó Vanessa comenzando a levantarse pero una mano la detuvo.

–No pasa nada Vanessa –dijo Carlos–, de todas formas ya no quedan dos sitios juntos, siéntate con él.

Carlos se alejó sentándose en las mesas del final. El chico de al lado de Vanesa parecía apunto de hablar.

–Cállate –le cortó Vanessa–, no quiero escucharte, no sé a qué estarás acostumbrado pero no vas a conseguir salirte siempre con la tuya.

Una sonrisa pareció alcanzar sus ojos que brillaban con picardía como si solo él entendiese la broma.

–No sé de qué estás hablando, solo quería disculparme –dijo el muchacho ahora más serio– y además no me he presentado, me llamo...

El chico se vio interrumpido por la llegada de la profesora que mandó a todos callar.

–Todos pasaréis el resto del curso sentados al lado de vuestro compañero, con el cual haréis un trabajo de investigación –informó la profesora–. Abrid el libro y leed la página ocho –anunció mientras colocaba sus pertenencias en el escritorio.

“Las neuronas transmiten los impulsos eléctricos que se transforman en información. En estos procesos intervienen sustancias químicas que controlan y regulan el correcto funcionamiento del sistema nervioso. También estas sustancias producen el estado de enamoramiento, entre ellas son: la vasopresina, la dopamina y las feromonas [...]”

Vanessa dejó de leer cuando notó un trozo de papel junto a la mano. Miró de reojo a su compañero de clase y abrió la nota.

Al parecer la profesora no me ha dejado presentarme :(Me llamo Adrián, sé que estás enfadada conmigo por no haberte podido sentar con tu amigo pero la verdad es que te quería para mí solo. Desde que te he visto me has intrigado :)

A Vanessa se le escapó una sonrisa que no pasó desapercibida para Adrián.

Ni siquiera me conoces, quizás pienses que puedes conquistarme con palabras bonitas y me tendrás como a las demás pero no es así. Soy más que mi apariencia :P

Sé que no eres como las demás sino hubieras caído con solo verme.

¿Te lo tienes muy creído no?

De repente escuchó carraspear a la profesora y levantó la cabeza del papel.





–Señorita parece que prefiere pasar notas en vez de atender en mi clase –dijo la profesora– ¿Quieren enseñarme qué era más importante que la lección? –preguntó alternando la mirada entre Vanessa y Adrián.

–No era nada, profesora –respondió Vanessa fingiendo calma y escondiendo la nota–. El tema del sistema nervioso me parece muy interesante.

–Sí, así es –dijo Adrián–, hemos estado comentando que haremos el trabajo sobre esto.

Su mirada los evaluó, se notaba que no los creía.

–De acuerdo, si es eso verdad contésteme a esta pregunta señorita Díaz –sentenció la profesora – ¿Qué es la codificación y decodificación?

–La codificación neuronal es lograr entender como las neuronas responden a una gran variedad de estímulos, y construir modelos precisos que intenten predecir las respuestas de otros estímulos. La decodificación neuronal es lo contrario, desde la respuesta al estímulo, y el reto es reconstruir un estímulo, o ciertos aspectos de este estímulo, desde la secuencia de picos que este causa.

La profesora quedó sorprendida por la respuesta. Ella sabía que los dos alumnos no habían estado prestando atención.

–¿Puede hablarme de la carga de las membranas en las neuronas, señorito García? –dijo centrándose en el muchacho.

–La verdad es que no lo recuerdo –respondió Adrián–. No tengo tanta memoria como mi compañera.

–Está castigado, nos veremos después de clases –dijo la profesora–. Usted se ha salvado esta vez, Díaz.

En ese momento sonó la campana marcando el final de la clase.

–Bueno ya nos vemos por ahí –dijo Vanessa al terminar de recoger sus cosas, un poco incómoda ya que solo él había sido castigado por pasar notas–, y siento que te hayan castigado.

–No pasa nada no es nada nuevo –dijo Adrián encogiéndose de hombros–. Y lo estaré esperando –sentenció el muchacho refiriéndose a lo de verse más tarde.

Vanessa asintió y se marchó de la clase. En la puerta estaba Carlos apoyado, esperándola.

–Vaya, te has salvado por la campana, nunca mejor dicho –sonrió Carlos pasándole el brazo por el hombro–. Tus dotes de genio te han ayudado.

Vanessa solo respondió con una sonrisa.

–Al final parece que te cae bien el chico nuevo –pronunció Carlos como si nada.





Vanessa gimió. Sería un día muy largo.

Varias horas más tarde estaba en el comedor con sus amigos y Carlos acababa de contarles lo que ocurrió a primera hora con Adrián. Sonia y Vero estaban radiantes mientras que Dani solo quería saber una cosa.

–¿Creéis que se unirá al equipo de fútbol? –preguntó Dani.

–Espero que lo haga, así tendrás con quien hablar de fútbol –mencionó Carlos.

Dani le golpeó el hombro de broma.

–Entonces, ¿has cambiado de opinión, no? –preguntó esta vez Sonia mientras daba vueltas a sus espaguetis.

–No, no me retracto de lo que dije –declaró Vanessa–. Es guapo pero su personalidad es un poco engreída.

–Sí que eres difícil de contentar –resopló Vero que aún no había tocado su plato.

–¡O tú demasiado fácil! –exclamó Vanessa sacándole la lengua.

–Serás zorra –dijo Vero con una sonrisa.

–Yo también os quiero –dijo Sonia tirándose para abrazarlas a las dos. Sabía que era la forma de bromear entre ellas.

–¿Y a vosotros os ha pasado algo interesante esta mañana? –preguntó Carlos curioso.

–Eduardo le propuso salir a Vero pero ella lo rechazó y Sonia exclamó demasiado alto que Laura ya no era virgen –dijo Dani moviendo la cabeza.

–Vamos, lo típico de ellas –dijo Carlos. Sonia y Vero le pegaron en la cabeza al mismo tiempo–. Tenéis que dejar de pegarme –susurró Carlos con una mueca frotándose la cabeza.

–Te lo merecías –dijo Vanessa riéndose.

Cuando acabaron la comida, Carlos y Vanessa se dirigieron a su última clase del día, biología.

Una vez que entraron en el laboratorio se sentaron en las mesas del final. Tenían microscopios, portas, probetas y utensilios de sutura. Habían llegado temprano esta vez para que no les pasase como a primera hora.

–Espero que no nos toque diseccionar animales –dijo Vanessa haciendo una mueca.

–A veces no sé por qué has elegido ciencias –resopló Carlos.

–Todo no se basa en abrir animales –replicó Vanessa–. A mí me gustan más los estudios con bacterias y virus en el laboratorio, enfocado más a la biomedicina.

–Pues yo me conformo con ser botánico –respondió Carlos.

No pudieron seguir hablando porque entró el profesor. Así que miraron al frente. Vanessa se dio cuenta de que Adrián estaba unas mesas





a su izquierda observándola y cuando ella lo miró él le sonrió y dijo moviendo los labios pero sin hacer ruido: hola.

–Bienvenidos a mi clase –dijo el hombre con una sonrisa y los ojos brillantes por la emoción–. Soy el profesor Gallardo, hoy realizaremos una disección a unas ratas que han sido cedidas por la Facultad de Medicina. El olor puede ser un poco fuerte así que si queréis podéis poneros máscaras. Voy a repartir las bandejas, una vez que hayáis identificado las partes podéis salir.

Vanessa suspiró y Carlos le dio un beso cariñoso en la mejilla para animarla.

Una hora más tarde estaban limpiando su zona del laboratorio, mientras que todos los demás se habían ido a casa. No sabían cómo se las habían apañado pero cuando comenzaron a rajar, la sangre salió a borbotones cuando debería haber estado congelada. Quizás la habían dejado muy cerca del mechero Bunsen y se había sobrecalentado o se habían equivocado al darles la rata y era una que había muerto recientemente.

El caso es que tuvieron que ir a las duchas de los vestuarios para ducharse y cambiarse de ropa. Al regresar casi todos se habían ido y el profesor les mando limpiarlo todo. Lo peor fue la vergüenza cuando la sangre les dio. De la impresión chillaron y todos se pusieron a reír, hasta Adrián.

Cuando terminaron de limpiar y de ordenarlo todo, se marcharon.

En el estacionamiento del instituto vieron un coche negro con los cristales tintados que tenía el motor encendido. Vanessa y Carlos se miraron con curiosidad, ambos pensando en los secuestros de las películas. De repente, la puerta trasera se abrió y Adrián bajó del coche caminando directamente hacia ellos.

–Hola, os estaba esperando –dijo resueltamente Adrián–. Me gustaría hablar un momento contigo Vanessa, a solas.

–No hacía falta que nos esperaras –dijo Vanessa con el ceño fruncido–, podías haber esperado a mañana. De todas formas lo que tengas que decir lo puedes decir delante de Carlos.

–Mi madre siempre me ha dicho que no deje para mañana lo que pueda hacer hoy –replicó burlesco Adrián–. Bueno no importa que esté, solo quería invitarte a salir esta tarde.

–Podrías haber sido igual de ingenioso esta mañana con la profesora –dijo Vanessa sonriendo– pero no voy a quedar contigo esta tarde.

–¿Por qué? –preguntaron Carlos y Adrián al mismo tiempo mientras Vanessa los miraba divertida.

–Tengo que ponérselo difícil, si no creerá que puede jugar conmigo –pensó Vanessa.





–Porque aún no te conozco lo suficiente, así que no sé si me gusta –respondió resuelta– pero vas por el buen camino.

Sin más, Vanessa se alejó dejando atrás a los chicos.

–No entiendo a las mujeres –susurró Adrián.

–Ya somos dos –dijo Carlos divertido–, por eso no salgo con ellas.

Adrián miró muy serio a Carlos analizándolo y luego sonrió.

–Por un momento llegué a pensar que os gustabais –afirmó Adrián.

–Qué va, somos como hermanos –negó Carlos–. Ahora sé por qué me mirabas mal.

Adrián tuvo la decencia de sonrojarse.

–Vamos Carlos, date prisa –gritó Vanessa a lo lejos– o te dejo atrás.

–Bueno, me voy que si no Nessa se enfadara conmigo –se despidió Carlos, volviéndose un instante–, por cierto a ella también le gustas.

Adrián sonrió viendo a lo lejos cómo los dos amigos se perdían en la distancia.

–Este curso va a ser interesante –pensó.

EN CASA DE VANESSA

Tenía la sala hecha un desastre, la ropa estaba apoyada en la silla y desperdigada por el suelo y casi todos los libros estaban en la mesa empujando al portátil que parecía a punto de caerse a la papelería. Los carteles que decoraban su habitación eran de sus películas y bandas favoritas. Los actores de Harry Potter, Los juegos del hambre y el Círculo estaban al lado de los cantantes de One Direction y The Wanted. Las estanterías no tenían ni un hueco libre, daba la impresión de que en cualquier momento cederían.

Vanessa se relajó en su cuarto después de terminar los deberes. Puso música no demasiado alta y comenzó a escribir poesía.

*Las miradas del destino se cruzan en el tiempo
indiferente a los oscuros sentimientos,
que surgen con más fuerza cuando miento.*

Vanessa se quedó con el lápiz suspendido en la mano observando con detenimiento los versos que había escrito pensando en los cálidos ojos de Adrián. No sabía por qué le atraía tanto. Ella sabía que los chicos como él están acostumbrados a tenerlo todo. Se le notaba en pequeños detalles. El anillo que tenía en el dedo, la forma en que pidió las cosas en la cafetería como si todos estuvieran para servirle o como cuando preguntó a un alumno dónde estaba la piscina para apuntarse al club de natación. Esos chicos no traían nada bueno, cuando se cansara lo intentaría con otra.





Solo de pensar en eso se le revolvió el estómago. Su móvil empezó a sonar sacándola de sus pensamientos. Vanessa se levantó y contesto al teléfono mientras se tiraba a la cama.

–Hola –dijo Vanessa– ¿Quién es?

–Hola, Vanessa –respondió enérgica Sonia– nunca miras quien te llama, la próxima vez podría ser un psicópata y tú tan tranquila.

–Sonia, yo no le doy mi número a todo el mundo –afirmó Vanessa conteniéndose la risa por las pegadas de su amiga.

–Ya pero yo sí, porque te llamaba para avisarte de que Adrián me pidió tu número esta mañana y se lo di –pronunció Sonia lentamente. Al oír solo la respiración de Vanessa al teléfono se asustó–. Lo siento, Nessa, ¿no estarás muy enfadada, no? Ha sido sin mala intención, es que es tan guapo y parece simpático, con el plus de que está interesado en ti. Pensé que no había nada malo ya que compartisteis notas esta mañana, aunque sé que a ti aún no te cae del todo bien, pero quizás es que empezasteis con mal pie... –dijo rápidamente Sonia casi sin detenerse a coger aire.

–Tranquila Sonia, no sé cómo no te ahogas –le cortó Vanessa–. No estoy mosqueada, solo sorprendida.

–Puf, menos mal, por un momento pensé que no me hablabas –dijo Sonia con la voz quebrada. Seguramente tendría unas lágrimas cayéndole por las mejillas ahora mismo.

–No te preocupes, de verdad Sony –anunció Vanessa en broma–, ya tendrás alguna manera de compensármelo.

Estuvieron un rato más conversando hasta que se hizo tarde y se despidieron para ir a dormir.

Justo cuando Vanessa estaba metiéndose bajo las sábanas, el móvil vibró con un mensaje: *Espero que estés pensando en mí, como yo estoy pensando en ti. Dulces sueños, Nessa.*

Al día siguiente Vanessa le contó a Carlos lo del mensaje de camino a clase.

–¿De verdad Nessa piensas que ese chico está jugando contigo? –dijo Carlos escéptico– por el mensaje deduzco que le gustas bastante.

–Le voy a dar una oportunidad –respondió Vanessa entrando por las puertas del instituto– voy a proponerle quedar mañana en una cita.

Carlos abrazó a Vanessa en mitad del pasillo y, al separarse, un chico chocó contra él.

–Mira por dónde vas, princesita –espetó furioso el chaval cogiendo a Carlos de la camiseta– la próxima vez te las verás conmigo.

–Déjalo, Chad –dijo Vanessa.





–De acuerdo –dijo Chad soltando despacio el agarre que tenía de Carlos–, pero a cambio deberías darme un beso.

–No –Vanessa se negó al instante.

–No te hagas la estrecha, sé por los rumores que ya estás con el nuevo –escupió Chad–. Solo has tardado un día, si eres tan fácil yo tardaré unos minutos.

Vanessa se indignó y le pisó el pie, haciendo que terminara de soltar a Carlos.

–Hija de... –Chad levantó la mano para golpearla.

–Te ha dicho que no –pronunció Adrián con la voz fría mientras sujetaba el brazo de Chad–. La próxima vez que intentes algo, yo no seré tan clemente, recibirás algo más que un pisotón –recalcó el muchacho haciendo énfasis en su persona.

El chico miró a toda la gente que había a su alrededor, no merecía la pena una escena. Ya se encargaría del nuevo cuando lo pillara a solas.

–No pasa nada, todo ha sido un malentendido –declaró Chad–. Nos vemos más adelante, Adrián.

El corro de personas que se había formado se disolvió en segundos. Dejando los amplios pasillos vacíos exceptuando a Vanessa, Carlos y Adrián. La campana sonó unos instantes antes indicándoles que ya llegaban tarde a clase.

–Gracias por tu ayuda, Adrián –dijo Vanessa.

–Sí, muchas gracias hombre –agradeció Carlos mientras le daba un apretón de manos.

–Pero, ¿por qué no te has defendido, Carlos? –preguntó Adrián que había notado su fuerza en el apretón.

–Ya tengo demasiadas faltas leves en el expediente –contestó Carlos–. Esto ya ha pasado antes.

–Deberías informar al director –dijo Adrián frunciendo el ceño.

–Ya lo hicimos –replicó Vanessa–. Si los profesores lo presencian, los sancionan pero si no lo ven no pueden hacer nada. Las reglas de no violencia tenemos que cumplirlos todos.

–Pero ¿algo tendrán que hacer, no? –insistió Adrián–. Además sería en defensa propia.

–Ellos dicen que están tomando medidas –acotó Carlos resignado– así que tenemos que esperar.

–Bueno, pues si necesitas ayuda estoy aquí, ¿de acuerdo? –preguntó Adrián observando cómo Carlos asentía– Lo mismo va para ti Vanessa.

Ella asintió también y los tres se despidieron para ir a sus clases.





A la hora del almuerzo, Adrián se sentó en la mesa con los amigos de Vanessa. Cuando esta llegó se acercó a la barra para pedir la comida. Había dos personas sirviendo: un hombre calvo y esquelético; y una mujer rellenita que tenía puesta una redecilla en el pelo. Por experiencias pasadas Vanessa sabía que lo mejor era que le sirviese la mujer, puesto que era más amable y rellenaba más los platos.

Estando en cola, vio como sus amigos se reían de alguna broma que Adrián había contado. Tenía ganas de llegar pronto a la mesa. Cuando se giró para observar cuánto le quedaba en la cola, se dio cuenta de que una chica cogía un pelo de su ropa y lo posaba en la comida que acababa de darle la mujer.

–Hay un pelo en mi comida –dijo con desprecio la chica– no pienso pagar por esto.

–Debe de haberse caído del aire, Victoria –dijo la cocinera. Unas gotas de sudor perlaban su frente–, no pueden ser míos porque llevo la redecilla.

–Pero no lo sabemos seguro –refutó Victoria.

El encargado llegó por el barullo que se estaba montando en la barra. Victoria le contó lo ocurrido.

–No se preocupe, señorita, lléveselo gratis –dijo el hombre con los labios apretados en una línea–. Ana, esto se te descontará de tu sueldo.

–Perdone pero no será necesario –replicó Vanessa–. Yo he visto como se le caía el pelo a Victoria desde su ropa.

–Bueno, asunto resuelto entonces –anunció el encargado más amable.

La chica le lanzó a Vanessa una mirada asesina antes de irse.

La cocinera rellenó aún más el plato de Vanessa para agradecersele, casi iba a rebosar. Pagó el dinero justo y se sentó con sus amigos de espaldas a la puerta de la cafetería. Desde esa posición veía a Victoria unas mesas más lejos. La chica estaba removiendo su comida, ignorando los intentos de sus amigos por animarla e intentar hablar con ella. Cuando levantó la cabeza y se dio cuenta de que Vanessa la miraba, se puso tensa y apretó la servilleta que tenía en una mano.

–Bueno, ¿qué ha pasado en la barra? –mencionó Carlos.

Vanessa rompió el contacto visual con Victoria y miró a su mesa. Sonia y Adrián parecían enfrascados en una conversación sobre coches, ella siempre había estado enamorada de los Lamborghini que tenían los famosos.

–Lo de siempre, Victoria siendo una idiota –suspiró Vanessa mientras sorbía su batido de chocolate.

–Como se junta con Chad algo se le pega –intervino Dani.





–Eso no tiene sentido, cabeza hueca –interrumpió Vero– si no por jugar al fútbol contigo... –se detuvo a mitad de la frase y lo miró de arriba abajo– bueno si tiene sentido.

Dani se quedó desconcertado un momento, mientras los demás nos reíamos. Cuando entendió la broma, él también sonrió.

–Con esto solo me has demostrado que te gusto –dijo Dani a Vero guiñándole el ojo, haciendo que la aludida se sonrojara.

Vanessa sabía desde hace tiempo que Vero estaba enamorada de Dani, pero es demasiado cortada para decírselo. Dani será el que dé el primer paso seguramente. Ellos bromeaban y se insultaban como dos niños de preescolar que no saben cómo demostrar que se gustan. Mientras seguían inmersos en la conversación Vanessa le hizo un gesto a Adrián para que se acercara. Este rodeó la mesa redonda en la que se encontraban y se agachó en cuclillas.

–¿Está todo bien, Nessa? –susurró Adrián cogiendo la mano de Vanesa entre las suyas.

–Sí, no te preocupes –dijo la chica nerviosa–, solo quería preguntarte si mañana quieres quedar.

Adrián sonrió enseñando los dientes, que eran tan blancos como los de los modelos que salían en televisión, a la vez que se le formaba un hoyuelo en la mejilla derecha.

–Me encantaría, Vanessa –respondió Adrián.

–Ya te mandaré un mensaje con la hora y la dirección –confirmó Vanessa.

–Estaré esperándolo –dijo Adrián besando su mano antes de soltarla.

Cuando Vanessa se giró para meterse en las conversaciones que tenían sus amigos, se dio cuenta de que solo Sonia se había percatado de lo que había pasado y estaba levantando los pulgares en señal de victoria hacia ella.

La penúltima clase de ese día era en el laboratorio. El profesor entró esta vez en el aula, portando pequeñas jeringuillas y tubos. Se le notaban unas pequeñas ojeras por debajo de los ojos y tenía el pelo más desordenado de lo habitual, pero seguía repartiendo los instrumentos en silencio. Una vez que hubo terminado se acercó al centro de la clase.

–No estamos aquí para perder el tiempo –dijo el hombre mientras se apoyaba en un pupitre y cruzaba las piernas, parecía enfadado–, si a alguien le da miedo la sangre y se marea o se pone malo que salga inmediatamente de clase porque hoy vamos a realizar las pruebas que determinan el tipo de Rh y el tipo de sangre que cada uno tiene.





Al terminar de decir estas palabras varias personas salieron de la clase llevándose consigo sus carteras.

—Os sacaréis cada uno dos muestras de sangre —continuó el profesor como si no se hubiese interrumpido—. Una de esas muestras la pondréis en la centrifugadora y en la otra depositaréis unas pegatinas en el interior del tubo y anotaréis el cambio de color, si se aglutinan es que los anticuerpos reaccionan y tenéis ese tipo de sangre —los observó unos instantes en silencio y exclamó— ¡¿a qué esperáis?! Comenzad.

Todos empezaron a moverse. Por grupos de dos, se colocaban unas gomas en los bíceps y abrían y cerraban las manos para marcar las venas. El compañero les clavaba la jeringuilla y sacaba un tubo, después lo desenroscaba y colocaba otro sin sacar la aguja. Al acabar, pegaban un trozo de algodón al brazo y era el turno del compañero.

Cuando todos los tubos estuvieron colocados en la centrifugadora, una máquina redonda que parecía una olla de presión gigante, esta empezó a girar los tubos a toda velocidad, separando los componentes de la sangre. Por otra parte, algunas de las pegatinas de los tubos comenzaron a tomar color, los glóbulos rojos estaban reaccionando a los anticuerpos.

Vanessa estudiaba detenidamente su tubo, esperando comprobar cuál de las pegatinas tomaba color. El primero en notar un cambio fue Carlos.

—La pegatina AB está tomando color —dijo él fascinado—, creo que tendré la misma que mi padre —comentó Carlos.

Vanessa estaba observando el cambio de color de una de las pegatinas, la que ponía A.

—No puede ser —murmuró confundida.

¿Cómo podía ser A? Su padre tenía el tipo B negativo, lo sabía porque más de una vez había oído comentar a su padre que su tipo era de los más corrientes en la donación y que su madre, que tenía miedo a las agujas, haría más bien en el mundo donando que él porque ella era del tipo 0 que valía para todos. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Sus padres no eran sus padres?

Por la cabeza de Vanessa pasaban las preguntas a toda velocidad. ¿Soy adoptada? ¿Por qué no me lo han dicho? ¿Quiénes son mis verdaderos padres? ¿Por qué me abandonaron? ¿En verdad quiero conocerlos? ¿Qué les voy a decir a mis padres?

Carlos al darse cuenta de que Vanessa se había puesto pálida, pidió permiso al profesor para salir a tomar el aire.

—Ya os dije que si tenáis problemas que salieseis —soltó el profesor malhumorado de forma brusca.

—No pensábamos que se iba a marear —dijo Carlos apretando los labios con crispación.





–No se preocupe profesor –intervino Adrián acercándose– yo me ocuparé de sus muestras y recogeré la mesa –acabó de decir la frase señalando el puesto de trabajo de Vanessa y Carlos.

–De acuerdo, Adrián –acotó el profesor Gallardo–, espero ver todo reluciente cuando acabe la clase.

Los chicos se miraron y asintieron como signo de agradecimiento.

Carlos ayudó a Vanessa que aún estaba blanca y que no había hablado durante todo el intercambio, pasándole el brazo por la cintura para que se apoyase en él. Al cerrar la puerta de la clase, Vanessa se estabilizó contra la pared y se fue deslizando hasta el suelo mientras las lágrimas comenzaban a deslizarse por su cara.

Carlos sin decir nada se sentó a su lado y la envolvió en un abrazo apretado. Los sollozos de Vanessa quedaron amortiguados en el hombro de Carlos, el cual trazaba círculos calmantes en la espalda de Vanessa.

Esta última temblaba en sus brazos por el esfuerzo de mantener bajo el sonido de sus sollozos. Con el pasar de los minutos, Vanessa se calmó y pudo ponerse en pie.

–¿Qué pasa, Nessa? –preguntó preocupado Carlos que tenía la camiseta manchada y arrugada.

–Lo siento por la camiseta –respondió Vanessa sin despegar la vista del suelo, no lo miraba a los ojos.

–Sabes que eso no me importa –resopló Carlos– ¿Qué es lo que ha pasado ahí dentro que te ha dejado en este estado? –comentó Carlos mientras caminaban por los pasillos a la salida.

Las luces parpadeaban intermitentes, produciendo sombras en los paneles de las paredes y dejando en penumbra la cara de Vanessa durante unos segundos.

–Soy adoptada –la voz de Vanessa sonó quebrada y vulnerable en medio de los silenciosos pasillos.

Por fin Vanessa llegó a casa. Se quedó en el umbral de la puerta grabando en la memoria el lugar en el que había vivido casi toda su vida. A la derecha estaba la salita, había un sofá grande frente al televisor y dos sofás pequeños a los lados, rodeando la mesa. En los estantes se podían leer los títulos de las películas favoritas de su niñez. Esta sala estaba comunicada con la cocina que era pequeña y acogedora por el color crema de las paredes. A la izquierda de la entrada, estaban las escaleras que daban al primer piso donde se encontraba su cuarto, el de sus padres y un cuarto de baño.

Los marcos de fotos decoraban las salas de la planta baja y la pared de la escalera. En cada una de ellas, Vanessa salía con una sonrisa al lado de sus padres.





Un dolor punzante le oprimió el corazón durante un segundo, recordándole que le habían mentido. Todavía recordaba como Carlos la había estado alentando todo el trayecto a casa para que hablase con sus padres y aclarase la situación, incluso se ofreció a estar presente como apoyo. Pero Vanessa se negó, esto tenía que hacerlo sola.

Respiró hondo y se adentró en la casa cerrando la puerta tras de sí. El eco de sus pasos resonaba en la estancia rompiendo la tranquilidad de la casa, en la que solo escuchaba el tictac de un reloj que estaba colgado en la pared de la salita.

–Mamá, Papá –gritó Vanessa–, ya estoy en casa.

–Hola cariño –exclamó su madre desde otra sala– ¿Cómo te ha ido el día?

Vanessa se quedó callada, no sabía muy bien cómo responder y sacar el tema. Así que pensó que lo mejor era ser directa.

–¿Cuándo pensabais decirme que era adoptada? –soltó Vanessa cuando vio aparecer a su madre que había decidido averiguar qué pasaba, porque su hija no había respondido.

–¿Cómo te has enterado? –preguntó su madre angustiada.

–Eso ahora no importa –le cortó Vanessa que estaba comenzando a enfadarse por la situación.

–Pensábamos contártelo, cariño –tranquilizó su madre– pero nunca nos parecía el momento. Ahora sé que lo pospusimos demasiado –Ana no pensaba que este momento llegaría tan pronto– Andrés, baja rápido –llamó su madre.

Se oyeron unos golpes arriba seguidos de lo que parecía ser un juramento y el padre apareció por las escaleras con la corbata ladeada.

–¿Sabéis quiénes son mis padres? –quiso saber Vanessa, mirando alternativamente a sus padres adoptivos.

Sus padres se miraron a los ojos teniendo una conversación silenciosa, en la que su madre desvió la mirada resignada.

–Tu tía María lo sabe –respondió el padre–, en un rato llegará y podrás preguntarle.

–Vale, gracias –dijo Vanessa que sentía cómo se le insensibilizaba el cuerpo e iba en piloto automático hasta su cuarto.

–Sabes que te queremos Vanessa –dijo su madre con lágrimas en los ojos– solo queremos lo mejor para ti, porque eres nuestra hija.

Vanessa notó como se le cerraba la garganta y los ojos le picaban así que se dio la vuelta sin decir palabra y cerró la puerta de su cuarto, solo quería tumbarse a llorar.





Su tía llamó horas más tarde a la puerta pero no la escuchó porque tenía los auriculares puestos. Así que se sorprendió cuando alguien se los quitó de los oídos. Estaba dándose la vuelta en la silla preparada para decir a sus padres que se fueran cuando la vio.

No había cambiado nada. La última vez que la vio fue hace unos meses cuando se preparaba para hacer un viaje a Italia. Tenía el pelo rubio oscuro enmascarándole la cara en forma de corazón. Sonreía pero esta vez no llegó a sus ojos.

—¿Supongo que ya te has enterado, no?—pronunció Vanessa más como una afirmación que como una pregunta— Necesito saberlo.

—Lo sé—dijo su tía. Ella la comprendía a muchos niveles—, a mí me pasó lo mismo cuando era pequeña.

Por un momento los ojos claros de su tía se pusieron borrosos, inmersos en el pasado. Pero volvieron al presente cuando Vanessa habló.

—Entonces, ¿puedes decirme sus nombres?—preguntó Vanessa.

—Claro, es mejor que me sigas, te llevaré con ellos—respondió su tía levantándose de la cama— pero antes será mejor que tranquilices a tus padres, están muy preocupados por ti—terminó de decir alisándose las arrugas inexistentes de la falda, era un hábito nervioso.

Bajaron las escaleras encontrándose a sus padres de pie en la salita, ambos tenían los ojos rojos y estaban despeinados. Vanessa se sintió culpable al instante.

—Te espero en el coche, Vanessa—se despidió su tía María que había visto la expresión angustiada de su sobrina.

—Lo siento no debería haber reaccionado de esa forma—se disculpó Vanessa—, no me lo esperaba y...

Vanessa fue cortada por el abrazo de su madre que casi la asfixiaba.

—Nosotros lo sentimos, cariño—dijo la mujer sollozando al oído de Vanessa—, no hemos sabido manejar la situación, tú no tienes la culpa.

—Tu madre tiene razón—confirmó su padre—, deberíamos habértelo dicho antes, pero temíamos tanto perderte.

—No vais a perderme—concluyó Vanessa con lágrimas en los ojos abrazando también a su padre. Había llorado más hoy que en toda su vida—. Solo quiero conocer más de dónde vengo y a mi padres biológicos pero vosotros siempre seréis mi familia.

Después de las despedidas Vanessa salió de la casa con la sensación de haberlo arreglado todo. El trayecto en coche fue largo, la tía de Vanessa puso la radio nada más montarse y estuvieron todo el camino sin cruzar palabra.





Por la ventana Vanessa observó cómo dejaban atrás la ciudad y se dirigían a las afueras. El coche se detuvo en un aparcamiento y al bajarse Vanessa leyó las palabras de la entrada del edificio. CEMENTERIO.

Sintió un nudo en el estómago y siguió a su tía que ya estaba a medio camino de las verjas. Anduvieron la una junto a la otra pasando hileras de tumbas grabadas en piedra. Algunas estaban hechas de granito o caliza mientras que otras poseían estatuas que adornaban la cripta. Casi siempre las esculturas eran de ángeles con las alas extendidas o demonios que se retorcián por puñales o lanzas que tenían clavados en el cuerpo.

Se detuvieron casi al borde del cementerio, muy próximo a los árboles. Las tumbas de esta parte eran blancas y estaban rodeadas de hierba. Muchos nombres quedaban ocultos bajo las briznas. Pocas lápidas tenían flores. A Vanessa le hubiese gustado traer algunas.

Su tía señaló una tumba grabada con letras doradas.

“Blanca Ruiz Medina 1967–1997

Antonio Molino Campos 1965–1997

Vuestra familia y vuestros amigos os echarán de menos”

—¿Son ellos? —preguntó Vanessa sin saber qué sentir al saber que sus padres biológicos habían muerto. Su tía asintió— ¿Cómo murieron? —susurró tocando con sus dedos los nombres grabados en la lápida fría.

—Fue en un accidente de coche —comenzó a relatar su tía—, el conductor del otro vehículo estaba borracho. Se metió en dirección contraria y tu padre perdió el control del vehículo al intentar esquivarlo, chocando contra un árbol. No sobrevivieron, la única superviviente fuiste tú que estabas en la parte de atrás del coche —comentó—. No hay mucho más que contar, no fue su culpa.

—¿Cómo llegaron a tenerme mis padres? —preguntó Vanessa.

—Ahí es donde entro yo —contestó María—. Fui una de las matronas que asistió tu parto. De modo que fuiste asignada al orfanato en el que trabajaba. Le hablé a mi hermana de tu historia y ella y su marido decidieron acogerte ya que ellos no podían tener hijos.

—En cierto modo me siento aliviada —anunció Vanessa. Su tía alzó una ceja escéptica— no te confundas, estoy triste de no haberles podido conocer. Nunca sabré qué vida podría haber tenido, pero si no hubiese ocurrido nunca habría conocido a mis padres adoptivos ni estaría con mis amigos y tú no serías mi tía. Además, me siento aliviada de que no me abandonasen porque no me quisiesen. Ese ha sido uno de mis temores desde que me enteré esta mañana.





–Te comprendo –dijo su tía–, te dejaré unos momentos a solas con ellos, estaré esperándote en la salida.

María se alejó del lugar, dejando a su sobrina sumida en sus pensamientos.

Vanessa fijó su vista en la lápida.

–La verdad es que no sé por dónde empezar –murmuró a la nada–, nunca he hecho esto. Supongo que desde el principio. Quiero agradeceros que me tuvierais, seguramente tendríais grandes sueños y esperanzas puestas en mí. Quizás querríais que fuera médica, abogada o que trabajara en lo mismo que vosotros pero aún no sé lo que hacíais, no lo he preguntado. Hoy acabo de enterarme de que sois mis padres, así que no he tenido tiempo de realizar todas las preguntas que me gustaría –hizo una pausa y respiró hondo agachándose para tocar el mármol– si estuvierais aquí lo más seguro es que me preguntarais por mis amigos y familia así que voy a deciros que podéis estar tranquilos. Mis padres se preocupan por mí y me cuidan como si fuera suya y mis amigos son los mejores. Sobre todo Carlos, él es como mi hermano, nos protegemos mutuamente. Respecto a los chicos, hay un chico que me gusta que está en mi instituto. Voy a confiar en él –se mantuvo unos instantes callada sin saber que más decir, dándose cuenta de que había comenzado a oscurecer–. Intentaré venir más adelante y traeros flores. Es una promesa.

Vanessa se giró y distinguió a Adrián unas hileras más lejos. Ella se acercó contemplando la lápida.

“Sergio García Pérez. 1964–1997

La familia es lo más importante”

–¿Quién es? –interrogó Vanessa con delicadeza.

–Es mi tío, murió cuando tenía un año –musitó el chico–. La verdad es que no lo recuerdo, solo vengo para no olvidar cómo murió –prosiguió Adrián– ¿y tú?

–He venido a visitar a unos familiares –respondió Vanessa evasiva.

–¿La familia es lo más importante, no? –habló Adrián más para sí mismo que para nadie en particular.

–Bueno, yo he de irme, mi tía me está esperando –dijo Vanessa despidiéndose–, ya nos vemos mañana.

Adrián se adelantó antes de que la muchacha se marchara y le dio un beso en la mejilla.

–Siento tú pérdida –lamentó Adrián–. Si estás aquí debieron ser importantes.





Vanessa solo asintió y echó a andar hacia la salida. No se volvió en ningún momento. Si lo hubiera hecho hubiese visto como los ojos de Adrián no le abandonaron en todo el camino hasta que se perdió de vista.

La vuelta en el coche fue relajada. El ambiente tenso de la ida quedó olvidado.

—¿Podría quedarme en tu casa esta noche?—inquirió Vanessa—. Mañana se suspenden las clases porque son las jornadas deportivas. Así puedo aprovechar para saber más sobre mis padres.

—De acuerdo—dijo su tía suspirando. Nunca le había podido negar nada—, pero solo porque eres mi sobrina favorita—concluyó sonriéndole.

—Soy tu única sobrina—replicó Vanessa.

—Cállate listilla y llama a tus padres para avisarles—sentenció María.

Una vez que hubo avisado a sus padres, llegaron a la casa de su tía. Desde fuera parecía un bloque de pisos cualquiera con las paredes de color marrón. Cuando entraron al portal, esperaron al ascensor y se montaron. El interior era estrecho, podían entrar como mucho cuatro personas delgadas pero nada más.

Cuando su tía abrió la puerta Vanessa quedó encantada. Había reformado el apartamento y ahora se parecía más a un piso moderno. Tenía las lámparas con forma de polígono, lo que hacía que iluminasen la habitación remarcando ciertas áreas. Los sofás eran de diseño y el televisor plano tendría al menos cincuenta pulgadas.

María dejó las llaves en la mesa del recibidor y colgó la chaqueta en la percha.

—Vamos pasa, siéntete como en casa—dijo su tía sonriéndole—. ¿Te gusta cómo lo he decorado?

—Me encanta—concluyó Vanessa mientras saltaba al sofá—, es muy cómodo.

—Lo imaginaba—comentó su tía—. Por cierto había pensado pedir pizza, ¿qué te parece?

—¿Tu qué crees?—contestó retóricamente.

—Marchando una barbacoa—afirmó su tía—. Voy a ir a buscarla, pon alguna película y espera a que llegue. No tardaré mucho.

—Vale—confirmó Vanessa— pero llévate el paraguas que parece que va a llover.

Oyó la puerta cerrarse, suspiró esperando que su tía la hubiese oído antes de marcharse y hubiese cogido el paraguas de la entrada. Vanessa buscó por la sala las películas pero no las encontraba. Quizás su tía las cambiara de sitio al redecorar el lugar.





Después de haber probado en las estanterías y los cajones decidió intentarlo en el dormitorio de su tía. Comprobó en todos los rincones de la cómoda y en la mesita pero nada. Cuando iba a marcharse probó a tirarse al suelo para mirar debajo de la cama pero solo vio zapatos. Eso le dio la idea de mirar en el armario.

Tenía bastante ropa, incluso dos o tres vestidos de fiesta.

—Cómo cambian las cosas, y pensar que era monja —pensó.

Apartando los vestidos a un lado descubrió una caja grande oculta entre los zapatos. Curiosa, la sacó y la puso sobre la cama. Un lugar extraño para guardar las películas, fue lo primero que se le pasó por la cabeza pero, ¿y si allí guardaba las cosas personales su tía? Bueno, solo comprobaría si eran las películas y luego la dejaría en el armario.

Al abrir la tapa contempló su contenido. Había un montón de papeles desperdigados y fotos. Llegó a vislumbrar una carta que ponía su nombre. A Vanessa le latía el corazón muy rápido. Conteniendo el aliento sacó el sobre, lo abrió y comenzó a leer.

Querida Vanessa,

Cariño te estarás preguntando quién soy o quizás María ya te haya contado que soy tu madre. Quiero que sepas que te quiero y que todo lo que hice fue para protegerte. No podía permitir que ellos supieran de tu existencia, nunca me lo perdonaría. Por ello, dejé instrucciones precisas a María para que borrara tus datos y te proporcionase una nueva familia. Sé que ahora mismo estarás confusa, seguramente esperarías que te preguntase sobre tu vida pero lo sé todo sobre ti. Conozco a tus padres, donde trabajan y he tratado con ellos sin que ellos supieran quién soy para comprobar que eran buenas personas. Además los he visto criarte, te he visto convertirte en una muchacha fuerte e independiente que es leal a sus amigos. Carlos es un gran chico, no podría haber deseado que tuvieses un amigo mejor, sois como hermanos, como tú más de una vez has dejado claro. Te has convertido en una mujer de principios que defiende sus valores, pues te he observado cómo ayudas a Carlos cuando los demás se meten con él. Tengo que decirte que tu padre estaría orgulloso de ti aunque él no pueda estar con nosotras para verlo. Ellos se encargaron de eso. Por eso tengo que advertirte que nunca reveles a nadie que eres adoptada. Tu seguridad puede depender de ello. No intentes ponerte en contacto conmigo a no ser que sea absolutamente necesario o pienses que te están siguiendo porque si no te estas exponiendo a que descubran quién eres. Me hubiese encantado





que no estuviéramos en esta situación y que todo fuera distinto, pero no lo es. Y una madre solo quiere lo mejor para su hija.

Te quiere,

Tu madre.

Solo en caso de emergencia este es mi número 067589086.

Vanessa estaba sorprendida, tuvo que releer la carta de nuevo observando que su madre había estado llorando cuando la había escrito, pues el papel tenía unas zonas irregulares, como si el agua se hubiese secado. Apuntó el número en su móvil antes de soltarla.

¿Quiénes eran ellos? ¿Qué quería decir cuando dijo que ellos se encargaron de eso? ¿Lo mataron? ¿Por qué era ella tan importante? ¿Quién era su verdadera familia, eran ricos? ¿Su madre la había estado espionando todo este tiempo? Había fingido su muerte. A Vanessa empezó a dolerle la cabeza. Su tía le había ocultado la carta, ¿qué más podría haberle ocultado? ¿Quién era realmente la mujer que decía ser su tía?

Rebuscó entre los papeles esperando encontrar algo que le diese una pista de lo que estaba ocurriendo. No había más cartas, solo una nota críptica que podía estar relacionada con ella.

Lo han matado, me persiguen. Haz lo que acordamos. B

¿Quién era B? Podría ser su madre, tendría que comparar la letra. Antes de que pudiese hacerlo, oyó la puerta cerrarse. Dejó los papeles como estaban y guardó la caja.

–He traído la pizza –gritó María–. Rápido o se enfriará.

Vanessa avanzó hacia la sala sentándose en el sofá.

–¿Has encontrado la película? –cuestionó su tía metiéndose un trozo de pizza en la boca.

–No, he encontrado algo mejor –comentó Vanessa mirándola a los ojos. Por unos instantes creyó ver que le temblaba el labio–, tu vieja guitarra.

–No sabía que la tenía aún –suspiró su tía– me recuerda a los viejos tiempos.

–Creo que deberías tocar una canción –sugirió Vanessa.

–Estoy oxidada, otro día. Mejor hoy ponemos una película –refutó María– ¿Qué te parece Harry Potter? –preguntó sacando la película de debajo del sofá.

AL DÍA SIGUIENTE

Vanessa llamó a Carlos al amanecer.





–¿Diga? –murmuró Carlos soñoliento.

–Tenemos que hablar –dijo Vanessa–. En el parque en veinte minutos.

–Pero Nessa, son las cinco...

Vanessa cortó sin esperar a que Carlos divagara y se vistió con las ropas que había dejado en casa de su tía en caso de que se presentase de sorpresa, intentando hacer el menor ruido posible. Su tía aún dormía en la habitación contigua, sus ronquidos eran la prueba de ello. Anduvo de puntillas todo el camino hacia la salida conteniendo la respiración en cada pausa que se producía entre ronquidos.

Echó un último vistazo antes de cerrar la puerta con sigilo sin darse cuenta que dejaba tras de sí silencio...

Caminó apresurada entre las calles tenuemente iluminadas por el amanecer del cielo cubierto de nubes. Vanessa maldecía su suerte, no había cogido paraguas. Si llovía se pondría chorreando. Introdujo sus manos en los bolsillos de la chaqueta intentando protegerse del frío de la mañana, mientras su vaho se perdía en el aire.

Llegó a un parque, cuyo único sonido era el rechinar del columpio que estaba usando Carlos.

–¿Qué es lo que tenías que contarme tan temprano, Nessa? –interrogó Carlos soltando un bostezo–, nunca te levantas tan temprano.

Vanessa le contó todo lo ocurrido el día de ayer, incluyendo la carta. Carlos soltó un silbido.

–Guau, Nessa, nunca pensé que fueses de la realeza –bromeó Carlos para romper el ambiente tenso.

–¿Es lo único que tienes que decirme? –fingió estar dolida Vanessa.

–Tranquila, Nessa no quería... –Carlos no pudo terminar porque Vanessa prosiguió– me esperaba algo con más clase.

Al ver la cara de Carlos Vanessa comenzó a reír.

–Serás idiota –resopló Carlos.

–Me quieres por eso –dijo Vanessa guiñándole el ojo.

Transcurridos unos minutos, Carlos detuvo el columpio.

–¿Qué vas a hacer, Nessa? –preguntó el chico ahora más serio, se le notaba preocupado.

–Si esto fuera una película la respuesta sería fácil –comentó Vanessa.

–Pero como no es una película, ¿qué vas a hacer? –insistió Carlos.

–Lo mismo –concluyó Vanessa–. He de hablar con mi madre.

Comenzó a llover. Primero fueron unas gotas y al momento la lluvia los golpeaba con fuerza ahuyentándolos del parque haciendo que corrieran





para refugiarse. Trotaron por las calles desiertas cuyos comercios aún permanecían cerrados, ajenos sus propietarios al clima. No había toldos donde guarecerse de la tormenta, que iba empeorando a cada momento.

—Vayamos al instituto —gritó Vanessa intentando hacerse oír bajo los embates del viento y el retumbar de los truenos.

Carlos estuvo de acuerdo. En momentos como ese agradecieron estar en buena forma física, aunque en ese caso no les impidiera mojarse.

Llegaron al recinto, que estaba cerrado, por lo que rodearon la instalación colocándose en la puerta trasera. A ambos lados de la entrada, había dos grandes macetas.

—Busca la llave en la de la izquierda —ordenó Vanessa—, yo me encargo de la derecha.

Los dos chicos empezaron a buscar frenéticos metiendo las manos en la tierra. Al no encontrar nada, se agacharon para mirar debajo y los encontraron vacíos. Carlos, de la impotencia, pegó una patada a la pared cercana a la planta provocando que un ladrillo se desprendiera y una llave quedase a la vista.

—¿Por qué no me extraña? —musitó Carlos haciendo una mueca de dolor, al mismo tiempo que recogía la llave del suelo y colocaba el ladrillo en su sitio.

Un instante más tarde los dos estaban dentro. Su aspecto era desastroso, estaban empapados de pies a cabeza incluidas las zapatillas y tenían manchas de barro repartidas por las manos y la chaqueta. El pelo se les pegaba a la cara, enredado por el viento.

Carlos se había quitado una zapatilla y estaba sobándose el pie con el que golpeó la pared, mientras que Vanessa había entrado al cuarto de contadores que estaba a la derecha y se había encargado de encender las luces. Al contemplar su apariencia y darse cuenta de que los dos estaban temblando, propuso ir a sus casilleros a coger una muda de ropa y dirigirse al vestuario para secarse y cambiarse.

El retumbar del eco de sus pasos por los pasillos se perdía entre las aulas, creándoles la sensación de que les estaban siguiendo. Cuando bloquearon la puerta de los vestuarios suspiraron más calmados.

—Nessa, tantas historias de intriga me están pasando factura —dijo Carlos que ya se estaba quitando la camiseta y ahora comenzaba a desabrochar los pantalones—. Por un instante en los pasillos me ha parecido que nos estaban siguiendo —comentó secándose los abdominales con una toalla mullida.

—A mí también me ha pasado —dijo Vanessa que se estaba colocando unos pantalones de chándal—. Pienso que es porque nuestra mente





está sobre reaccionando, mezclando la información que tenemos con los escenarios de las situaciones de peligro que vemos en las películas –aclaró Vanessa–, todo es el subconsciente –prosiguió. A veces en momentos de nerviosismo Vanessa sacaba a relucir su inteligencia–. O puede ser que de verdad nos estén siguiendo –concluyó terminando de colocarse la sudadera.

–Así no me ayudas –comentó Carlos–. Por lo menos la puerta del gimnasio está cerrada, podemos esperar escondidos a que abran y salir como si hubiésemos venido a ver las jornadas deportivas –explicó Carlos–, por cierto, ¿cómo piensas ponerte en contacto con tu madre?

–Tengo su número –le recordó la chica.

–Pero te advirtió que lo usases en una emergencia –refutó Carlos– ¿Has pensado que pueden seguirla y, al veros, descubrir vuestra conexión?

–Lo sé por eso tendré cuidado –dijo Vanessa–. Necesito respuestas.

–Yo solo quiero que no te hagan daño, Vanessa –afirmó Carlos que solo la llamaba Vanessa en casos de extrema seriedad, los cuales eran pocos–. Si por hablar con ella estás en peligro creo que deberías alejarte de ella. Esto es grave si tu padre murió y tu madre tuvo que fingir su muerte –aconsejó el chico.

La muchacha negó con la cabeza. ¿No la entendía?

–No lo comprendes –dijo Vanessa apretando la mandíbula–, toda la vida he estado en peligro sin saberlo y creo que merezco conocer la razón.

–Puede que no sea lo que esperas –sentenció Carlos mirándola a los ojos– pero pienso ayudarte, Nessa, no lo harás sola.

–Gracias hermano –susurró Vanessa abrazándolo con ternura.

Inmersos en el momento ambos chicos se perdieron la sombra que pasaba por debajo del resquicio de la puerta.

Vanessa y Carlos se escondieron en los armarios cuando oyeron voces que se acercaban. Después se oyó el sonido de una llave al desbloquear la cerradura y varias chicas entraron.

–El conserje me da escalofríos –comentó una chica morena que se estaba desvistiendo–, no habla casi nada y muchas veces se queda mirando fijamente. Qué bicho raro.

–Yo he oído que es solo dos años mayor que nosotras –explicó una muchacha alta y con granos en la cara– y que lo mandaron a un correccional por intentar robar una tienda a mano armada.

–Lo que yo decía, un bicho raro –concluyó la primera chica haciendo que sus dos amigas se riesen con ella– cambiando de tema, ¿creéis que Adrián participará en algún juego hoy?

–Lo más seguro es que sí –opinó una tercera muchacha con la cara





alargada— lo he visto en clase de gimnasia y se le dan genial todos los deportes.

—Es mi chico ideal —comentó la morena que parecía ser la líder—, voy a hablar con él y lo invitaré a una cita.

—No creo que tengas ninguna oportunidad —dijo la de los granos—, lo he visto varias veces pegado a una chica.

—Es verdad —confirmó la de la cara alargada—, siempre está con Vanessa.

—No, yo me refería a su amiga, la bajita —dijo la anterior.

—Me da igual, esas zorras no tienen nada que hacer contra mí —anunció la líder—, ahora vámonos que llegaremos tarde, holgazanas —acabó la chica chasqueando los dedos y dirigiéndose a la salida mientras sus dos amigas volvían los ojos y la seguían como borregas.

Vanessa y Carlos aprovecharon para escabullirse. La chica aún pensaba en la conversación que había escuchado a hurtadillas. Adrián y Sonia estaban pasando mucho tiempo junto, ¿cuándo había ocurrido eso?

Los dos chicos estaban a punto de salir al exterior cuando una mano los agarró por el hombro.

—Nos hacen falta dos jugadores para el partido de baloncesto —informó el entrenador— así que vosotros os venís conmigo.

Fueron arrastrados hacia las pistas donde ya estaban todos esperando. La cancha de baloncesto estaba delimitada con líneas para separar los espacios en los que se estaban practicando los distintos deportes. El árbitro mascaba un chicle con aspecto aburrido, a la vez que los jugadores que estaban en el campo se repartían en dos grupos.

Había unas cuantas personas de pie mirando los móviles, familiares de los jugadores. Nada más llegar el entrenador, todos quedaron expectantes.

—Ya tenemos a los jugadores —dijo este, feliz—, cada uno irá en un equipo, ¡a jugar!

Cuando Vanessa se colocó en su lado del campo observó que Sonia y Adrián discutían cerca de donde estaba jugándose un partido de voleibol. El pitido del árbitro dio inicio al encuentro y durante la próxima hora el suceso quedó fuera de su mente.

Al terminar el encuentro, que ganó el equipo de Carlos, Vanessa chocó contra alguien.

—Lo siento —se disculpó ella.

—Más siento yo que existas —contestó Victoria con una mueca de desprecio—. Desearás no haberte chivado y no haberte metido con mi amigo Chad —amenazó la chica—. No eres la única que sabe cosas sobre los demás.





Vanessa iba a responder cuando Carlos se acercó a ella.

–¿Hay algún problema, chicas? –preguntó haciéndose el inocente. Ellos siempre tenían discusiones con Victoria.

–Ninguno que sea de tu incumbencia –sentenció alejándose de los chicos.

–Veo que alguien está con la regla –replicó Carlos viendo como Victoria se alejaba roja de ira–. ¿Sabes que no deberías seguir buscándote más problemas de los que ya tienes, no? –quiso asegurarse Carlos dirigiéndose a Vanessa.

–¿Qué puede hacerme ella comparada con “ellos”? –preguntó Vanessa.

Carlos se quedó sin una buena respuesta.

Pasaron el resto de la mañana participando en otros juegos, después de que Vanessa llamara a su tía avisándole de que al final había decidido asistir al instituto. La respuesta de su tía había sido escueta: de acuerdo, y colgó. A continuación le mandó un mensaje a Adrián con la hora y el lugar en el que quedarían.

Por la tarde Carlos ayudó a Vanessa a prepararse para su cita. Sacaron varios conjuntos los cuales habían ido rechazando uno por uno, ya fuera por el chico o por Vanessa. Estaban en desacuerdo, hasta que encontraron un top negro que dejaba un trozo de la espalda al aire y que era transparente en la zona cercana a los hombros sin revelar nada. Lo combinaron con un pantalón pitillo ajustado negro y una chaqueta roja a juego con el pintalabios. Decidió alisarse el pelo rubio en vez de rizarlo.

Cuando Vanessa se miró al espejo quedó encantada.

–Nessa, si no se te lanza él –dijo Carlos– lo haré yo.

La chica sonrió a su amigo y lo abrazó.

–Me tengo que ir –anunció Vanessa cogiendo el bolso y saliendo hacia las escaleras–. Deséame suerte –gritó.

–Mucha suerte –susurró Carlos en el dormitorio.

Vanessa disfrutó del paseo, pues no hacía mucho frío. Costaba creer que aquella mañana había estado diluviando. Llegó a las puertas del centro comercial y vio a Adrián apoyado en un muro cercano a la entrada. Lo saludó con la mano y el chico se acercó a ella.

Iba vestido con unos pantalones negros y una camisa blanca, con el cabello despeinado de forma estratégica y un colgante en forma de lobo.

Se dieron dos besos, que dejaron una sensación de hormigueo en ambas mejillas y entraron.

–¿De compras? –preguntó Adrián divertido con una ceja alzada.

–De cine –respondió Vanessa–. No me gusta tanto como tú crees ir de compras.





—No acierto en mis suposiciones sobre ti —comentó el chico contemplando la cartelera.

—¿Tienes suposiciones sobre mí? —interrogó Vanessa curiosa.

—¿Tú no tienes sobre mí? —replicó Adrián con una sonrisa.

—Claro, pero yo no soy el chico nuevo misterioso que actúa como si fuera perfecto y tiene a todas la chicas a sus pies, menos una —sentenció la chica.

—Y yo no soy una chica preciosa que además es lista, valora sus principios, defiende a sus amigos de matones que le ganan en fuerza y actúa como si un chico en especial no fuera lo suficiente bueno para ella —anunció Adrián—. ¿Qué te parece esta? —terminó señalando una película.

—No es mi estilo —opinó Vanessa y señaló un cartel que anunciaba otra película—, esa me gusta más.

—Lo que yo decía, siempre me sorprendes —comentó el muchacho moviendo la cabeza—. No eres como las demás.

—No creo que tú quieras que sea como las demás —dedujo Vanessa—, si no ellas estarían hoy en mi lugar.

—Muy cierto —afirmó Adrián— pero las entradas las pago yo.

Compraron unas palomitas y se colocaron al final de las filas, atrás del todo. Comentaron los anuncios de las próximas películas y debatieron sobre sus películas favoritas defendiéndolas de las del otro con argumentos sólidos.

Una vez que comenzó la película se callaron para que no les llamasen la atención, ya que la sala estaba repleta, a rebosar de personas por ser el estreno. Sus manos se encontraron varias veces en la oscuridad de la sala cuando fueron a coger palomitas. No podía ser más típico. Pero a ninguno no le importaba con tal de que siguieran encontrándose.

Cuando acabó la última escena salieron comentando las variaciones que había respecto al libro. Los dos chicos se lo leyeron hace años y estaban sorprendidos de que lo hubiesen llevado al cine.

Decidieron cenar en un kebab que se encontraba solo a dos calles del centro comercial. Mientras comían comentaron las jornadas deportivas de la mañana.

—Estuvo muy bien —empezó la chica—, aunque Carlos tuvo muy mal perder en el tenis.

—Yo gané todos los partidos que jugué —declaró Adrián.

—No seas tan repelente —dijo Vanessa riéndose mientras le lanzaba una patata.

—Es la verdad —afirmó el chico— pero es verdad que hay gente que tiene mal perder.

Vanessa vio su oportunidad.





–¿Por eso estabais discutiendo Sonia y tú? –interrogó fingiendo inocencia. Llevaba todo el día intentando ignorar lo que escuchó decir a las chicas. Al final prefirió saberlo.

–Sí, fue por eso –contesto Adrián tras unos segundos–. Ya ha pasado más de una vez, seguramente a ti te habrá pasado lo mismo. Se te dan muy bien los deportes por lo que observé.

–Así que me estabas mirando –dijo Vanessa juguetona.

–Es que te queda muy bien la ropa deportiva –dijo Adrián guiñándole un ojo.

–Vámonos antes de que me conquistes, Romeo –anunció Vanessa levantándose.

Los dos caminaron, en un silencio cómodo, las pocas manzanas que los separaban de la casa de Vanessa. Al llegar al portal se detuvieron para despedirse.

–Me lo he pasado muy bien –dijo Vanessa sonriendo.

–Yo también, espero que podamos repetirlo –comentó el chico–. Esa vez me tocará a mí preparar la cita.

La chica asintió.

Vanessa y Adrián, sin saber muy bien cómo despedirse, se dieron dos besos uno de los cuales casi rozó la comisura de sus labios.

Cuando Vanessa observaba como Adrián bajaba los tres escalones del porche, este se volvió y agarró a Vanessa por la cintura dándole un beso en los labios.

Vanessa nada más rozar sus labios sintió una electricidad recorrer su cuerpo. Rodeó el cuello de Adrián con los brazos mientras este la atraía hacia él, afianzando el agarre que tenía de ella por la cintura.

Se separaron cuando el oxígeno empezó a hacer falta y suspiraron apoyando sus frentes. Adrián acarició la mejilla derecha de Vanessa, a la vez que le picoteaba los labios.

–Buenas noches, Nessa –susurró Adrián para no romper el momento.

–Buenas noches, Adrián –dijo Vanessa como en una ensoñación.

La chica contempló irse al chico y siguió mirando mucho rato después de que se hubieses ido.

Llamó a Carlos y le contó todo. El chico quedó maravillado por lo atento e ingenioso que Adrián se había comportado con ella y le pidió que le contase con detalle como besaba, a lo que Vanessa se negó diciendo que esa información no la compartiría con nadie.

No se marchó a la cama muy tarde, sabiendo que a la mañana siguiente tenía clases. Las últimas antes del fin de semana.





De pronto sintió que era zarandeada por alguien. Se despertó en mitad de la oscuridad, en su cama, teniendo la boca tapada por una mano. Sus ojos se fueron acostumbrando y consiguieron discernir la silueta de un desconocido cernido sobre ella.

El corazón de Vanessa funcionaba a mil por hora. ¿Cómo la habían encontrado? Nadie sabía que era adoptada. Ni siquiera le dio tiempo a contactar con su madre. ¿Estarían sus padres bien en la otra habitación o les habrían matado? Sus ojos se abrieron con horror cuando se le pasó por la cabeza un pensamiento.

–Van a matarme –pensó.

De pronto, la adrenalina recorrió su cuerpo y sus sentidos se pusieron alerta. Comenzó a revolverse con fuerza, pataleando y golpeando a su captor, haciendo que trastabillase hacia atrás y le dejase libre la boca.

–Socorro –gritó Vanessa frenética, a la vez que buscaba algo para lanzarle e intentar encontrar a tientas el móvil para llamar a la policía.

–Tranquila Vanessa –habló con urgencia el desconocido que por la voz parecía que era una mujer. No voy a hacerte daño. Soy tu madre.

La chica se congeló en el acto.

–¿Cómo sé que eres tú y no eres de “ellos”? –cuestionó Vanessa escondiendo el móvil a la espalda por si todo era una estratagema para que bajara la guardia.

–Si fuera de “ellos” no te habría despertado –explicó con calma–, te hubiese matado mientras dormías. Así es como trabajan –terminó la frase encendiendo la luz cegando por un momento a Vanessa.

–¿Cómo sé si es verdad? –dijo Vanessa aún escéptica.

–Ya te lo he explicado, ahora no tenemos tiempo para más –replicó la mujer manteniéndose oculta tras las cortinas, mirando al exterior–, tendrás que confiar en mí si quieres mantenerte con vida.

–¿Qué está ocurriendo? –preguntó Vanessa confundida.

–Alguien ha filtrado la información, es cuestión de horas que aten los cabos y lleguen hasta ti –informó la mujer, que presuntamente era su madre, agarrando una mochila y metiendo en ella ropa–. Has confiado en las personas equivocadas.

¿Cómo era posible? Solo Carlos sabía que era adoptada y pondría una mano en el fuego por él. Quizás Victoria nos escuchó hablar en el instituto, pero ¿iba a odiarme tanto como para condenarme a muerte? ¿María tenía algo que ver? Ella había estado ocultándole información incluso después de saber que era adoptada.

–Vanessa, vamos, sígueme –ordenó la mujer saliendo del cuarto y apagando las luces.





Había colocado unos cojines bajo las mantas para despistar a los posibles intrusos que pensarían que Vanessa seguía durmiendo en su cama.

Vanessa trastabilló en la negrura de la sala. Casi cayó de bruces al suelo si no llega a ser porque su madre apareció en el marco sujetándola.

—Todo está despejado en los pasillos —comentó la mujer—. Un coche está esperándonos por detrás.

Vanessa asintió y siguió a su madre por los pasillos. Aquella mujer se movía con desenvoltura y agilidad por la casa, como si esta no fuese la primera vez que lo hacía. Esto le llevó a Vanessa a cuestionarse cuánto sabía en verdad la mujer de su vida, ¿había tenido alguna vez privacidad? ¿Cómo la había espiado? ¿Quién la estaba ayudando, sería la misma persona que los esperaba fuera con un coche?

Todas esas preguntas se le pasaron por la cabeza mientras miraba la espalda de la mujer que iba vestida de negro y cuya cabellera rubia le llegaba por los hombros, con unas ondulaciones en los bordes. Los mismos que Vanessa tenía cuando salía de la ducha y que se le quedaban a no ser que se rizase o planchase el pelo.

Estaban a punto de salir de la casa cuando Vanessa cayó en algo.

—¿Qué pasa con mis padres? —dijo con la voz agitada. Todo estaba pasando muy rápido—. ¿Y si les hacen daño cuando vean que no estoy?

—Ya nos hemos encargado de eso —comentó la mujer asomando la cabeza a ambos lados de la puerta, asegurándose de que no había nadie—, ahora debemos darnos prisa, ya hemos perdido mucho tiempo.

La puerta se cerró dejando la casa deshabitada. Unos segundos más tarde, se oía el chirrido del crepitar de la puerta delantera al ser abierta y unos hombres armados irrumpían sigilosos, ignorantes de que sus inquilinos se habían marchado.

El silencio se rompió con el crujido de las pisadas en la madera, que casi no amortiguaba sus golpes. Recorrieron todos los rincones de la casa hasta que confirmaron que no había nadie. Uno de los hombres sacó un móvil y pulso un número.

—La hemos perdido —dijo el hombre, impasible, y cerró el móvil. Pronto rendirían cuentas.

A kilómetros de distancia se encontraba Vanessa montada en un coche tintado. Un hombre que tenía puesto un visor nocturno como el de las series, conducía junto a su madre dejándola sola en la parte trasera.

Desde que se montaron estaban alerta y su madre no dejaba de hablar por teléfono en voz baja. Sólo podía captar palabras sueltas.

—La tenemos... han entrado... retenedlos... no debéis hacerles daño...





Vanessa sintió que alguien la zarandeaba y se sobresaltó al recordar lo que había pasado la última vez que la despertaron así. Tenía la sensación de acabar de cerrar los ojos.

—Ya estamos aquí —dijo su madre apartándose de la puerta para que bajase del auto.

La chica quedó sorprendida al contemplar la mansión que se encontraba frente a ella. Unos extensos jardines rodeaban la propiedad adornados con pequeñas fuentes de piedra y un estanque con carpas sobre el que colgaba un pequeño puente. La vivienda estaba formada por grandes ventanales. El tejado estaba adornado por dos chimeneas que le daban un aire señorial a la casa, que tenía varios balcones decorando sus muros.

Un mayordomo se situó junto a la puerta y les invitó al interior.

Vanessa tenía la boca abierta entre tantas muestras de riqueza. ¿Quién podría permitirse esto?

—Hablaremos en el salón —dijo su madre—, sé que debes de tener muchas preguntas —terminó de decir mientras se sentaba en el sofá.

Ahora podía fijarse con detalle en las facciones de su madre. Tenía los ojos verdes y la nariz recta. Se le marcaban unos hoyuelos al sonreír que al parecer ella no había heredado. Su cara era redonda, y sus cejas finas resaltaban aún más sus ojos.

—Sabes..., te pareces más a él que a mí —habló su madre rompiendo el hielo. Al notar que Vanessa no contestaba prosiguió—. Tus padres están a salvo en una casa segura, les darán una identidad nueva y serán introducidos en el programa de protección de testigos —comentó atenta a cualquier gesto por parte de su hija—. No podrás ponerte en contacto con nadie por el momento hasta que no sepamos más sobre la situación. Ahora mismos ellos están buscándote y ya saben quién eres.

—¿Cómo murió de verdad mi padre? ¿Por qué lo mataron? —cuestionó Vanessa apoyando los codos sobre sus piernas.

—Te lo explicaré desde el principio —dijo su madre—. Tu padre era alguien muy importante, eso le proporcionaba a la vez muchos amigos y enemigos. Al principio cuando yo lo conocí no sabía nada de esto. Compartíamos intereses, salíamos a fiestas y a veces se venía con mi grupo de amigos. Por esa época yo estaba acabando la carrera de Derecho y él acababa Empresariales para hacerse cargo de la empresa de su padre. Nos enamoramos y mantuvimos una relación como cualquier pareja normal hasta que me contó que tenía que dejarme, que su padre lo había prometido a otra mujer. No lo comprendía, las cosas nos iban tan bien que no soportaba que me abandonase. Así que un día me presenté sin avisar en su casa. Cuando estaba llegando a la puerta capté





algo en la ventana por el rabillo del ojo y fui testigo de cómo tu padre contemplaba cómo asesinaban a un hombre. Ahogué un grito pero tu padre me vio, de modo que me siguió. Estando ya en mi casa llamaron a la puerta y al abrir él entró. No podía mirarlo a la cara –hizo una pausa para beber el agua que el mayordomo dejó durante la historia y continuó–. Él me contó entonces que era el heredero de una organización dedicada a traficar con drogas, al ser el hijo mayor se vio obligado a llevar el negocio y formar lazos con otras familias poderosas. No quería que pensase que era un mal hombre, no le gustaba todo aquello. Pedí un tiempo para hacerme a la idea cuando descubrí que estaba embarazada. Lo hablé con él y decidimos tenerte, él cancelaría su matrimonio y dejaría el negocio –se quedó callada.

–¿Pero no podían permitir que lo hiciera, no? –murmuró Vanessa con lágrimas en sus ojos.

–Esperamos a que nacieras para que poder esconderte en caso de que las cosas saliesen mal –musitó– pero no predijimos lo que iba a ocurrir. Al romper el compromiso, los padres de la novia se sintieron traicionados. Mataron a tu padre cuando se estaba reuniendo con tu abuelo para legarle la empresa a su hermano menor y envenenaron a tu abuelo. La familia de la novia me persiguió para matarme pero un amigo de tu padre me salvó. Y esa es la historia.

–¿Era de la mafia? –musitó para sí misma.

–Sé que no es lo que una hija espera oír de su padre –comentó su madre– pero él nunca mató a nadie y, cuando sus guardaespaldas lo hicieron, se sintió asqueado. Él jugó con las cartas que le toco e intentó salir de ese mundo. Te quería, se arriesgó por formar una familia con nosotras. No lo estoy excusando, solo espero que sepas perdonarlo.

Vanessa en esos momentos tenía muchos sentimientos encontrados y mucho que asimilar pero lo haría más tarde, por ahora quería respuestas.

–¿Qué tiene que ver María en todo esto? –preguntó la chica– ¿Crees que pudo haber sido ella la que me delató?

Su madre comenzó a reír.

–Ella fue la que te llevó con tus padres y la que ha estado ayudándome a mantenerte segura –contestó la mujer–. Si hubiese querido te hubiera entregado hace años.

–¿Entonces me espiaba? –se enfadó Vanessa– ¿También cuando estaba con Carlos en el instituto? No nos imaginamos que nos seguían.

–Espera un momento –refutó su madre–. María estuvo conmigo esa mañana contándome que te habías enterado de que eras adoptada y para cuestionarme cuánto tiempo debía esperar para entregarte la carta.





Vanessa se sintió más ligera, había tenido ese peso sobre sus hombros desde que descubrió la carta en el apartamento de su tía. Ella era inocente. Aunque frunció el ceño al recordar lo que pasó durante las pruebas.

—Ya se quien ha sido —anunció Vanessa apretando los puños y levantándose— ¿Cómo ha podido hacerme esto? Por unas diferencias de opinión, solo eran chiquilladas, me ha condenado a muerte.

—Cálmate Vanessa —contestó su madre— ¿De quién estás hablando?

—De Victoria —dijo la chica—. Siempre me ha odiado

—No lo sabes con certeza todavía —explicó su madre— espera a que nuestros espías lo averigüen, quizás no esté relacionada con esto, no debemos apresurarnos.

—Claro, tienes razón —afirmó Vanessa— creo que estoy cansada.

—Ve a dormir, debe haber sido una noche muy movida —dijo su madre a Vanessa—. Acompaña a la señorita a su cuarto —ordenó al mayordomo. Subieron a la primera planta y el hombre le señaló una puerta.

—Muchas gracias, puede retirarse —dijo Vanessa algo cohibida. Nunca había tenido a alguien a su servicio.

Ya en la habitación se fijó en todas las esquinas para comprobar si la estaban grabando. Al terminar de asegurarse que no había cámaras inspeccionó la sala buscando algo que le sirviera para escaparse. No pensaba quedarse toda la vida escondida como su madre temiendo que viniesen a por ella, necesitaba aclarar las cosas con Victoria. Quería que viera a qué la había condenado.

Los cajones solo contenían sábanas de recambio y en el cuarto de baño había un pequeño cepillo de dientes que se escondió en el pantalón junto con un peine. Se sentó en la cama de matrimonio y se le ocurrió una idea.

Treinta minutos más tarde colgaba precariamente de unas sábanas, intentando descender hasta el suelo. Ató con nudos fuertes las sábanas y las ató a la cama que era muy pesada. Abrió la ventana y deslizó las sábanas. Siempre funcionaba en la tele, rogaba que funcionara en la vida real.

Le sudaban las manos por los nervios. Nunca le habían gustado las alturas y en ese momento menos. Hubo un momento en el que se le escurrió una mano y quedó colgando solo de un brazo. Tuvo que sacar todo su coraje para no gritar. Desde ahí descendió lo más lento posible para evitar accidentes. Al tocar tierra firme echó a correr, perdiéndose entre la maleza, oculta a los ventanales y a sus posibles observadores.

Entró por las puertas del instituto buscando a Victoria entre los alumnos que corrían por los abarrotados pasillos. Encontró a Carlos en su taquilla mirando el móvil.





–¿Vanessa que ha pasado? ¿Por qué no contestabas a mis llamadas? Estaba muy preocupado –dijo Carlos.

–Estoy buscando a Victoria –explicó Vanessa poniéndose de puntillas para intentar distinguir algo–. Sígueme y mientras te lo cuento todo.

Buscaron en la sala de música y en la de arte pero no estaba por ninguna parte. Cuando llegaron a la clase en la que solía dar teoría Victoria, Vanessa ya había terminado su historia y Carlos agarró su brazo antes de traspasar el umbral.

–Nessa esto es muy peligroso –explicó el chico–, deberías ir a la policía. Si ya saben quién eres irán a los sitios que frecuentas y podrían estar en el instituto ahora. ¿Vas a arriesgar tu vida por acusar a Victoria de una cosa que presuntamente ha hecho? ¡Ni siquiera tu madre estaba segura cuando se lo dijiste!

–Ya está hecho –sentenció Vanessa apartando el brazo–. Debo saber quién me traicionó para saber en quien puedo confiar, además quiero que me mire a los ojos mientras me lo dice.

La chica comenzó a gritar el nombre de Victoria y varios alumnos se volvieron para mirarla.

–No está aquí –dijo Vero que acababa de entrar por la puerta– ahora les toca gimnasia.

Vanessa salió corriendo sin pronunciar palabra y Carlos le gritó algo a Vero, dejando la habitación detrás de Vanessa, que no había llegado a oír nada.

Entraron por los vestuarios de las chicas que tenían otra puerta que lo conectaba con el gimnasio. Al entrar, varias chicas que estaban cambiándose gritaron de la impresión de ver a un chico y le lanzaron a Carlos los primeros objetos que tenían a mano: peines, toallas y botes de champú. Él intentó taparse los ojos, pero se golpeó la rodilla contra unas taquillas por lo que tuvo que quitar las manos.

–Tranquilas, a mí me gustan los chicos –explicó Carlos sorteando varias prendas.

Las chicas al reconocerlo, dejaron de tirarle objetos y siguieron a lo suyo. Cuando irrumpieron en el gimnasio analizaron la zona.

El lugar era muy amplio, poseía dos gradas a ambos lados que tenían una vista privilegiada de las pistas. Un gran campo de fútbol estaba en el medio de la sala compartiendo espacio con un campo de baloncesto cuyas canastas estaban recogidas, suspendidas en el aire por cuerdas.





Las ventanas, que eran pequeñas, se encontraban en la parte superior de las gradas donde llegaba poca luz.

En el centro del campo había una clase dando vueltas al campo. Entre los alumnos distinguieron a Victoria. Se apresuraron a su encuentro.

Cuando estaban solo a unos pasos empezaron a discutir.

—¿Sabes lo que has hecho? —gritó Vanessa enfadada dándole un empujón a Victoria que se cayó de culo al suelo— ¡Me has arruinado la vida! ¿Crees que esto es un juego? Ahora por tu culpa quieren matarme —terminó de decir Vanessa mientras los ojos le ardían de contenerse las ganas de llorar.

Victoria se puso de pie roja de rabia. Los demás habían dejado de correr y estaban observándolos.

—¿De qué estás hablando? ¡Estás loca! —escupió la chica—. No te me acerques.

—Me amenazaste —comentó de forma fría Vanessa iniciando un paso hacia ella. Pero se detuvo al notar la mano de Carlos en su hombro—, dijiste que me arrepentiría.

—Iba a difundir el rumor de que tenías alguna enfermedad infecciosa porque sabía que andabas de citas con Adrián —explicó la chica—. Ni siquiera he llegado a hacerlo aún, y antes de eso cambié la rata asignada a vuestra mesa en el laboratorio. ¡Solo eran bromas!

Vanessa quedó confundida mirando a Carlos. Si no había sido Victoria, entonces ¿Quién fue?

—No deberías estar aquí —los dos se giraron y vieron a Sonia caminar hacia ellos—. Estaban rodeando el instituto, deben estar a punto de entrar —después se dirigió al resto de los chicos y al entrenador que se había quedado quieto—. Marchaos si no queréis salir heridos.

El corazón de Vanessa se paró un segundo. Todos abandonaron el gimnasio dejando solos a los tres chicos.

—Fuiste tú —susurró la chica y resonó en la sala vacía.

—No lo hice queriendo —comentó la chica con cara culpable—, iba hacia los vestuarios para llegar al gimnasio para preparar las prácticas de voleibol y os escuché hablar. No sabía que eras de esa familia si no nunca se lo habría comentado a mi madre. Entonces ella no habría indagado para ayudarte y no habría averiguado quien eras.

Carlos miraba con la cara deformada por el dolor. El sonido de un tiro aún resonaba en los oídos de los jóvenes que veían paralizados como una mancha de sangre se iba extendiendo por el abdomen del chico que cayó de rodillas al suelo.





Vanessa se agachó, rompió la camiseta de Carlos y la colocó presionando la herida.

—¿Qué has hecho? —dijo Vanessa con furia.

Sonia estaba pálida y boquiabierta, no había movido ni un músculo.

—¿Vas a dejar que nos maten? —inquirió con vehemencia— ¡Ayúdanos! Necesita un médico.

—Yo... no... —Sonia empezó a sollozar— no puedo hacer nada.

—¡Pero es tu madre la que ordena! ¡Haz algo! —exclamó Vanessa—. Va a desangrarse y morir, es Carlos, lo conoces desde hace años.

—Mi hija tiene razón —dijo una mujer baja y morena que se acercaba a los chicos con una pistola en la mano y rodeada de cinco hombres armados—. Ella no tiene poder sobre la familia todavía, solo aceptan mis órdenes —prosiguió la mujer posando su único ojo bueno en los chicos— y no voy a cambiarlas.

—¿Por qué hace esto? Ya mató a mi padre y a mi abuelo —dijo Vanessa desesperada por ganar tiempo. Necesitaban un plan.

—Es muy fácil —explicó la mujer señalándose el ojo que estaba oculto tras un parche y por el que se podía a penas discernir una cicatriz—. Venganza. Tu abuelo antes de morir ordenó a tu familia mi muerte, conseguí escapar no sin antes recibir este regalo. Lo único que mi familia quería era unir nuestras familias pero tu padre nos traicionó y en este mundo las traiciones se pagan con sangre —se relamió los labios rojo fuego y chasqueó la lengua—. La tuya.

—¿No debería querer atrapar a mi tío? —cuestionó Vanessa asimilando la información y aún sin ninguna idea de cómo salir de esta. Carlos estaba cada vez más blanco y gotas de sudor comenzaron a caerle por la frente.

—Tu tío está muy bien protegido —afirmó la mujer—, ya lo intentamos en más de una ocasión. Para recuperar el estatus que le corresponde a mi familia ha de pagar su agravio y ese pago serás tú.

—Entonces, ¿por qué has disparado a Carlos? —interrogó Vanessa que se había quedado sin ideas. Con Carlos en ese estado no podrían correr y esconderse detrás de las gradas antes de que les disparasen y aunque lo hicieran quedarían atrapados esperándolos aparecer armados.

—Carlos solo ha sido un daño colateral, sabía demasiado —concluyó la morena haciendo aspavientos con una mano—. Basta de charla, ya estoy aburrida. Matadla y llevaos los cuerpos, no quiero dejar cabos sueltos.

—Mamá, por favor —suplicó Sonia, pero fue detenida por un golpe en la mejilla.





–Nunca muestres piedad –comentó la mujer– ni siquiera por alguien que conozcas.

Los hombres levantaron las armas apuntándolos.

–Lo siento Carlos todo esto ha sido por mi culpa –dijo Vanessa apretando con más fuerza la venda–, espero que puedas perdonarme.

Carlos levantó débil la mano para acariciarle la mejilla.

–Estoy contigo hasta el final, Nessa –susurró el chico–, ya lo sabes.

Los dos cerraron los ojos abrazándose cuando oyeron los disparos. Al no notar dolor y oír varias voces gritando, los abrieron.

Era una lucha. Algunos de los hombres habían caído y estaban en el suelo sangrando, no se movían. Otros estaban corriendo intentando refugiarse en las gradas de los disparos de otros hombres que estaban escondidos en los andamios de las gradas cercanas a la puerta. Era un caos.

Sonia estaba a unos metros de ellos, boca abajo sobre el piso sujetándose la cabeza. Vanessa le hizo gestos para que se acercara y pudiera ayudarlo a sacar a Carlos de allí.

La madre de Sonia seguía viva atacando y lanzando órdenes entre los gritos.

Cuando los tres jóvenes salieron al exterior, unos hombres cogieron a Carlos y se lo llevaron en un coche.

–¿A dónde lo llevan? –preguntó Vanessa a su madre que acababa de aparecer.

–Al hospital. Estará seguro –dijo esta.

Un hombre alto y recio se acercó a Vanesa, su cara le recordaba a alguien.

–Voy a entrar a por ella, Lucrecia es mía –comentó el hombre a su madre y luego se giró hacia Vanessa –me alegro de que estés viva, Vanessa. Espero poder llegar a conocer a mi sobrina, si sobrevivo hoy.

Sin más, el hombre se adentró en el gimnasio mientras se escuchaban sirenas de policías a lo lejos.

–Debemos irnos –dijo Adrián que acababa de aparecer, sin mirar a Vanessa a los ojos.

–Tú padre está dentro –dijo la madre de Vanessa muy seria– id vosotros, yo me quedaré con él.

Los hombres de fuera del gimnasio los escoltaron a empujones hacia un coche. Pasaron cerca de los coches de policía cuando huían.

–Llebadme al hospital con Carlos –dijo Vanessa al lado de Adrián





que permanecía en silencio. No sabía qué había sido de Sonia, la perdió de vista fuera del gimnasio.

En el hospital la espera se hizo eterna, Vanessa andaba de un lado a otro sin detenerse a descansar.

–Deberías sentarte, no sabemos cuánto les queda aún –explicó Adrián que seguía sin mirarle.

Iba a replicar que podía hacer lo que quisiera porque su amigo se estaba muriendo por su culpa cuando un médico entró en la sala.

–¿Familiares de Carlos Conde? –preguntó el médico, viendo acercarse a dos jóvenes– Ya está estable, la operación ha sido un éxito, se le ha extraído la bala y detenido la hemorragia. Por ahora necesita descansar.

–¿Podemos verle? –cuestionó Vanessa angustiada.

–Sí, pero solo unos minutos –respondió el hombre guiándoles a su cuarto.

Al llegar Vanessa notó que Carlos estaba despierto mirando por la ventana. Tenía atados a sus brazos cables y una máquina pitaba a su lado marcando el sonido de su corazón. La chica no pudo aguantar más y corrió a abrazar a su amigo, sollozando en sus hombros. Palabras sueltas se escuchaban atrapadas contra el pijama del hospital.

–Creía que iba a perderte –explicó Vanessa una vez que se hubo calmado–. Nunca me lo hubiese perdonado.

–Tranquila, Nessa, que todo está bien, sigo vivo –comentó Carlos fingiendo energía– pero tus planes son un desastre, menos mal que le dije a Vero que llamase a la policía.

–Debe estar saliendo en las noticias –opinó Vanessa.

Adrián se acercó a la televisión y buscó el canal de noticias.

Informaron de que había varios muertos y pusieron unas fotos de sus caras. Su madre no estaba entre ellos ni su tío.

–Han sobrevivido –susurró Vanessa aliviada.

–¿Y tú que hacías allí? –preguntó Carlos curioso a Adrián.

Hasta ahora Vanessa no había pensado en eso. ¿Por qué estaba Adrián allí?

–Solo acompañaba a mi padre –musitó el chico ahora mirando a Vanessa a los ojos con pena–, no lo sabía.

Y entonces recordó por qué le parecía familiar su tío.

Adrián era su primo.



{ Esta edición no venal se
ha impreso en Andalucía
en el verano de 2015. }